Beowulf y otros poemas anglosajones

(Siglos VII-X)

Traducción del anglosajón y edición
de Luis Lerate y Jesús Lerate

Alianza Editorial

Primera edición en «Alianza Literaria»: 1999
Primera reimpresión : 2004

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición y traducción: Luis Lerate y Jesús Lerate, 1986
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 1994, 1999, 2004
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-3304-6
Depósito legal: M. 920-2004
Impreso en Lavel, S. A., Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Índice

9 Introducción

19 *Beowulf*

21 Tablas genealógicas
24 Mapa

25 I. Gréndel
64 II. La Madre de Gréndel
83 III. El Regreso de Beowulf
93 IV. El Dragón

123 *Otros poemas anglosajones*

125 La Batalla de Finnsburh
129 Wálder
133 El Lamento de Déor
135 Wídsid
140 La Batalla de Brunanburh
144 La Batalla de Maldon
155 El Viajero Errante
160 El Navegante
164 El Lamento de la Esposa
167 Wulf y Édwacer
169 El Himno de Cadmon

171 *Conjuros*
173 Para tierras que no rinden
176 Contra el enano
178 Para un enjambre de abejas
179 Contra el lobanillo
180 Adivinanzas
183 El Poema de las Runas

189 Indice de nombres de personas

Introducción

1. *El* Beowulf.

Los pueblos antiguo germánicos, aunque divididos en una multitud de facciones políticamente independientes, mantuvieron a lo largo de todo el período anterior a su conversión una gran unidad espiritual y cultural. De extremo a extremo de la Germania la poesía heroica muestra así los mismos rasgos y características generales, y es muy poco lo que, aparte del dialecto empleado, la denuncia como específicamente escandinava, inglesa o alemana.

La épica germánica trata fundamentalmente de héroes y acontecimientos situables en la época de las migraciones. Sígurd, Ermanarico o Atila son todavía figuras favoritas de los cantos de la *Edda Mayor,* que fue recopilada en Islandia en fecha tan tardía como el siglo XIII. En los cantos épicos la verdad histórica ha quedado, por supuesto, muy tergiversada como consecuencia de un largo proceso de transmisión oral: las motivaciones políticas se han convertido en personales, se han introducido anacronismos e incluso se ha dado cabida a elementos de carácter fabuloso.

La estructuración social, la ética, las valoraciones que se reflejan en esta poesía son naturalmente las del mundo pagano germánico. Es conocido, al menos en sus rasgos más definitorios, el ordenamiento de aquella socie-

dad en clanes familiares organizados en torno a un jefe o caudillo que mantiene a su servicio un círculo de guerreros. En la convención poética, la primera virtud de todo señor es la generosidad para con sus hombres, a los que constantemente ha de obsequiar con armas y joyas. De sus guerreros se exige a cambio que en todo momento, particularmente en caso de guerra, le asistan y apoyen con una fidelidad incondicional. No hay mayor deshonor para un vasallo que sobrevivir a su señor en una batalla, si no logra vengarlo, y venganza exige también la muerte de cualquier otro miembro del clan, a no ser que se la salde satisfactoriamente mediante una compensación económica. El cumplimiento de estos deberes, así como su arrojo y valentía personal, le proporcionan al hombre germánico esa fama y renombre, aún después de su muerte, que constituye su más alta recompensa.

El *Beowulf* es el más antiguo de los poemas épicos de cierta extensión que nos ha legado el mundo germánico. No es extraño por ello que en los manuales de literatura de la mitad norte de Europa reciba el mismo trato de honor que en los de la Romania se les da a la *Chanson de Roland* o al *Poema del Cid,* a los que efectivamente se suma con pleno derecho como una de las grandes epopeyas occidentales. También, si fuera necesario, podríamos considerarlo una epopeya nacional, pero en este caso, aunque fue escrito en Inglaterra y en la lengua que llamamos anglosajón o antiguo inglés, sería más exacto entenderlo como una epopeya de la antigua nación germánica, en su conjunto, que de la posterior inglesa, pues en este contexto cultural más amplio obligan a situarlo su tema, su espíritu y su forma.

La fecha de composición del *Beowulf* ha sido cuestión muy debatida, pero hoy se estima generalmente, aunque quedan voces disconformes, que fue redactado en la primera mitad del siglo VIII. Todavía por entonces los descendientes de aquellos jutos, anglos y sajones que habían incorporado la isla a la Germania al asentarse en ella a lo largo del siglo y debían considerarse simplemente como germanos, no aún como ingleses. Sólo así puede explicarse el que el poema no necesite hacer la más mínima referencia ni a Inglaterra ni a ninguno de sus héroes locales; su autor considera aún suficiente-

mente nacional —o, dicho de otro modo, interesante— un asunto que es de principio a fin escandinavo.

La acción del poema se desarrolla en los siglos V y VI. Es poco lo que sabemos de las circunstancias escandinavas en época tan remota, pero buena parte de este poco se apoya precisamente en los datos que suministra el *Beowulf*. Y es que así como la figura del héroe mismo parece ser simple fruto de la fantasía (prácticamente todo lo que se cuenta de él tiene un carácter fabuloso), el trasfondo histórico de que se le dota muestra un alto grado de verosimilitud, pues concuerda grandemente, a veces incluso en detalles, con lo que indican tanto la arqueología como las demás fuentes escritas posteriores. Desde este punto de vista hay, por lo tanto, en el poema dos niveles distintos claramente diferenciables: el de la «acción principal», que da cabida a lo prodigioso, y el que le sirve a ésta de base y encuadre, constituido con toda probabilidad por relatos de tipo cronístico.

El poema refiere las hazañas de Beowulf, héroe del pueblo de los gautas (o wedras), en dos momentos de su vida. En su juventud hace una visita de tres días de duración al «Hérot», el palacio del rey danés (o skyldingo) Hródgar, y allá mata primero a Gréndel, que ha estado atacando a los daneses durante doce años, y luego a la madre de éste. Se trata de dos monstruos de características no bien definidas, pues en esto, como en todo, el poema se contradice frecuentemente; descienden de Caín, habitan las profundidades de un tenebroso lago, tienen aspecto más o menos humano y son enemigos de Dios (a veces se les nombra con epítetos propios de demonios). Más tarde Beowulf llega a ser rey de los gautas y, cuando ya ha ocupado su trono durante cincuenta años, tiene que enfrentarse con un dragón que comienza a asolar su reino. El dragón, guardián de un viejo tesoro, no es presentado sin embargo como un ser infernal, aunque resulta ser peor enemigo que los anteriores. En la lucha mueren ambos.

Estas tres hazañas constituyen el hilo argumental del poema. Su orden es el de menor a mayor dificultad, y cabe hacer también una cierta matización en los motivos que llevan a Beowulf a realizar cada una de estas proe-

zas. Se enfrenta a Gréndel incitado sólo por su juvenil heroísmo (igual que abordó su temeraria aventura con Breca), y lo vence sin necesidad de armas. Cuando lucha con la madre de Gréndel cuenta ya, además, con la recompensa que le ha ofrecido Hródgar, y para darle muerte tiene que recurrir a una espada «de las antiguas», una valiosa pieza forjada por gigantes. Su pelea con el dragón es, a diferencia de las anteriores, propiamente un deber; como rey de su pueblo, le corresponde protegerlo y librarlo de sus ataques, y se dispone a luchar con él muy consciente del gran peligro a que se expone. Sólo con la ayuda de uno de sus vasallos consigue matarlo, antes de morir él mismo.

Las dos primeras hazañas de Beowulf tienen lugar, pues, en Dinamarca, la tercera en el país de los gautas. No es ésta una distinción irrelevante. El *Beowulf* se compone en realidad de dos poemas diferentes, que sólo tienen en común la figura del héroe mismo. El primero (vv. 1-1887) es de total ambientación danesa, y daneses son también los asuntos de sus digresiones; el segundo (vv. 2200-3182) es propiamente gauta, y se ocupa a menudo de los problemas políticos de esta nación, en especial los derivados de su enemistad con los suecos (o skilfingos). Sirven de nexo entre estos dos cantos originales los vv. 1888-2199, que relatan el regreso de Beowulf al palacio de su rey Hýglac; los pocos pasajes que a partir de entonces aluden a las proezas realizadas en Dinamarca han de considerarse como interpolaciones.

El más seguro de los llamados «elementos históricos» del poema es la expedición de Hýglac contra los frisones y francos (que se menciona cuatro veces), pues la recogen también Gregorio de Tours en su *Historia Francorum* y otras dos fuentes anónimas; debió tener lugar hacia el año 520, y es ésta la fecha que ha de tomarse como punto de partida para cualquier intento de organizar cronológicamente los distintos episodios del *Beowulf*. Pero muchos de los personajes y algunos de los acontecimientos a que éste hace referencia son conocidos igualmente por la propia tradición escandinava; en los textos islandeses, como por ejemplo la *Saga de los Ynglingos* de Snorri Stúrluson, y también en la

Gesta Danorum de Saxo Gramático (ambos del siglo XIII), se habla con frecuencia de Hródgar *(Hroar)*, Hródulf *(Hrolf Kraki)*, Halga *(Helgi Hundingsbani)*, Hýglac *(Hugleik)*, Ongento *(Egils)*, Onela *(Ali)*, Óhter *(Ottar)*, Édgils *(Adils)*, etc. La arqueología, por otra parte, da pie para creer que dos de los túmulos funerarios que se hallan en la Vieja Upsala, el antiguo centro político-religioso de los suecos, son los erigidos en honor de Ongento y de su nieto Édgils; algunos kilómetros más al norte, en la localidad de Véndel, se encontraría el de Óhter, y en la provincia de Värmland el de Onela (todos estos túmulos datan de la primera mitad del siglo VI).

El *Beowulf* se nos ha conservado en un solo manuscrito (el Cotton Vitellius A XV), probablemente de alrededor del año 1000, que lo presenta con un cierto «colorido cristiano», y ello evidencia la intervención de un monje, que pudo ser el propio «autor» del poema o bien un simple interpolador posterior. Esta cuestión, como todas las relativas a la génesis del *Beowulf*, es objeto de abundantes hipótesis, fruto, en definitiva, de nuestra total ignorancia al respecto. Ciertamente, este tinte de cristianismo aparece ya a primera vista como algo bastante superficial. Se alude con frecuencia, sí, al poder de Dios o se dice que Él rige el mundo o a los hombres, y también en algún lugar se hace referencia a la Creación, a Caín o al Diluvio Universal (no se habla, sin embargo, de los ángeles, de los santos ni, sorprendentemente, de Cristo), pero se trata siempre de pasajes bien delimitados, por lo general muy breves, que no llegan a ocultar el evidente espíritu pagano germánico que rezuma la tradición original. Por otra parte, según se ha hecho notar, habría sido suficiente en muchos casos con sustituir en un verso una palabra del tipo *wyrd* (el destino, el *fatum* que maneja a los hombres, según la concepción pagana) por la palabra *Dios* para que todo un pasaje cobrara un nuevo sentido. Entendido de esta manera, el colorido cristiano del poema derivaría de una serie de añadidos y retoques, y carecería de mayor significación. No faltan teorías, sin embargo, que entienden que el «autor» del poema conformó su material de un modo consciente en una epopeya de cor-

te esencialmente cristiano en la que la lucha del héroe contra los monstruos representaría el enfrentamiento del bien contra el mal.

El *Beowulf* les plantea a los especialistas un sinnúmero de problemas de todo tipo, pero también constituye para ellos una exquisita fuente de información acerca de una multitud de aspectos de la antigüedad germánica, sobre la que no siempre abundan los datos. Varias generaciones de lingüistas, arqueólogos, historiadores, etc., lo han analizado minuciosamente desde sus respectivos puntos de vista, y lo fructífero de su labor incluso ha hecho que alguna vez llegara a olvidarse que el *Beowulf*, antes que nada, es un poema, una obra de arte. Pero éste, como decimos, es un peligro que acecha a los especialistas; para la mayoría de los lectores de lengua española, a los que rara vez se les ha brindado ocasión de familiarizarse con los estudios de la antigüedad germánica, el *Beowulf* difícilmente podrá ser otra cosa que un texto literario, y, como tal, un texto que apela primordialmente a su sensibilidad emocional y estética.

2. *Otros poemas anglosajones.*

Recogemos en esta segunda sección de la presente antología una serie de poemas que hemos estimado de lo más representativo y sustancioso de cuanto ofrece la vieja literatura en verso anglosajona. Se trata en su mayor parte (aunque no siempre) de textos preservados en el llamado Exeter Book, un códice del siglo X y escrito en el dialecto sajón occidental, que suele considerarse como la variante «clásica» del antiguo inglés.

Cuatro son los textos que, junto con el *Beowulf*, nos han quedado en testimonio del más antiguo repertorio épico anglosajón; son éstos los fragmentos de *La Batalla de Finnsburh* y del *Wálder*, *El Lamento de Déor* y *Widsid*. De época más tardía (del siglo X) proceden *La Batalla de Brunanburh* y *La Batalla de Maldon*, dos poemas que, al tiempo que muestran el desarrollo último que alcanzó el género en Inglaterra, constituyen todo el resto de la poesía épica insular conservada. En el campo de la lírica, la literatura anglosajona ofrece unas in-

teresantes muestras de poesía elegíaca en las que se enfatiza la pérdida de pasadas dichas y, en general, la caducidad de las cosas terrenas. Destacan aquí *El Viajero Errante* y *El Navegante* —las dos más extensas— que, no obstante su firme trasfondo pagano germánico, se modulan sobre registros de clara intención cristiana. Exentas de ésta están, en cambio, *El Lamento de la Esposa* y *Wulf y Édwacer,* dos sugestivos poemillas sobre añoranzas de amor. Con *El Himno de Cadmon* —el primero que, según la tradición, se compuso en alabanza de Dios en Inglaterra en los versos aliterados germánicos— ilustramos brevemente la, por lo demás, muy dilatada literatura religiosa que se conserva en anglosajón. A modo de curiosidad ofrecemos luego una selección de *Conjuros* y *Adivinanzas,* para cerrar nuestra antología con *El Poema de las Runas,* un recuento de aquellos signos y de sus correspondientes valores. Acompañando a cada uno de estos textos traducidos se hallará una breve nota introductoria.

3. *Nota sobre la presente traducción castellana.*

Toda la poesía antiguo germánica —y también, por lo tanto, todos los poemas anglosajones, ya sean épicos o líricos, recogidos en la presente antología —está compuesta en el llamado «verso aliterado germánico». Es éste un verso anisosilábico partido en dos mitades, que tienen cada una dos sílabas fuertemente acentuadas [1]; en todos y cada uno de los versos, la tercera de estas sílabas alitera con las dos anteriores o con una cualquiera de ellas. Para satisfacer las exigencias de este constante recurso, las antiguas lenguas germánicas disponían de un amplio vocabulario poético en el que podían hallar cabida decenas de sinónimos con diferentes letras iniciales para aludir a los conceptos más recurrentes, como rey, guerrero, batalla, etc., etc. Como un cierto tipo de sinónimo podemos considerar igualmente el *kenning,* una característica perífrasis metafórica según

[1] Alguna vez aparecen por excepción versos hipermétricos con tres sílabas fuertes en cada una de sus mitades.

la cual «el mar» se convierte en «la senda del cisne» o «el reino del viento»; «la batalla» en «la danza de espadas», «el choque de escudos» o alguna otra cosa semejante. Es propio también de esta poesía el gusto por la *variatio* o repetición de un mismo concepto mediante nuevas palabras.

Para nuestra traducción nos hemos servido de un tipo de verso que, leído en voz alta, pretende imitar hasta cierto punto el esquema rítmico del original mediante la aparición de dos sílabas fuertes en cada uno de sus dos hemistiquios. Nada obliga, desde luego, a procurar esta similitud, pero hemos creído preferible hacer el experimento a utilizar formas tradicionales marcadamente españolas como el octosílabo, que desvirtuarían excesivamente el carácter original de esta poesía. En cuanto a la aliteración, ni siquiera ocasionalmente ha sido procurada. Aparte de la dificultad —creemos que insalvable— que supondría en castellano el sometimiento a este imperativo, piénsese que la aliteración sólo cumple su plena función distintiva en lenguas como las germánicas, en que las sílabas tónicas destacan claramente de las débiles y de modo sistemático ocupan la posición inicial de palabra.

Un cotejo de nuestra traducción y los textos originales irremisiblemente evidenciaría una sustancial diferencia entre la riqueza idiomática de que constantemente hace gala la expresión anglosajona y la pobre variedad relativa del vocabulario empleado en nuestra versión. Aunque, desde luego, no pretendemos haber explotado todos los recursos que en este sentido ofrece el castellano, es claro que el anglosajón juega aquí con ventaja: su multitud de términos sinónimos imposibilita todo intento de emulación en nuestra lengua. Otra limitación, gustosamente asumida, a este respecto se nos ha impuesto por la elección misma de una forma versificada. El sometimiento a una consecuente norma rítmica nos ha obligado a una estricta atención al número de sílabas disponibles en cada caso. Una traducción en prosa [2] puede permitirse, para bien o para mal, trans-

[2] Del *Beowulf* hay en castellano, que conozcamos, dos traducciones de este tipo: la de Orestes Vera, *Beowulf*, Madrid 1962,

formar a cada paso ágiles formas originales del tipo *gardena* (3 sílabas) en densas construcciones castellanas, no por literales menos trabajosas, del tenor de «de los daneses equipados con lanzas» (12 sílabas); a una traducción en verso como la que aquí ofrecemos, rara vez le es posible recurrir a tan desmesuradas soluciones.

Los nombres propios, así como los de pueblos y familias, los hemos castellanizado algo en su grafía [3], a veces —en el caso del *Beowulf*— tomando como punto de partida su forma original escandinava. En esto, desde luego, no ha sido posible, ni procurada tampoco, una aplicación estricta de rígidos criterios. En la relación que de estos nombres se hace al final del libro se indican sus formas correspondientes anglosajonas.

---

con nota preliminar de Emilio Lorenzo, y la de Antonio Bravo, *Beowulf*, Oviedo 1981, con amplio estudio y bibliografía selecta. De los restantes poemas incluidos en esta antología no sabemos que exista anterior traducción castellana.

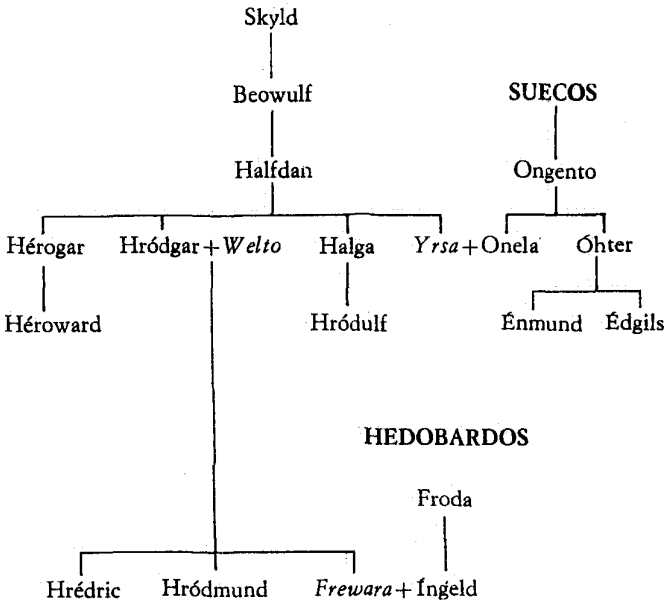
[3] La *H* inicial en estos nombres es siempre aspirada. La *y* es vocal, con el valor aproximado de la *u* francesa.

Beowulf

Tablas genealógicas

TABLAS GENEALOGICAS [1]

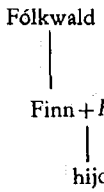
DANESES



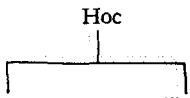
SUECOS

HEDOBARDOS

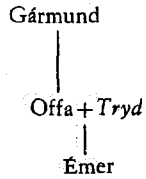
FRISONES



DANESES?

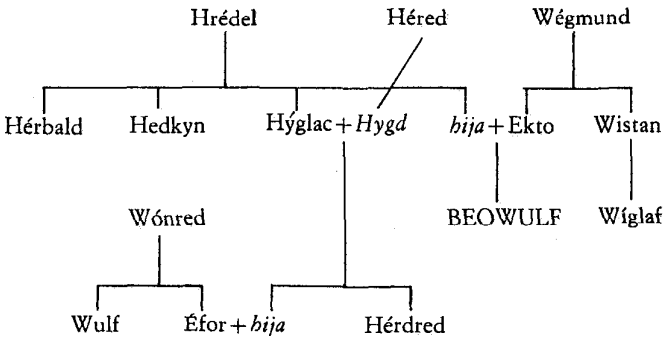


ANGLOS

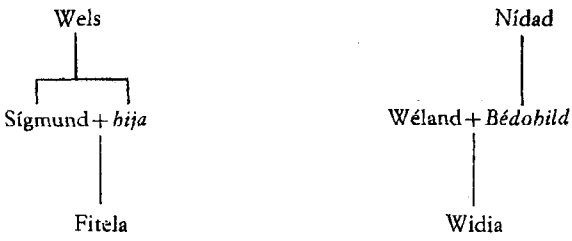


[1] En cursiva los nombres femeninos.

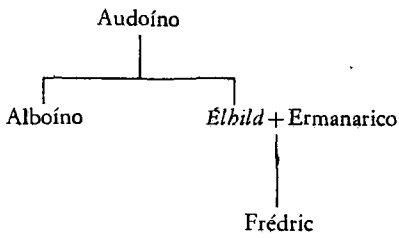
GAUTAS **SUECOS**



FRANCOS **HISTORIA DE WÉLAND**



LONGOBARDOS



Lapones
Raumas
SUECOS
GAUTAS
Jutos
Hérot
DANESES
Anglos
Gépidos
Hedobardos
Wylfingos
Frisones
Chatuarios
Francos

I. GRÉNDEL

Skyld, fundador de la dinastía skyldinga.
Sus funerales.

¡Oíd! Yo conozco la fama gloriosa
que antaño lograron los reyes daneses [1],
los hechos heroicos de nobles señores.

A menudo los bancos tomábales Skyld,
el hijo de Skef, a la gente enemiga [2];
infundía pavor el que fue recogido
en penoso abandono [3]. Consuelo le cupo,
pues grande en la tierra luego se hizo
y a todos los pueblos a orillas del mar,
de ballenas camino, él los mandó,
tributo le daban. ¡Era un rey excelente!
Entonces un hijo le vino a nacer,
heredero en palacio. Enviábalo Dios
en alivio del pueblo [4]: Él sabía su aprieto

[1] En realidad el poema tiene como protagonista a un gauta, Beowulf, cuyo único contacto con Dinamarca fue una visita a ella de tres días.

[2] Tomarles los bancos a los enemigos: conquistar sus reductos, subyugarlos.

[3] Skyld había llegado de niño a Dinamarca en un barco a la deriva (cf. vv. 44 ss.); su situación fue, pues, en un principio lastimera, ya que carecía de la protección de un clan familiar.

[4] El pueblo danés.

de tiempos atrás, cuando mucho sufrieron
sin un soberano. El Señor de la vida,
el Dios Celestial, concedióle renombre:
fue famoso Beowulf [5], lejos la gloria
del hijo de Skyld se extendió por Escania [6].
Es así [7] como un joven se sabe lograr
—ofreciendo regalos, ya en casa del padre—
que luego, de viejo, al venirle batalla,
rápida acuda animosa su gente,
le apoyen los hombres. ¡Con nobles acciones
prospera un señor en un pueblo cualquiera!
Su hora le vino al intrépido Skyld,
al encuentro marchó del Señor de la Gloria.
Sus amados guerreros lleváronlo entonces
a orillas del mar, como él ordenó,
el monarca skyldingo [8], cuando habla tenía;
fue largo el reinado del bravo caudillo.
Ya estaba dispuesto, con proa curvada
y cubierto de nieve, el navío del rey;
fue colocado el egregio señor
dadivoso de anillas [9] a bordo del barco,
al pie de su mástil. Abundaban allá
los tesoros y adornos de tierras lejanas.
No sé de otra nave que así se equipara
con armas de guerra, espadas, arneses
y cotas de malla; repleta quedó
de magníficas joyas, que lejos con él
deberían partir en poder de las aguas.
De rico tesoro dotaron al rey:
en nada peor al que un día a su lado
pusieron aquellos que, solo en el barco,

[5] No debe confundirse a este Beowulf con el héroe del poema.

[6] Escania designa aquí los territorios daneses, que entonces comprendían la actual provincia sueca de este nombre y las islas de Seeland, Laaland, Fionia, etc., pero no la península de Jutlandia.

[7] Esto es, del modo como hizo Beowulf.

[8] Skyldingo quiere decir descendiente de Skyld y, por extensión, miembro de la familia real danesa o, simplemente, danés; en este segundo sentido se le aplica aquí al propio Skyld.

[9] En la convención épica germánica todo señor es, o debe ser, generoso, y de ahí sus frecuentes epítetos del tipo «distribuidor de riquezas», «repartidor de oro, anillas o brazaletes», etc.

siendo muy niño, lo dieron al mar.
Sobre el noble caudillo erigieron después
un dorado estandarte. Le dejaron partir,
lo llevaron las olas [10]. Con ánimo triste,
apenados, quedaban. No hay en verdad
un señor en la tierra, un sabio varón,
que sepa decir quién obtuvo esta carga.

Los descendientes de Skyld. Hródgar construye su palacio «Hérot».

Beowulf skyldingo, el amado monarca,
allá mucho tiempo reinó en su reducto,
alabado entre pueblos: ya estaba su padre
sin vida terrena. Nacióle después
el intrépido Halfdan, que en tanto vivió
—belicoso y anciano— mandó a los daneses.
A aquel noble señor le vinieron al mundo,
uno tras otro, cuatro herederos:
Hérogar, Hródgar y Halga valiente;
fue Yrsa la esposa —cuentan— de Onela,
compañera de lecho del bravo skilfingo [11].
El ínclito Hródgar [12] buena fortuna
en las guerras tenía y por ello gozoso
apoyábale el pueblo: era grande su tropa
de jóvenes héroes. Quiso aquel rey
que le hicieran los hombres un rico palacio,
que le fuese erigida una hermosa mansión
—una sala excelente y mayor que ninguna—,
para allá repartir entre mozos y ancianos
todos los bienes que obtuvo de Dios [13],
a excepción de la tierra o la vida del pueblo.

[10] Nótese que Skyld llega a Dinamarca y la abandona de la misma misteriosa manera. Las naves funerarias halladas en Escandinavia e Inglaterra muestran un ajuar en todo semejante al aquí descrito. En la de Sutton Hoo (Suffolk), del siglo VII, una de las más ricas, incluso se encontró la vara de un estandarte.

[11] Los skilfingos son los miembros de la familia real sueca y, más generalmente, los suecos.

[12] Aunque no se le menciona aquí, al reinado de Hródgar debió preceder el de Hérogar (cf. vv. 467 ss.).

[13] Es una simple y convencional alusión a la generosidad de Hródgar.

He oído contar que a lejanas naciones
que habitan el mundo mandato les vino
de alzar la morada. Acabósele pronto
al egregio caudillo —en el plazo fijado—
su rica mansión; el nombre de Hérot [14]
entonces le puso el de gran poderío.
Cumplió su proyecto: regalaba en las fiestas
magníficas joyas. Alto y hermoso
el palacio se erguía. Respetábanlo aún
las ávidas llamas: fue sólo más tarde
que vino a surgir entre el suegro y el yerno
—enemigos feroces— el odio de espadas [15].

Gréndel, enfurecido por los cantos cristianos que allá se recitan, ataca el Hérot.

El monstruo maligno, con rabia terrible,
allá se irritaba en las torvas tinieblas,
día tras día oyendo en la sala
el gozoso alboroto, los sones del arpa
y el canto del bardo, que bien exponía
el origen primero de todas las razas,
cómo Dios Poderoso la tierra creó
—la dulce campiña que abrazan los mares—,
cómo hizo el Eterno el sol y la luna
para luz de los hombres que habitan el mundo;
a los campos —decía— su adorno les puso
de hierbas y ramas, y de vida dotó
a los seres diversos que tienen aliento.
Los daneses vivieron con mucha alegría
en la bella mansión hasta el día en que vino
y les hizo quebranto el siniestro enemigo.
Llamábase Gréndel aquel espantoso
y perverso proscrito: moraba en fangales,
en grutas y charcas. Desde tiempos remotos

[14] El Hérot («ciervo») debió estar emplazado en Leire, en la isla de Seeland. Su nombre se debe sin duda a los cuernos que lo adornaban (cf. v. 781).

[15] El Hérot sería incendiado años más tarde en ocasión de las luchas entre Hródgar e Ingeld (cf. vv. 2024-69). El odio de espadas: la guerra.

vivía esta fiera entre gente infernal,
padeciendo la pena que Dios infligió
a Caín y a su raza. Castigó duramente
el Señor de la Gloria la muerte de Abel,
no obtuvo Caín de su hazaña provecho:
Dios le exilió y apartó de los hombres.
Es de él que descienden los seres malignos,
los ogros y elfos y monstruos todos,
y también los gigantes que tiempo muy largo
al Señor se opusieron. ¡Les dio su castigo![16]
Oculto en la noche Gréndel marchó
al hermoso palacio, queriendo saber
lo que hacían los hombres después de la fiesta.
Vio que del sueño los nobles daneses
allá disfrutaban[17]: nada malo temían,
ninguna desgracia. El demonio infernal,
dañino y furioso y pronto dispuesto,
treinta vasallos con ira y con rabia
tomó de sus lechos. Luego escapó,
del botín orgulloso, llevando consigo
el macabro trofeo a su torva guarida.

Los daneses sufren los ataques de Gréndel durante doce años, impotentes para librarse de él.

Cuando el alba llegó, al venir la mañana,
el estrago de Gréndel fue descubierto:
tras la fiesta se oyeron muy grandes quejidos,
lloroso alboroto. El ínclito rey,
el egregio señor, se llenó de tristeza;
asaltóle el dolor, embargóle la pena,
viendo la injuria del mal enemigo,
el feroz malhechor. ¡Allá tuvo congoja,
muy largo pesar! Poca la tregua
que luego le dio: a la noche siguiente
muertes mayores sin pena le hizo,
maldades y ultrajes. ¡El mal lo incitaba!

[16] Mediante el Diluvio Universal (cf. vv. 1687 ss.).
[17] Los guerreros duermen de noche en la misma sala en que se celebran los banquetes; el rey y otros altos dignatarios disponían de pequeñas alcobas independientes (cf. vv. 1235 ss.).

Era fácil de hallar un guerrero que lejos
tratara de hacerse de un lecho seguro,
de cama mejor, cuando fue conocida
y por claras señales muy bien comprobada
la furia de Gréndel: a salvo se puso,
en lugar apartado, quien de él escapó.
Contra todo derecho hostigaba a los hombres
y vino a ocurrir que quedóse desierta
la excelsa morada [18]. Aquello duró:
doce años seguidos sufrió este agobio
el señor skyldingo, su grave infortunio
y amargo pesar. En tristes cantos
la nueva extendióse y corrió por el mundo;
contaban que Gréndel querella con Hródgar
tenía de antiguo, que año tras año
maldades y ultrajes, su odiosa querella,
constantes seguían. Él paz no quería
con hombre ninguno del pueblo danés
ni dejar de matar recibiendo tributo.
¡No cabía contar con brillantes riquezas
que muertes pagando el ogro entregara! [19]
La fiera maligna, la torva criatura,
a mozos y ancianos buscaba y seguía,
siempre acechante. En eternas tinieblas
su ciénaga estaba, mas poco se sabe
del sitio que habita su raza infernal.
Muchos males traía el que odiaba a los hombres,
causaba a menudo el feroz solitario
espantoso quebranto. Se adueñaba del Hérot,
la sala excelente, las noches oscuras;
pero él no venía ante el trono de Hródgar
—así Dios lo mandaba— ni allá agradecía [20].

---

[18] Sólo como alojamiento nocturno dejó de usarse el palacio (cf. vv. 411 ss.); durante el día continuaron las fiestas de que se hablará más adelante.

[19] Desde un punto de vista estrictamente legal, Gréndel se hallaba en la obligación de compensar económicamente las muertes causadas.

[20] Estos versos, oscuros, parecen querer decir que, aunque Gréndel se estaba en el palacio, no por ello recibía en él regalos del rey que luego agradeciera. Una irónica manera de indicar que no gozaba allí del *status* de un vasallo.

Gran infortunio el rey soportaba,
doloroso pesar. Se solía reunir
en secreto su gente: buscaban remedio,
algo que hiciesen los fuertes guerreros
que fin le pusiera a tan dura desgracia.
A menudo a los dioses en templos paganos
ofrendas hacían, súplica alzaban,
ayuda esperando en su agobio sin fin
del que mata las almas [21]. Era tal la costumbre
de gentes infieles: sus mentes ponían
allá en el infierno. No sabían de Dios,
del buen Creador, del Señor Poderoso;
nunca alababan al Rey Celestial,
al Señor de la Gloria. ¡Triste de aquel
que en horrible desgracia su espíritu entrega
al abrazo del fuego! ¡Alivio no espere,
ya nunca saldrá! ¡Feliz el varón
que en el Último Día ante Dios se presenta
y es acogido en el seno del Padre!
Al hijo de Halfdan mucho afligía
aquel daño constante; no podía el buen rey
liberarse del mal. Soportaba su pueblo
muy larga congoja, duradero pesar,
pues noche tras noche el maligno atacaba.

Beowulf va a Dinamarca para prestarle su ayuda a Hródgar.

El acoso de Gréndel a oídos llegó
del intrépido gauta [22], vasallo de Hýglac.
En fuerza excedía este noble varón
a todos los hombres que vivos entonces
había en el mundo. Mandóse equipar
un viajero del agua [23]: marchar decidió

[21] Esta alusión al paganismo de los daneses —o de algunos de ellos— es la única del poema, que en general los presenta, anacrónicamente, como cristianos. Tras la conversión, los dioses paganos fueron tenidos por representaciones del demonio.

[22] Aparece aquí ya Beowulf, el héroe del poema, cuyo nombre no se mencionará sin embargo hasta el v. 343.

[23] El viajero del agua: el barco.

por la senda del cisne [24] en socorro del rey,
del bravo caudillo al que gente faltaba.
Bien poco reparo a su marcha pusieron
los sabios ancianos, aunque era querido:
a partir le incitaron tras ver los augurios.
Llevaría consigo el mejor de los gautas
selectos guerreros, los más valerosos
que pudo encontrar. Quince marcharon
al leño del agua [25]: el buen navegante
resuelto a la costa a su gente llevaba.
El momento llegó. Al pie de las peñas
flotaba la nave; animosos los hombres
saltaron a bordo. Se arrollaban las olas,
mar contra arena. Los guerreros pusieron
adentro del barco magníficas piezas,
brillantes pertrechos. Hiciéronse al mar,
viaje emprendieron en recio navío.
Por el viento impulsado el barco avanzó
—de espumas cubierto lo mismo que el ave—[26]
y al tiempo debido, un día después,
el curvo navío llegó a su destino
y los hombres de mar divisaron la costa,
relucientes escollos, altas montañas,
buen litoral. Acabóse el viaje
a través del estrecho [27]. Del leño del agua
saltaron los wedras [28] con mucha premura,
atracáronlo luego; rechinaban las cotas
y arneses de guerra. Dieron gracias a Dios,
pues quísoles dar tan feliz travesía.

Un guerrero danés conduce a Beowulf hasta el Hérot.

El vigía danés que en lo alto de un risco
la costa guardaba bien pudo ver

[24] La senda del cisne: el mar.
[25] El leño del agua: el barco.
[26] Es alusión al cisne. La semejanza se debe a la proa curvada de la embarcación.
[27] El Cattegat, entre Suecia y Dinamarca.
[28] Los wedras: los gautas.

que bajaban del barco equipados de cota
y brillantes escudos. El deseo sintió
de saber al momento qué tropa era aquélla.
El guerrero de Hródgar presto a la orilla
corrió en su caballo; blandía con fuerza
en su mano la lanza. Así les habló:
«Decid quiénes sois, oh gente equipada
con armas de guerra que en alto navío,
las olas surcando a través de los mares,
llegasteis acá. Por tiempo muy largo
he guardado la costa, he oteado las aguas,
cuidando que nunca la tierra danesa
atacada se viera por nave enemiga.
Más que ninguno vinisteis aquí
de animosa manera, aunque poco sabéis
si os irá a recibir y aceptar en su tierra
mi gente skyldinga. Está entre vosotros
el hombre más fuerte, equipado guerrero,
que he visto jamás: no es un simple vasallo
—le adornan sus armas— si es que no miente
su digna apariencia. Ahora quiero saber
de qué gente venís, no vayáis a pasar
como astutos espías, siguiendo adelante
a la tierra danesa. ¡Escuchad, extranjeros,
oh gente de mar! ¡Atentos oíd
mi sincero consejo: mucho os conviene
decir al instante de dónde venís! »
Respuesta le dio el de rango más alto,
habló de este modo el que mando tenía:
«Somos nosotros intrépidos gautas,
fieles vasallos del ínclito Hýglac.
Glorioso renombre le cupo a mi padre:
príncipe era, llamábase Ekto;
tras vida muy larga —anciano en palacio—
partió de este mundo. ¡Bien lo recuerdan
los sabios varones que habitan la tierra!
Con buena intención al encuentro venimos
del rey de tu pueblo, del hijo de Halfdan,
del bravo señor. ¡Condúcenos tú!
Alta misión al famoso nos trae,
al egregio monarca. No voy a ocultarte
el proyecto que tengo: tú sabes, vigía,

—si es verdadero el relato que oímos—
que al pueblo skyldingo un cierto enemigo,
un cruel malhechor, oculto en la noche
lo ataca con furia y le causa quebranto,
pesares y muertes. A Hródgar pretendo
en buena amistad ofrecerle mi ayuda.
Podrá de este modo vencer al maligno,
si es que el destino consiente que tengan
sus males remedio, que le vuelva la paz
y encuentre un alivio en sus muchas desgracias.
Sufrirá en otro caso constantes ultrajes,
violentas matanzas, en tanto se eleve
y mantenga en el alto el hermoso palacio».
Allá en su caballo el osado vigía,
el guardián, respondió: «El guerrero avisado
que juzga prudente se forma opinión
atendiendo a lo dicho o también a los hechos.
Oigo que es ésta una tropa leal
al señor skyldingo. ¡Pasad adelante
con armas y cotas! ¡Yo seré vuestro guía!
A los hombres que mando la orden daré
de que guarden a salvo de todo enemigo
la nave que os trajo, el bien embreado
navío en la costa, hasta el día en que el leño
de proa curvada de nuevo os devuelva
a través de la mar al país de los wedras:
al hombre animoso la suerte le ayuda,
salva la vida en la dura batalla».
Se pusieron en marcha. Firme quedaba,
amarrado con cuerdas, el amplio navío,
sujeto en el ancla. Coronaban sus yelmos
brillantes verracos forjados en oro,
templados al fuego: protegían las vidas
de aquellos valientes [29]. Tras rápida marcha
—ceñida la tropa— alcanzaron a ver
la ensamblada mansión [30] de dorados adornos.

[29] El verraco era animal consagrado a Frey, dios de la fertilidad, y se le atribuía un carácter mágico como amuleto, según dice ya Tácito en su *Germania* (XLV). Se conserva algún yelmo coronado por una de estas figurillas y los hallamos también en varios grabados.

[30] El Hérot era ciertamente una construcción de madera.

En la más excelente de todas las salas
debajo del cielo el famoso vivía:
su reflejo llegaba hasta muchas naciones.
El guardián señaló la morada del rey,
la muy reluciente, de modo que a ella
pudiesen llegar. Entonces la vuelta
se dio en su caballo y así les habló:
«Yo ahora me vuelvo. ¡Que Dios Poderoso
os conceda su gracia y haga que a salvo
salgáis de la empresa! Yo corro a la costa
a guardarla de nuevo de gente enemiga».

Beowulf llega al Hérot. Solicita audiencia con Hródgar.

Por firme camino y de hermoso empedrado
avanzaron los hombres. Muy ricos brillaban
los recios arneses, las anillas de hierro
en las cotas gemían cuando, bien pertrechados,
hicieron su entrada en la excelsa mansión.
Fatigados los gautas del largo viaje [31],
sus escudos pusieron —grandes y fuertes—
allá en la pared; rechinando las cotas,
sentáronse luego. Apiladas y juntas
quedaron las lanzas, las varas de fresno
con hierro en la punta. ¡Magníficas armas
la tropa traía! Preguntóles entonces
un alto señor [32] de qué sitio venían:
«¿De dónde traéis estos bellos escudos,
estos grises arneses y yelmos dorados,
este acopio de lanzas? Yo soy mensajero
y heraldo del rey. A pocos he visto
de tierras extrañas con tanta apostura.
¡Bien se me alcanza que os trae ante Hródgar
alta misión, y no triste destierro! »
Pronunció sus palabras el héroe famoso;
el príncipe wedra, guerrero en su yelmo,

[31] Su travesía por mar; el Hérot estaba situado a pocos kilómetros de la costa.
[32] Wúlfgar, cuyo nombre aparece en el v. 348.

así respondió: «En la mesa de Hýglac
asiento tenemos; yo me llamo Beowulf.
Expondré mi proyecto a tu gran soberano,
al hijo de Halfdan, al noble señor,
si el egregio monarca nos da su permiso
y benigno consiente que entremos a verle».
Wúlfgar habló —era un noble de Véndel [33],
de todos sabido su mucho coraje,
su arrojo y prudencia—: «Yo diré tu deseo
al caudillo danés, al noble skyldingo,
al bravo señor dadivoso de anillas,
llevaré tu recado al egregio monarca;
la respuesta que obtenga del buen soberano
luego al momento por mí la sabrás».
Rápido entró donde Hródgar estaba
—anciano y canoso— entre nobles vasallos;
junto al hombro del rey se detuvo el valiente.
¡Bien en la corte moverse sabía!
Wúlfgar le habló a su amigo y señor:
«Ha llegado hasta aquí desde tierras remotas,
las aguas surcando, una tropa de gautas.
Al de rango más alto sus fieles guerreros
le llaman Beowulf. Solicitan tener,
oh mi amado señor, entrevista contigo.
Tu respuesta no sea, oh Hródgar afable,
que no les concedes que vengan a ti;
en sus cotas de guerra muy dignos parecen
de gran atención. ¡Es un buen capitán
el que manda a los hombres y aquí los condujo! »
Hródgar habló, el monarca skyldingo:
«Conocí a Beowulf cuando aún era niño.
El nombre de Ekto su padre tenía:
Hrédel el gauta le dio por esposa
a su única hija [34]. Viene ahora su hijo,
animoso, hasta aquí, al amigo buscando.
Por la gente de mar que a los gautas llevaba
los ricos regalos que yo les hacía
nos fue relatado que tiene en su puño

[33] El extremo norte de la península de Jutlandia.
[34] Hrédel fue el padre y antecesor de Hýglac, y Beowulf es por lo tanto sobrino de éste último.

este noble varón la fuerza terrible
de treinta guerreros. El Dios de la Gloria
en su mucha bondad ha dispuesto que venga
a la tierra danesa —por cierto lo tengo—
a librarnos de Gréndel. ¡Yo al bravo daré
por su gran valentía brillantes tesoros!
Corre hasta ellos y diles que vengan,
que todos acudan aquí con mi gente;
hazles saber que les da nuestro pueblo
gozosa acogida».
Wúlfgar salió
y asomado a la entrada les dio la respuesta:
«Deciros me manda mi gran soberano,
el egregio señor, que conoce muy bien
vuestro noble linaje y gozoso os acoge,
oh gente atrevida viajera del mar.
Pasad adelante vistiendo las cotas,
llegad ante Hródgar cubiertos con yelmos;
aquí aguardarán los escudos de guerra,
los fieros astiles, en tanto le habláis» [35].

Beowulf le ofrece su ayuda a Hródgar.

Levantóse Beowulf con sus muchos guerreros,
la tropa valiente. Vigilando las armas
algunos quedaron, según lo dispuso.
Bajo el techo del Hérot, al héroe siguiendo,
marcharon los hombres; el osado avanzó,
el bravo en su yelmo, hasta hallarse ante el rey.
Hablóle Beowulf —relucía su cota,
la malla tejida por hábil herrero—:
«¡Te saludo, Hródgar! Yo soy pariente
y vasallo de Hýglac. Ya de joven logré
muy gloriosas hazañas. Noticia me vino
en mi tierra natal de tu lucha con Gréndel:
de tu sala refiere la gente de mar,
de la hermosa morada, que sola se queda
y sin hombre ninguno después que se oculta
debajo del cielo la luz de la tarde.

[35] El ceremonial de la corte prohibía presentarse ante el rey equipado con armas.

Entonces mi pueblo —excelentes varones,
sabios ancianos— allá me propuso,
oh príncipe Hródgar, que a verte viniera.
Ellos bien conocían mi fuerza terrible,
pues me vieron volver de la fiera batalla
—de sangre cubierto— en que a cinco atrapé
de la raza gigante; monstruos del mar
en la noche abatí; con apuro a los wedras
vengué del acoso —su mal se labraban—
de bestias malignas [36]. Ahora quiero enfrentarme
yo solo con Gréndel, acabar con el ogro,
el dañino gigante. Una gracia te pido,
oh fuerte señor de la gente danesa,
rey de skyldingos, que no has de negarme,
oh noble monarca, buen soberano,
habiendo venido hasta aquí de tan lejos:
que permitas que yo, con mis bravos tan sólo,
de malos peligros el Hérot libere.
»He oído decir que el feroz enemigo,
en su loca arrogancia, sin armas ataca.
Yo también lucharé —de manera que a Hýglac,
mi noble señor, mi osadía contente—
sin ayuda de espada o tampoco de escudo,
amarillo broquel: con sólo mi mano
entraré con la fiera —un hombre con otro—
en mortal desafío. ¡Deberá resignarse
al mandato de Dios el que entonces perezca!
Sé que si Gréndel me llega a vencer,
en la alta morada podrá sin temor
devorar a mis gautas, como antes ha hecho
con tantos guerreros. No tendrás en verdad
que cubrir mi cabeza [37] —quedará por completo
anegada en mi sangre—, si caigo en la lucha:
correrá el solitario a esconder mi cadáver
allá donde ufano en su cueva lo engulla
y la manche de sangre. No tendrás en verdad
que velar mucho tiempo mis restos mortales.

[36] No está claro si se trata de una sola hazaña o de varias. Quizás es una alusión a la aventura con Breca (cf. vv. 549 ss.).

[37] Probablemente en el rito funerario se cubría la cabeza del cadáver. No habrá necesidad, según Beowulf, de tal ceremonia si Gréndel le vence, pues en ese caso lo devoraría.

Envíale a Hýglac si muero en la brega
la cota de malla que cubre mi pecho,
mi arnés excelente: es herencia de Hrédel,
una obra de Wéland [38]. ¡Decida el destino! »

Discurso de bienvenida de Hródgar.

Hródgar habló, protector de skyldingos:
«Acudiste a nosotros, oh amigo Beowulf,
queriendo pagarnos antiguos favores.
Terrible discordia tu padre inició
cuando a Hédolaf muerte le dio con su mano
en la tierra wylfinga [39]; no quisieron después
recibirle los gautas por miedo a la guerra.
Surcando las aguas, en busca se vino
del pueblo danés, de los nobles skyldingos.
Yo empezaba a reinar en la gente danesa,
ya regía, aún joven, mis grandes dominios,
mi reducto de héroes: estaba sin vida
mi hermano mayor, ya el hijo de Halfdan,
Hérogar, muerto. ¡Superábame en todo!
Yo entonces con oro zanjé la querella [40];
antiguos tesoros envié por el mar
a los fieros wylfingos. Me prestó juramento [41].
»Mucho en mi pecho me agobia el dolor
cuando a alguno le digo los males que Gréndel
me causa en el Hérot con su ira enemiga
y perversos ataques. Diezmada en la sala
se encuentra mi tropa; la entrega el destino
a la rabia de Gréndel. ¡Fácilmente podría
arrasar el Señor al furioso proscrito!

[38] Wéland (Vólund en Escandinavia) es el famoso herrero y orfebre celebrado por todos los pueblos germánicos como el mejor artífice de armas y preciosas piezas.

[39] Los wylfingos habitaban quizás por la desembocadura del Óder.

[40] Hródgar saldó generosamente a su costa la muerte de Hédolaf, según la *compositio* legal germánica.

[41] Fue Ekto quien le prestó el juramento, pero qué fue exactamente lo que le juró sólo cabe conjeturarlo. Acaso respetar la paz restablecida; más probablemente fue un juramento de amistad o fidelidad.

Ocurrió muchas veces que, estando borrachos
y alzando las copas, mis hombres juraron
quedarse aguardando en la rica mansión
y luchar contra Gréndel con recias espadas;
cuando el alba venía, al llegar la mañana,
teñido de sangre se hallaba el palacio,
en la sala los bancos estaban cubiertos
de sangre de guerra: yo así me quedaba
con menos vasallos. ¡Pero siéntate ahora
a beber con nosotros! ¡Cuenta gozoso
en la charla festiva tus grandes hazañas! »
A los gautas entonces lugar se les hizo
de modo que juntos un banco ocuparan;
allá se sentaron los bravos guerreros,
varones de fama. Cumplió su misión
quien portaba la jarra llenando sus copas
de clara cerveza. Alzóse en el Hérot
el canto del bardo. Reinó la alegría
en el amplio tropel de daneses y wedras.

La hazaña de Beowulf con Breca, según le versión de Únferd.

Entonces Únferd, el hijo de Éklaf,
que estaba a los pies del señor skyldingo,
porfía inició —causábale enojo
el valor de Beowulf, su atrevido proyecto,
pues mal admitía que hombre ninguno
gozara en el mundo, jamás en la tierra,
de gloria que fuese mayor que la suya—:
«¿Eres tú el Beowulf que quiso en las aguas
medirse con Breca, en aquel desafío
en que ambos, osados, cruzasteis el mar
y en las hondas corrientes, con nécia arrogancia,
expusisteis la vida? Inútiles fueron
prudentes consejos, desistir no quisisteis
de aquella locura. Os echasteis al mar,
en el agua nadando agitasteis los brazos,
por la húmeda senda adelante avanzasteis
con ágiles manos. Invernal tempestad
encrespaba las olas. Siete días duró

vuestra lucha en las aguas. Suya fue la victoria;
tenía más fuerza. Arribó una mañana
a la tierra que habitan los raumas guerreros [42];
regresó desde allá a su patria querida,
el héroe volvió con los nobles brondingos [43],
al hermoso reducto en que gente tenía,
palacio y tesoros. ¡El hijo de Bestan [44]
logró demostrar lo que ya aseguraba! [45]
»Ahora sé que te espera fracaso mayor,
por muchas victorias que tengas ganadas
en fieros encuentros, si al alcance de Gréndel
de noche te quedas en la alta mansión».

La misma hazaña, según la versión de Beowulf.

Respondióle Beowulf, el hijo de Ekto:
«En verdad la cerveza, oh Únferd amigo,
te ha hecho decir muchas cosas de Breca,
alabarlo en exceso. Por mi parte mantengo
que yo realicé muy mayores hazañas,
que nadie en el mar igualárseme pudo.
Siendo muy niños, con firme promesa
los dos acordamos —jóvenes éramos
ambos entonces— jugarnos las vidas
afuera en las aguas; así lo cumplimos [46].
»Nos echamos al mar empuñando con fuerza
desnudas espadas que bien de ballenas
guardarnos debían. Mas Breca en las olas
no supo sacarme ventaja ninguna,
era yo el que evitaba que atrás se quedara.
Cinco días así en las aguas nadamos;
nos pudo después separar la marea,

[42] Los raumas tenían sus dominios al oeste del actual Oslo (en Raumariki, hoy Romerige).
[43] Los brondingos debían ser un pueblo del sur de Escandinavia.
[44] El hijo de Bestan: Breca.
[45] Esto es, que era superior a Beowulf, más fuerte que él.
[46] Según Beowulf no se trató, pues, de una competición de rivalidad, sino de una hazaña conjunta a la que les incitó su juvenil heroísmo.

el furioso oleaje y la helada tormenta,
la lúgubre noche; el viento del norte
con rabia nos vino y las olas se alzaron.
Furiosas estaban las bestias del mar,
mas librábame de ellas mi cota de malla,
la muy resistente y a mano tejida:
el arnés de combate, con oro adornado,
mi pecho cubría. Un horrible enemigo
arrastróme hasta el fondo; firme en su garra
el feroz me tenía, mas quiso la suerte
que yo con mi espada a la bestia alcanzase,
con la punta del hierro. ¡Muerte a la fiera
la lucha le trajo a través de mi mano!
»Padecí de este modo el acoso constante
de seres malignos; con mi espada excelente
respuesta les di, como aquello exigía.
Mal consiguieron lograrse la dicha
de un rico banquete, de poder devorarme
gozando su fiesta en el fondo del mar;
muy al contrario, al alba en la playa
los monstruos yacían heridos por hierro,
muertos a espada, de modo que nunca
pudiesen volver a impedirle su avance
a la gente de mar. Brilló por el este
la enseña de Dios [47], se calmaron las aguas,
y así divisé de la costa las rocas
que el viento azotaba. ¡Protege la suerte
al varón animoso no urgido a morir!
Quiso el destino que a nueve alimañas
mi hierro matase. No sé que jamás
bajo el cielo se diera más dura batalla,
que nadie en las olas tal pena sufriese.
De las garras salí sin embargo con vida,
agotadas mis fuerzas: el mar me arrastró,
me llevó en su corriente, a la tierra que habita
la gente lapona [48].
»Nunca yo oí
se contasen de ti tan buscadas querellas,

[47] La enseña de Dios: el sol.

[48] Los lapones (¿o fineses?) se extendían por todo el norte escandinavo. Beowulf pudo llegar a la costa septentrional de Noruega o, acaso, a la actual Finlandia.

tan fieros combates. Ni Breca ni tú
jamás hasta ahora supisteis lograr
con brillantes espadas en choque de guerra
una hazaña igualable —no en vano me alabo—,
aunque tú sí mataste a tus propios hermanos,
cercanos parientes [49]. ¡Al infierno por ello
te irás a sufrir por muy listo que seas!
»Yo te digo en verdad, oh hijo de Éklaf,
que poco quebranto el pérfido Gréndel
le habría causado a tu buen soberano,
poco daño en el Hérot, si fuera tan grande
tu arrojo y valor como afirmas tú mismo.
Pero él ha notado que no es peligroso
el enojo danés, la tormenta de espadas [50]
que aquí le presentan los bravos skyldingos;
vuestras vidas se cobra en forzado tributo,
a ninguno perdona, y mata y destruye
según le parece: no le tiene temor
a la gente danesa. ¡Yo he de mostrarle
en la lucha inminente el vigor de los gautas,
su fuerza y coraje! ¡Al hermoso palacio
quien quiera regrese sin miedo mañana,
cuando alumbre a los hombres la luz matinal,
cuando brille en el sur el sol reluciente! » [51]

La reina Welto.

Tuvo contento el canoso señor
dadivoso de anillas: con ayuda se supo
el heroico monarca, el egregio danés,
pues oyó de Beowulf el firme proyecto.
Rieron los hombres, alzóse en la sala
el gozoso alboroto. Welto avanzó,
la esposa de Hródgar. ¡Bien el uso sabía!
Saludó a los guerreros la dama enjoyada.

---

[49] Únferd es acusado por Beowulf de haber cometido uno de los peores delitos según la ética germánica. Se insiste sobre este extremo en vv. 1166 ss.

[50] La tormenta de espadas: el combate.

[51] Tomado literalmente, al mediodía.

Primero la copa la noble señora
ofreciósela al rey de la gente danesa
deseando contento en el rico convite
al que todos amaban: complacido el monarca,
el valiente caudillo, la copa aceptó.
Por la sala fue luego la reina helminga [52]
a todos llevando, a mozos y ancianos,
la copa adornada, y vino el momento
en que la alta señora, de anillas cubierta,
llegó ante Beowulf. Presentó sus saludos
al príncipe gauta y con sabias palabras
dio gracias a Dios por haberla atendido
enviando un guerrero que fin les pondría
a los torvos ataques. La copa tomó
el intrépido wedra de manos de Welto;
afanoso de lucha entonces habló.
Allá dijo Beowulf, el hijo de Ekto:
«Decidí firmemente al hacerme a la mar,
cuando al barco viajero subí con mis hombres,
o bien terminar con el mal de tu pueblo
o bien perecer y en las garras feroces
quedarme sin vida. ¡Yo sabré realizar
una hazaña gloriosa y, si es de otro modo,
en la rica morada la muerte hallaré! »
A la dama gustaron aquellas palabras,
el discurso del gauta. La noble señora
de nuevo su asiento ocupó junto al rey.

Hródgar encomienda a Beowulf la defensa del palacio.

Otra vez se elevaron las voces gozosas
en la alta mansión, el alegre bullicio
de fiesta en palacio, y el momento llegó
en que el hijo de Halfdan pensó retirarse,
buscarse descanso. No ignoraba que el monstruo
de cierto vendría a luchar en la sala
tan pronto la luz se ocultase a los hombres,

[52] Con helmiga («descendiente de Hélming») se hace referencia al pueblo de origen o clan familiar de Welto, que ciertamente es reina de los daneses.

cuando negras tinieblas la noche trajera
y en rápido avance las lúgubres sombras
cubriesen el mundo. Levantáronse todos.
De Beowulf despidióse el intrépido Hródgar.
Deseándole suerte, el mando en la estancia
después le entregó. De este modo le dijo:
«Jamás mi palacio he cedido a ninguno
desde el día lejano en que pudo mi brazo
elevar el escudo: el primero eres tú.
Guarda celoso la excelsa morada:
piensa en tu gloria, muestra tu fuerza
y espera al maligno. ¡Cuanto quieras tendrás,
si no pierdes la vida en la dura batalla! »
Hródgar entonces salió de la estancia,
marchó con su gente el señor de skyldingos;
deseaba el monarca descanso con Welto,
dormir con la esposa. ¡Fue el Dios Celestial
—lo decían los hombres— quien puso en la sala
al guardián contra Gréndel! ¡Prestábale al rey
un valioso servicio esperando al gigante!
Confianza tenía el príncipe gauta
en su fuerza terrible, en el don del Señor.
La cota de hierro quitóse del pecho,
la entregó con su yelmo y la espada adornada,
su hierro excelente, a su buen escudero [53]:
le mandó que cuidara sus armas de guerra.
Antes de echarse a dormir en su lecho
habló con bravura Beowulf el gauta:
«Yo no me tengo por poco animoso,
por menos osado o valiente que Gréndel;
por ello no quiero acabar con el monstruo
empuñando mi espada, aunque bien lo pudiera.
Él no sabe batirse, carece del arte
de hender un escudo, a pesar de que causa
tan malas matanzas. ¡Pelea esta noche
tendremos sin armas, si él por su parte
a tal cosa se atreve! ¡Que Dios Poderoso,
el Señor de los Cielos, le dé la victoria
a aquel de los dos que mejor le parezca! »

[53] Recuérdese que Beowulf prometió luchar con Gréndel sin sus arreos de combate (cf. vv. 435 ss.).

Acostóse después el famoso guerrero,
reclinó la cabeza; sus heroicos marinos
con él en la sala acomodo buscaron.
No esperaba ninguno salvarse en la lucha,
volver con su gente a la patria querida,
a la corte del rey en que antaño creció.
Bien todos sabían que muchos valientes
del pueblo danés en el rico palacio
la muerte encontraron. El Señor, sin embargo,
les fue favorable, su ayuda y apoyo
a los wedras les dio, y así consiguieron
vencer al maligno: con su fuerza y poder
uno de ellos lo hizo. La verdad se mostró:
que el Dios Poderoso siempre ha regido
a los seres humanos.

En marcha se puso
el nocturno asesino. Dormían los bravos
que en la alta morada montaban la guardia [54];
uno sólo velaba. ¡Bien sabían los hombres
que el fiero enemigo a ninguno echaría
a las negras tinieblas, que Dios les guardaba! [55]
Beowulf, vigilante, a la espera del monstruo,
ansiaba el combate con rabia terrible.

Gréndel llega al Hérot y devora a uno de los hombres de Beowulf.

Salió de su ciénaga, oculto en las sombras,
aquel que la ira de Dios arrastraba:
proyecto tenía el cruel malhechor
de atrapar a algún hombre en el alto palacio.
Caminó por la tierra, marchó a la morada
de techo cubierto con láminas de oro
que bien conocía. Ya muchas veces
estuvo en la sala del ínclito Hródgar,
pero nunca hasta entonces, tampoco después,

[54] El que los gautas se duerman en ocasión tan poco a propósito podría explicarse por la intervención de los poderes mágicos de Gréndel. De ellos se habla en vv. 798 ss.

[55] Contradicción con lo dicho en vv. 691 ss. Por otra parte, Gréndel llegó a devorar a uno de los gautas, como veremos.

en ella encontró tan valientes guerreros.
El horrible enemigo, el privado de goces,
llegó ante la estancia. Con sólo tocarla,
en la puerta rompió los forjados cerrojos:
ya podía el maligno —era grande su furia—
adentrarse en el Hérot. Rápido entonces
pisó el pavimento de hermosos colores,
con rabia avanzó: tenía en sus ojos
un brillo espantoso, igual que de fuego.
Vio en el palacio los muchos señores
que juntos dormían, la tropa excelente
de jóvenes héroes. Alegróse su pecho:
la pérfida fiera allá se dispuso
a arrancarles a todos antes del alba
la vida del cuerpo; pensaba gozar
de copioso festín. ¡Imposible le fue
devorar a ninguno del género humano
después de esa noche! Lo observaba animoso
el pariente de Hyglac deseando saber
cómo iría a atacar con sus garras feroces.
Demorarse no quiso el dañino gigante:
veloz atrapó, como presa primera,
un guerrero dormido. Destrozó al indefenso,
en su carne mordió, bebióle su sangre,
voraz lo tragó; pronto del todo
lo tuvo engullido con manos y pies,
el cuerpo sin vida [56].

Beowulf lucha con Gréndel, que huye herido de muerte tras haber perdido un brazo.

Alargando la mano
acercóse después al osado señor
que en su lecho yacía, palpó con su garra
al heroico Beowulf. Rápido entonces
alzóse el valiente dispuesto al ataque.

[56] Probablemente la antigua tradición sabía contar que Beowulf fue atacado por Gréndel estando acostado en su lecho. El deseo de mantener este rasgo, aún después de haberse añadido a la historia la muerte del guerrero gauta, explicaría la extraña pasividad del héroe, que no interviene en su auxilio.

Allá de inmediato quedó convencido
el falaz criminal de que nunca en el mundo,
jamás en la tierra, con otro topó
que tan fuerte agarrara. Terror espantoso
le vino en su pecho: con súbita prisa
invadióle el deseo de huir al fangal
con los malos demonios. ¡Encontróse con algo
que nunca hasta entonces allá le ocurriera!
El pariente de Hýglac pensó en las palabras
que dijo esa tarde: apretando con fuerza,
en la garra del ogro los dedos rompió.
El gigante tiraba, el varón no cedía;
el monstruo famoso trataba de huir,
procuraba escapar, si posible le fuera,
a su ciénaga oculta. ¡Su zarpa notaba
en el puño enemigo! ¡Mal en el Hérot
le fue en su visita al feroz malhechor!
Resonaba la estancia; gran miedo tenía
la gente danesa, los bravos señores
que el burgo habitaban. ¡Disputábanse ambos
con furia terrible el hermoso palacio!
Fue gran maravilla que firme la sala
aguantase el combate, que en pie resistiese
la excelsa morada; pero fuerte la hacían,
por dentro y por fuera, tirantes de hierro
muy bien trabajados. Abundante destrozo
causó entre los bancos que el oro adornaba
—así se refiere— la horrible pelea.
Nunca pensaron los sabios del pueblo
que nadie en el mundo pudiese dañar
de tan mala manera la rica mansión,
la adornada con cuernos, si no era prendida
y quemada en las llamas [57].
Poderoso y extraño
se oía un rugido. Era mucho el espanto
de todos los hombres del pueblo danés
que afuera del muro escuchaban los gritos,
el lamento del ogro enemigo de Dios,

[57] Nueva virtual referencia a la futura destrucción del Hérot por las llamas en la guerra con los hedobardos de Íngeld (cf. vv. 2024-69).

su canción de derrota, el quejido doliente
del ser infernal. Agarrábalo firme
el varón cuya fuerza ninguno igualaba
de todos los hombres que entonces vivían.
Decidido se hallaba el señor de guerreros
a hacer que muriese el voraz visitante;
no creía que a nadie trajera provecho
el que vivo quedase. En torno a Beowulf
sus bravos blandían las viejas espadas
queriendo salvar de peligro a su jefe,
al famoso señor, si posible les fuera.
Mas aquellos vasallos de recio coraje,
que por todos los lados ponían le acoso
al dañino enemigo, no hallaban la forma
de herirlo de muerte: al torvo proscrito
espada ninguna que hubiese en el mundo,
ni el hierro mejor, abatirlo podía,
pues él con su magia hechizaba las armas,
sus filos de guerra. El destino, no obstante,
ordenó que este día su fin le llegase
al feroz malhechor y por siempre se hundiera
en el reino infernal de los malos demonios.
Allá comprendió el que tantas desgracias
le había causado con gozo perverso
al género humano —oponíase a Dios—
que poco su cuerpo aguantarle podría;
por la mano atrapado teníalo el bravo,
el pariente de Hýglac. ¡Cada uno del otro
la muerte buscaba! Dolor espantoso
el monstruo sintió: ahora en el hombro
un hueco mostraba; los tendones saltaron,
rompiósele el hueso. ¡Fue de Beowulf
la gloriosa victoria! Herido de muerte
Gréndel huyó a su ciénaga oculta,
a su torva guarida; claramente veía
que al término ya de su vida llegaba,
al fin de sus días. El fiero combate
acabó con las penas del pueblo danés.
Salvó de este modo el de lejos llegado,
animoso y prudente, la sala de Hródgar,
la libró de enemigos. Satisfecho quedó
de su hazaña nocturna. El príncipe gauta

cumplió su promesa a la gente skyldinga,
así terminando con todos los males
y horribles desgracias que antaño sufrieron,
las grandes injurias que mucho agobiaron
al pueblo danés. Como claro trofeo,
el varón victorioso la mano colgó
con el brazo y el hombro —completa se hallaba
la garra de Gréndel— de la alta techumbre [58].

Los daneses siguen el rastro de Gréndel. Durante el regreso un bardo canta el heroísmo de Sigmund y la maldad de Hérmod.

Allá a la mañana —así lo escuché—
rodeaba al palacio un enorme gentío;
acudieron señores de lejos o cerca,
de todo lugar, para ver el portento,
las huellas del monstruo. Ni uno tan sólo
su muerte lloró de los muchos varones
que el rastro siguieron del poco glorioso;
con gran pesadumbre, vencido en la brega,
a su charca corrió, de muerte marcado,
dejando tras sí un reguero de sangre.
Rojas hervían las aguas del lago,
revolvía y mezclaba el furioso oleaje
ardientes coágulos, sangre de guerra.
Allá agonizante se había arrojado;
murió en su fangal sin contento ninguno
y llevóse el infierno su alma pagana.
Se pusieron en marcha los viejos guerreros
—los mozos también, en feliz comitiva—;
ya volvían del lago en sus vivos corceles
los nobles señores. Alabábase mucho
el valor de Beowulf; se afirmaba y decía
que en todas las tierras que abrazan los mares
guerrero no había ni al norte ni al sur
bajo el arco del cielo que fuese mejor,
un varón con escudo más digno de un reino.

[58] A juzgar por vv. 925 ss., debió colgarla en la fachada exterior del palacio, pues podían verse desde las gradas que le daban acceso.

No por ello ofendióse al afable monarca,
al ínclito Hródgar: ¡era un rey excelente!
A ratos la tropa acordaba correr;
galopaba a porfía en sus bayos famosos
cuando era adecuado y hermoso el camino,
tenido por bueno. A veces un hombre,
un vasallo elocuente y de rica memoria,
que sabía muy bien incontables leyendas
de tiempos antiguos, componía un cantar
con su justo trabado [59]. Hábil entonces
la hazaña gloriosa cantó de Beowulf
disponiendo la historia y cambiando palabras [60]
con mucha soltura. Cuanto él conocía
de Sígmund osado en su canto lo expuso [61],
heroicas proezas, maldades y ultrajes
nunca escuchados, el largo viaje
del hijo de Wels [62], cosas que nadie
jamás conoció sino sólo Fitela [63],
que mucho de aquello el tío al sobrino
sí le contó, pues juntos pasaron
muy grandes aprietos en muchos combates;
sus espadas hicieron terrible matanza
en la raza gigante. No poco renombre
a Sígmund le dio después de su muerte
el que fiero en la lucha abatiese al dragón,
al guardián del tesoro. El de alto linaje
a solas logró bajo el risco grisáceo [64]
su hazaña famosa: no llevaba a Fitela.
El osado varón traspasó con su hierro
a la enorme serpiente, y clavóse en la roca
la espada del bravo: el reptil pereció.
Así con su fuerza el de gran valentía

[59] El «justo trabado» es la correcta aliteración del verso germánico, mediante la cual se vinculan sus dos hemistiquios (cf. Introducción).

[60] Con «cambiar palabras» se designa la *variatio* típica de esta poesía.

[61] Probablemente el bardo equiparaba en su canto la hazaña de Beowulf con las de este famoso héroe.

[62] El hijo de Wels: Sígmund.

[63] Fitela (Sinfiotli en Escandinavia) era a la vez hijo y sobrino de Sígmund, pues éste lo tuvo con su propia hermana.

[64] Bajo el risco grisáceo: en el interior de una cueva.

dueño se hizo y señor absoluto
del rico tesoro: cargó su navío,
llevóse a su barco las joyas brillantes
el hijo de Wels [65]; el dragón se abrasó.
Él fue de los héroes el más renombrado
por toda la tierra —con fieras hazañas
ganóse su gloria el señor de guerreros—
luego que Hérmod [66] su arrojo perdió,
su vida y coraje. A éste los jutos
le hicieron traición entregándolo pronto
a la gente enemiga. Muy largo pesar
afligido lo tuvo. Para todos se hizo,
nobles y pueblo, una carga insufrible;
a menudo lloraban su torpe conducta
los sabios varones que un día creyeron
que él de sus males librarlos sabría,
que ansiaron que el príncipe el reino tuviera,
que heredara a su padre y mandase a su gente,
el tesoro, el palacio y los bravos guerreros,
la tierra skyldinga.
Al pariente de Hýglac
mucho queríanlo todos sus hombres;
no así con el otro al que el mal dominó.

Hródgar elogia el valor de Beowulf. Éste le refiere su lucha con Gréndel.

A ratos la tropa por bello camino
al galope corría. El sol en el cielo

[65] La famosa aventura de la muerte del dragón y la conquista de su fabuloso tesoro se atribuye más comúnmente en la tradición germánica no a Sígmund, sino a su hijo, que en Escandinavia *(Eddas)* se llamó Sígurd y en Alemania *(Cantar de los Nibelungos)* Sígfrid.

[66] Hérmod, prototipo de mal rey (cf. vv. 1709 ss.), es presentado en contraposición con Beowulf. Su historia es bastante confusa. Al parecer, los daneses habían puesto en un principio grandes esperanzas en él, pero luego se mostró un mal señor, por lo que su pueblo se le rebeló y tuvo que exiliarse entre los jutos. (Entonces debió ser cuando los daneses, faltos de rey, atravesaron la difícil época a que se alude en el v. 15.) La gente enemiga a la que los jutos lo entregaron son probablemente los demonios, es decir, lo mataron.

muy pronto se alzó. Rápidos iban
los fieros varones al alto palacio
a ver el portento. El propio monarca,
señor de tesoros, dejando su lecho
también acudió de solemne manera
y con mucho cortejo; avanzaba con él,
a su lado, la reina con todas sus damas.
Hródar habló —llegó ante la sala,
las gradas subía y vio que colgaba
del techo dorado la garra de Gréndel—:
«¡Ya demos las gracias al Dios Poderoso
por esto que vemos! Injurias sufrí
y maldades de Gréndel, pero hace el Señor
un milagro tras otro, el Rey de la Gloria.
Hace aún poco tiempo pensaba que nunca,
jamás en mi vida, hallaría remedio
a mi dura desgracia. Roja tenía
y manchada de sangre mi sala excelente;
embargaba el dolor a mis buenos vasallos,
que ya no esperaban poder liberar
el reducto del pueblo de seres malignos,
demonios y monstruos. Ahora un valiente
al que Dios ayudaba ha sabido lograr
lo que antes nosotros con maña ninguna
jamás conseguimos. La mujer en el mundo
que tuvo en su seno a tan alto varón [67]
bien puede decir, si con vida se ve,
que el Eterno Señor generoso con ella
mostróse en el parto. Desde ahora, oh Beowulf,
el mejor de los hombres, mi afecto te doy
y te tengo por hijo. ¡Respeta este vínculo
y guárdalo siempre! Nada en la tierra
te habrá de faltar de las cosas que tengo.
A menudo premié muy menores proezas,
di joyas a gente de menos valía,
en la lucha peores. Tú supiste lograr
con tu hazaña gloriosa que ya para siempre
tu fama perviva. ¡Sígate Dios
concediendo sus bienes igual que hasta ahora!»

[67] Cabe recordar aquí que la madre de Beowulf era hija de Hrédel y hermana de Hýlac, el rey de los gautas (cf. vv. 373 ss.).

Respondióle Beowulf, el hijo de Ekto:
«Animosos nosotros [68] la lucha abordamos,
la heroica proeza; resistimos, valientes,
la fuerza del monstruo. Gozoso estaría
si hubieses podido observar al maligno
que muerto quedaba con todas sus armas [69].
Yo quería que pronto mi puño terrible
lo hundiera y atase en su lecho de muerte,
que allá le viniera agarrado en mi mano
mortal agonía, si no se escapaba.
Pues que Dios no lo quiso, no pude impedir
—aunque mucho apreté— que de mí se zafara
el cruel asesino: se me supo soltar
con arranque violento. Sin embargo la fiera,
al tratar de salvarse, la garra perdió,
el brazo y el hombro; provecho ninguno
el demonio infernal consiguióse con ello:
vivirá poco tiempo el feroz malhechor
que pecados agobian, lo tiene su herida
muy bien apresado en abrazo fatal,
con cadenas de muerte. Así ha de aguardar
el sangriento enemigo la dura sentencia
que el Dios luminoso le quiera imponer».
El hijo de Éklaf [70] silencio guardaba,
dejó de alabar sus hazañas de guerra
después que los nobles, por obra del gauta,
en la alta techumbre vieron la mano,
los dedos del monstruo. Cada uno en su punta
una uña tenía igual que de acero;
tal era la zarpa, espantosa y cruel,
del horrible pagano. Afirmaban los hombres
que nunca una espada por dura que fuese
hubiera podido abatir a la fiera
o le hubiese cortado su garra maligna.

---

[68] Beowulf, modestamente, habla de su hazaña como obra común de los gautas.

[69] Está fuera de lugar y contradice lo ya expuesto la referencia a las armas de Gréndel.

[70] El hijo de Éklaf: Únferd.

Se organiza una fiesta en el Hérot. Hródgar premia a Beowulf.

Se ordenó que al momento las hábiles manos
ornasen el Hérot; gran multitud
de mujeres y hombres allá dispusieron
la rica mansión. En los muros brillaron
dorados tapices, muchas escenas
que daban asombro al que bien las miraba.
Quedó malparado el hermoso palacio,
el firme por dentro con grapas de hierro,
y quebradas sus puertas; el torvo proscrito
de malas acciones el techo tan sólo
sin daño dejó cuando huyó de la sala
agotando su vida. No es fácil tarea
evitar este trance —¡quien quiera lo intente!—,
pues fija el destino que al fin se encamine
el que un alma posee, los seres humanos
que habitan el mundo, al cierto lugar
donde, quieto en la tumba, acabada esta fiesta
descanse su cuerpo.
El momento llegó
de que el hijo de Halfdan entrara en la sala:
el propio monarca al convite acudía.
¡No sé de otra tropa con tantos guerreros
que en torno a su rey se portase mejor!
Los varones famosos asiento tomaron,
contento tuvieron. Con mucha frecuencia
Hródgar y Hródulf [71], osados parientes,
juntos sus copas corteses bebían
en la alta morada: amigos aún
eran todos en Hérot; la gente skyldinga
tan sólo después la traición conoció [72].
El hijo de Halfdan diole a Beowulf
como premio a su hazaña un dorado estandarte,
valioso pendón, una cota y un yelmo;
presentósele luego —todos lo vieron—
espada excelente. Su copa Beowulf

[71] Hródulf, hijo de Halga, es sobrino de Hródgar.
[72] Cf. nota 90.

en la sala apuró [73]. ¡No le dieron vergüenza
ante aquellos guerreros los dones que obtuvo!
De pocos señores oí que entregasen
con tanta alegría en su rica mansión
cuatro piezas labradas y de oro brillantes.
En lo alto del yelmo, ciñéndolo bien,
una banda corría con hierro trenzada
de modo que al hombre guardase del golpe
de espada mortal cuando el bravo de escudo
debiera correr hacia gente enemiga.
Ocho buenos corceles el rey ordenó
que a la sala trajesen: láminas de oro
sus bridas cubrían; uno de ellos llevaba
muy rica montura adornada con joyas:
era aquélla la silla que usaba el monarca,
el hijo de Halfdan, cuando unirse quería
a la danza de espadas [74]. ¡Jamás en la guerra
fallóle el coraje abatiendo enemigos!
El rey de los ingas [75] lo uno y lo otro
a Beowulf le entregó, caballos y armas,
y luego le dijo que bien los gozase.
Con regalos sin tacha el famoso caudillo,
el señor de su gente, la hazaña premió,
con buenos corceles y rico tesoro,
y nadie lo niega que diga verdad.
De la misma manera el amigo del pueblo
a todos los héroes que allá con Beowulf
por las olas llegaron les hizo un obsequio
de antigua valía. Luego con oro
mandó se saldase la muerte del gauta
que Gréndel mató [76], como a todos matara
si el Dios Celestial no lo hubiese impedido
y la fuerza de un bravo. El Señor a los hombres
entonces también, como ahora, regía;
conviene por ello que todos mediten,

---

[73] Parece tratarse de un brindis ceremonial al recibir los regalos.

[74] La danza de espadas: la batalla.

[75] Los ingas («la gente de Ing», algún antiguo rey danés): los daneses.

[76] Cf. vv. 740 ss.

se ocupen del alma. ¡Mucho le viene
de bueno y de malo al que tiene en el mundo
su vida terrena por tiempo muy largo!

Un bardo ameniza la fiesta refiriendo la historia de Finn.

Allá se acordaron el tono y la voz
ante el buen capitán de la tropa de Halfdan [77]:
el arpa sonó cuando el bardo de Hródgar,
con mucho contento de toda la sala,
expuso de nuevo la historia famosa [78]
del súbito ataque del pueblo de Finn,
cómo Hnef skyldingo, el héroe danés [79],
quedóse sin vida en la tierra frisona.
Ya de los jutos Híldebur nunca
fiarse podría: sin culpa ninguna,
hijo y hermano le cupo perder
en el juego de escudos; al uno y al otro
la lanza mató. ¡Fue grande su pena!
No sin motivo la hija de Hoc [80]
renegó de su suerte: al llegar la mañana
mostróle su luz, abatidos por tierra,
a sus buenos parientes, los dos en el mundo
que más estimaba. Finn en la lucha
a sus bravos perdió —quedáronle pocos—
y ya no podía seguir atacando
a la tropa de Héngest, segundo del rey,
ni lograba tampoco sacar a los hombres
que vivos tenía. Le ofrecieron la paz:
daríales Finn una sala en su reino,
morada y sitial, y el mismo derecho
que en todas las cosas los jutos tuviesen;

[77] El capitán de la tropa de Halfdan: Hródgar, que es aludido aquí con el título que le fue propio en el tiempo en que aún vivía su padre.

[78] Sobre este pasaje, el llamado «episodio de Finn», cf. p. 125.

[79] El texto original llama a Hnef y los suyos, más exactamente, «semidaneses» o «mediodaneses».

[80] La hija de Hoc: Híldebur.

al hacer sus regalos, el hijo de Fólkwald [81]
siempre honraría a la gente danesa,
anillas daría a la tropa de Héngest,
magníficas joyas labradas en oro,
en igual cantidad que en su rico palacio
entregarle quisiera a la gente frisona.
Ambos ejércitos muy firmemente
la paz acordaron. A Héngest entonces
veraz juramento Finn le prestó
de que todos sus hombres tratados serían
de honrosa manera, que nadie jamás
violaría este pacto con habla o con hecho
ni con mala intención o por burla diría
que a aquél apoyaban que al rey les mató,
aunque fuerza les fue cuando al jefe perdieron;
mas si acaso un frisón con maligna palabra
al odio mortal de otro tiempo aludiese,
entonces el hierro arreglarlo sabría.
Apilaron la leña y oro excelente
a la hoguera trajeron. Ya en ella dispuesto
se hallaba el mejor de los bravos skyldingos [82];
bien se veían, cubierta de sangre,
su cota de malla, la dorada figura
del recio verraco [83], los muchos señores
que heridos de muerte en la lucha cayeron.
Híldebur quiso que a su hijo pusieran
arriba con Hnef, que fuese quemado
a su lado su cuerpo y llevado a la pira;
a su cuello abrazada, entonaba la reina
lloroso lamento. Subióse al guerrero.
¡Grandiosa la llama que al cielo se alzó!
La hoguera rugía: derretíanse cráneos,
abríanse heridas y de ellas la sangre
abundante manaba. El fuego engulló,
fantasma voraz, a los hombres caídos
de un bando y del otro; allá perecieron.
Los bravos entonces —con menos amigos—
marcharon de nuevo a su casa y morada

[81] El hijo de Fólkwald: Finn.
[82] Hnef, el rey muerto.
[83] Cf. nota 29.

en la tierra frisona [84]. Héngest pasó,
habitando con Finn, un invierno difícil,
de poca alegría. Añoraba su tierra,
mas le era imposible hacerse a la mar
en el curvo navío: la tormenta en las olas
y el viento reñían, en su hielo el invierno
apresaba a las aguas. Otro año después
en el mundo empezó, pues siempre sucede
que al tiempo debido el aire de nuevo
brillante se torna. El invierno acabó,
florecieron los campos. Ansiaba el guerrero [85]
salir de su exilio, pero más que en la vuelta
con ira pensaba en la fiera venganza,
en cómo podría iniciar el combate
en el cual a los jutos su enojo mostrara.
Poco el valiente cambió de opinión
cuando el hijo de Húnlaf [86] le puso en el pecho
la espada famosa, la «Rayo en la guerra».
¡Los jutos su filo muy bien conocían!
Allá Finn pereció, animoso guerrero,
fue muerto con hierro en su propia morada,
cuando Gúdlaf y Óslaf, por mar arribados,
con pena aludieron al súbito ataque,
a la triste desgracia. No logró retener [87]
en su pecho la furia. Cubrióse la sala
de sangre enemiga: fue Finn abatido
—cayó con su tropa— y tomada la reina.
La gente skyldinga llevóse a los barcos
el rico tesoro del fiero monarca,
las piezas doradas y joyas que había
en la casa de Finn. Fue luego llevada
la noble señora a la tierra danesa,
regresó con su pueblo.

[84] Una vez hecha la paz, los frisones se dispersan; con menos amigos, pues han sufrido bajas en su lucha con los daneses.
[85] El guerrero: Héngest.
[86] El hijo de Húnlaf es sin duda uno de los dos daneses, Gúdlaf u Óslaf, que se citan en el v. 1148. La espada que éste le entrega es una conminación a la venganza.
[87] Héngest es el sujeto de la frase.

El discurso de Welto. Sus regalos a Beowulf. Sobre la muerte de Hýglac.

El canto acabó,
la historia del bardo. Alzóse en la sala
un clamor de contento [88]; acudieron los mozos
con jarras de vino. Coronada con oro,
Welto avanzó ante Hródgar y Hródulf,
los dos valerosos: aveníanse bien
entre sí todavía [89]. Únferd estaba
a los pies del monarca; gozaba de estima
a pesar de que muerte les dio a sus hermanos
en danza de espadas. Allá dijo la reina:
« ¡Recibe esta copa, oh mi dueño y señor,
generoso caudillo! Regocíjate ahora,
oh rey de tu pueblo, y dirige a los gautas
benignas palabras, que así lo merecen.
Sé dadivoso, no olvides premiarlos
con joyas traídas de lejos o cerca.
He oído decir que por hijo tomaste
al heroico varón. Ya a salvo está el Hérot,
el bello palacio; disfrútalo bien
mientras goces de vida, y deja a tu estirpe
el pueblo y el reino después que te marches
en busca de Dios. Yo sé que de cierto
mi Hródulf querido dará a nuestros hijos
ayuda y cuidado, si antes que a él,
oh señor de skyldingos, la muerte te llega;
muy generoso pienso que entonces
con ellos será, si tiene presente
lo mucho que a él, todavía muy niño,
nosotros le honramos e hicimos favor» [90].

[88] El general regocijo se debe a la victoria final de los daneses en el relato del bardo.

[89] Cf. nota siguiente.

[90] Muy de pasada se ha aludido ya a una futura enemistad o traición entre Hródgar y su sobrino Hródulf (cf. vv. 1017 ss. y 1164-5; véase también *Widsid* vv. 45 ss.). Efectivamente, según cuenta Saxo Gramático en su *Gesta Danorum,* Hródulf usurparía más tarde el trono danés cuando por derecho debieron ocuparlo los hijos de Hródgar, a los que quizás mató. Las confiadas —o temerosas— palabras de Welto sobre el futuro comportamiento de su sobrino para con sus hijos tienen, pues, un alto interés dramático. Así también en vv. 1226 ss.

Al banco marchó que ocupaban sus hijos,
Hrédric y Hródmund, allá acompañados
de jóvenes héroes; estaba sentado
con ambos hermanos el bravo Beowulf.
Tras haberle invitado a beber en la copa
con buenas palabras, dos brazaletes
de oro trenzado la reina le dio,
una cota de malla y también un collar
como nunca escuché que lo hubiese en el mundo.
No he sabido jamás de una pieza mejor,
a no ser cuando Hama al brillante reducto
llevóse el collar de la gente brisinga,
la joya excelente: evitó la querella
que urdió Ermanarico y buscó paz eterna [91].
Con este collar fue Hýglac el gauta,
el nieto de Swérting, a su última lucha [92]:
al pie de su enseña feroz defendía
el botín que ganó. Buscóse su muerte
al llevarle batalla con loca arrogancia
a la gente frisona; les fue por los mares
el fuerte monarca teniendo a su cuello
la pieza adornada. Con su escudo cayó.

[91] El collar ofrecido a Beowulf se compara con el de la gente brisinga (?), que es bien conocido en la mitología escandinava como adorno de la diosa Freya (el Brisingamén). Sobre Hama cf. *Widsid* vv. 124 ss.; a Ermanarico suele presentarlo la tradición épica como prototipo de rey cruel (así en *El Lamento de Déor* vv. 21 ss. y *Widsid* vv. 7 ss.). Se ha supuesto que «brillante reducto» designa un convento, y que la «paz eterna» es la de la vida monacal, que Hama habría abrazado.

[92] Según v. 2172, Beowulf se lo regaló a su regreso a Hygd, la esposa de Hýglac. El ataque de éste contra los frisones y francos, que le costó la vida, vuelve a mencionarse en vv. 2354 ss., 2498 ss. y 2913 ss. Se trata del único punto del poema que tenemos plenamente confirmado por otras fuentes. Gregorio de Tours habla en su *Historia Francorum* (III, 3) de la expedición del rey Chochilaicus (Hýglac, antiguo nórdico Hugilaikaz) contra el territorio franco alrededor del año 520. Hýglac saqueó primeramente la costa frisona al oeste del Zuider See, internándose luego por el Rin hasta la región de los chatuarios, que formaban parte del reino merovingio. Cuando ya sus barcos habían iniciado la retirada, cargados con un rico botín, Hýglac, que aún estaba en tierra, se vio atacado por un gran ejército franco-frisón que logró darle muerte.

Se apropiaron los francos del cuerpo del rey,
de su arnés de combate y del rico collar:
por peores guerreros se vio despojado
tras fiera matanza; abatidos por tierra
los gautas yacían.

Aprobaron los hombres [93].
Ante toda la tropa Welto le habló:
«¡Goza y disfruta, oh querido Beowulf,
esta joya brillante y la cota de malla,
magníficas piezas, y mucho prospera,
que aumente tu fama! ¡Sé tú de estos niños
benigno maestro! Premiarte sabré.
Con tu hazaña lograste que lejos y cerca
por siempre los hombres proclamen tu gloria
en todas las tierras que abrazan los mares,
el reino del viento [94]. ¡Que la suerte te asista
hasta el fin de tus días! ¡Yo deseo que obtengas
muy grandes tesoros! ¡Sé tú de mis hijos
un buen protector, oh dichoso guerrero!
»Son leales aquí unos nobles con otros,
son afables los bravos y fieles al rey;
se encuentra la tropa dispuesta y alerta,
la gente en la sala mis órdenes cumple».
A su trono volvió.

Terminado el convite, los daneses vuelven a hacerse cargo del Hérot.

Vino en la fiesta
los hombres bebían; ignoraban la suerte,
el horrible destino, que a muchos señores
allá amenazaba. Cuando vino la noche
Hródgar, el rey, a su alcoba marchó,
retiróse a dormir. Como antaño solía,
quedóse en la estancia el tropel de daneses:
apartaron los bancos y luego extendieron
jergones y mantas. ¡Marcado de muerte
un vasallo animoso buscóse su lecho!

[93] Lo que aprueban es, naturalmente, el premio recibido por Beowulf.
[94] El reino del viento: el mar.

Cada hombre a su lado el escudo tenía,
la tabla brillante; sobre aquellos varones
veíanse bien, en los bancos dispuestos,
el yelmo empinado, la cota de malla
y la lanza de guerra. Preparados estaban
en todo momento a iniciar el combate,
en la sala, en campaña y en toda ocasión
que pudiera surgir en que apoyo quisiese
su gran soberano. ¡Era un pueblo valiente!

II. LA MADRE DE GRÉNDEL

La madre de Gréndel ataca el palacio. Se apodera de un danés y recobra la garra de su hijo.

Se entregaron al sueño. Caro un guerrero
pagó su reposo, como antaño ocurría
en el tiempo en que Gréndel con odio atacaba
el dorado palacio, antes que muerte
en castigo sufriese. Pronto se vio,
fue de todos sabido, que alguien quedaba
con vida en la tierra dispuesto a vengar
la derrota del monstruo. La madre de Gréndel,
ogresa dañina, maldades fraguaba.
Habitaba por fuerza las gélidas aguas
de un lúgubre lago desde el día en que muerte
Caín con la espada a su hermano le dio,
al hijo del padre. Fue luego exiliado
—marcábalo el crimen— y lejos del mundo,
al desierto, marchó [95]. Es de él que descienden
los seres malignos, y uno fue Gréndel,
fiera espantosa, que en Hérot halló
a un héroe despierto y dispuesto a la lucha.
Quiso atraparlo el torvo proscrito,
mas él confiaba en su fuerza terrible,

[95] Cf. vv. 106 ss.

el don estimado que obtuvo de Dios,
y pidióle su apoyo al Señor Poderoso,
socorro y ayuda: mató de este modo
al demonio infernal. El que a todos odiaba,
de goces privado, abatido corrió
a su lecho de muerte. Entonces su madre,
hosca y rabiosa y con mucho pesar,
en camino se puso queriendo vengarse.
Al Hérot llegó; la gente danesa
en la sala dormía. Al momento los nobles
sintieron terror cuando entró en el palacio
la madre de Gréndel. Menos miedo causó,
sin embargo, que el hijo, en la misma medida
que el hombre a la hembra en la guerra supera,
cuando espada brillante, forjada a martillo,
de sangre cubierta y con filo temible,
el verraco lastima que luce en el yelmo [96].
Se empuñaron los hierros en la alta mansión
—en los bancos estaban— y muchos escudos
tomáronse al brazo; nadie en el yelmo
o la cota pensó: ¡fue grande el espanto!
Rápida quiso acabar en la sala,
alejarse de allá, cuando fue descubierta.
Atrapando con fuerza a un noble vasallo,
pronto escapó a su ciénaga oculta.
Al mejor de los héroes que Hródgar tenía,
al varón con escudo que más estimaba
entre toda su gente, a ése mató,
al famoso guerrero. No estaba Beowulf;
al intrépido gauta aparte una alcoba
asignada le fue [97] cuando obtuvo su premio.
Hubo gritos en Hérot: ¡se había llevado
la garra sangrienta! De nuevo al palacio
la pena volvió. ¡De mala manera
en aquella contienda amigos caían
de un bando y del otro!

[96] Cf. nota 29.
[97] Cf. nota 17.

Hródgar se lamenta de la muerte de su vasallo y describe el paraje habitado por los monstruos. Beowulf le ofrece nuevamente su ayuda.

Se llenó de tristeza
el sabio monarca, el canoso señor,
cuando supo la muerte del noble vasallo,
que estaba sin vida el que más estimaba
Fue pronto llamado a la estancia Beowulf,
el osado varón. Muy de mañana
el valiente acudía, el héroe glorioso
con toda su tropa, allá donde el rey
en su agobio dudaba que Dios algún día
quisiera librarle de tanta desgracia.
Por buen pavimento avanzó con sus hombres
el bravo Beowulf —resonaba la sala—
y al príncipe luego, al señor de los ingas,
cortés saludó preguntando si tuvo
—él así lo esperaba— gozoso descanso.
Hródgar habló, protector de skyldingos:
« ¡No preguntes por gozo! Ya sufre de nuevo
la gente danesa. Está Ésker sin vida,
el que fue de Yrmenlaf el hermano mayor,
mi fiel consejero, el buen camarada
que en muchos combates salvó mi cabeza,
en el choque de gente que trata de herir
el verraco del yelmo. ¡Todos los nobles
así como Ésker ser deberían!
Una ogresa dañina muerte en el Hérot
le dio con sus manos; ignoro el lugar
al que luego escapó [98], de su hazaña orgullosa,
arrastrando su cuerpo. Ha sabido cobrarse
el castigo que a Gréndel ayer le infligiste
de fiera manera y con puño potente
por haberle causado muy larga desgracia
a la gente danesa. El torvo enemigo
en la lucha cayó, mas ahora ha venido,
terrible, su madre queriendo vengarlo.

[98] Recuérdese, sin embargo, que se habló ya, en vv. 841 ss., de una incursión al lago habitado por los dos monstruos. Hródgar describirá, además, aquel paraje en vv. 1357 ss.

Se ha cobrado su muerte con saña cruel:
de este modo lo piensan los muchos guerreros
que lloran la pérdida, triste, del jefe,
el señor generoso. ¡Inerte se encuentra
la mano que a todos favores hacía![99]
»A la gente que vive y habita en mi reino,
a mis buenos vasallos, he oído contar
que a menudo veían dos grandes espíritus,
seres malignos, que en torno a las ciénagas
siempre rondaban. De hembra el aspecto
el uno tenía, según lo que ellos
podían juzgar; el otro malvado
vagaba, proscrito, en la forma de un hombre,
si bien su tamaño era mucho mayor.
Desde tiempos remotos llamábale Gréndel
la gente del reino; nada ninguno
del padre sabía, tampoco si a otros
la vida les dio. Ambos habitan
ocultas loberas, riscos al viento,
un hosco fangal donde un río se vierte
cayendo del monte y al pie de las rocas
se hunde en la tierra. No lejos de aquí,
si por millas se mide, se encuentra la charca;
un bosque nevado sobre ella se inclina,
sus ramas colgantes el lago ensombrecen.
Hay allá cada noche espantoso portento:
foguean las aguas. ¡No existe en el mundo
tan sabio varón que su fondo conozca!
Si acosado por canes el rápido ciervo
de cuernos potentes se oculta en el bosque
tras larga carrera, antes se rinde,
se entrega en la orilla, que al lago se arroja
a esconder su cabeza. ¡Mal sitio es aquél!
Allá hasta las nubes oscuro se eleva
el furioso oleaje cuando el viento levanta
maligna tormenta y el aire se espesa
y lloran los cielos. ¡En ti solamente
otra vez confiamos! No conoces aún
el horrible paraje en que puedes hallar

[99] Ésker es caracterizado aquí como si hubiera sido un rey. Véase también v. 1407.

a la impía criatura [100]. ¡Ve allá si te atreves!
¡Yo tu pelea con nuevos regalos
premiarla sabré, con magníficas joyas,
con oro trenzado, si vivo regresas! »
Respondióle Beowulf, el hijo de Ekto:
« ¡No te aflijas, oh rey! ¡Cumple mejor
vengar al amigo que mucho llorarlo!
Para todos nosotros un día se acaba
la vida en la tierra, mas antes debemos
cubrirnos de gloria: no hay cosa mejor
para un noble guerrero después de su muerte.
¡Levántate ahora, oh señor de tu reino!
¡De la madre de Gréndel el rastro sigamos!
Una cosa te digo: que no escapará
ya se meta en la tierra ya corra a los bosques
o al fondo del mar, donde quiera que sea.
¡Soporta paciente por sólo este día
—así te lo ruego— tu mucho dolor! »

Daneses y gautas marchan al lago de la madre de Gréndel.

Levantóse el anciano; al Dios Poderoso,
al Señor, alabó por la ayuda del bravo.
Fue pronto dispuesto el caballo de Hródgar,
trenzada su crin. En marcha se puso,
equipado, el monarca; tras él caminaba
su tropa valiente. Siguieron el rastro,
la huella en la tierra, por sendas de bosques
y campos abiertos: por ocultos fangales
la ogresa pasó llevando consigo,
de vida privado, al mejor de los nobles,
a aquel que en la sala con Hródgar regía.
Recorrieron entonces los fieros varones
rocosas quebradas de paso difícil,
angostos caminos —un hombre a la vez—,
barrancos y peñas, guaridas de monstruos.
Él iba delante [101] explorando la tierra

[100] Nueva inconsistencia, pues Beowulf debió hallarse entre los que siguieron el rastro de Gréndel en vv. 841 ss.
[101] Probablemente Beowulf, no Hródgar.

con sólo un puñado de diestros guerreros;
de repente llegó al lugar donde el bosque,
la lúgubre selva, volcaba sus ramas
por gris precipicio: revolvíanse abajo,
con sangre, las aguas. La gente danesa,
todos los bravos del pueblo skyldingo,
sintieron angustia, horrible pesar,
cuando arriba del risco, al borde del lago,
la tropa encontró la cabeza de Ésker.
Turbias de sangre —los hombres lo vieron—
las olas hervían. El cuerno tocaba
sus sones de guerra. Sentáronse todos;
en el lago observaron las muchas serpientes,
extraños dragones que habitan el mar;
en las rocas echados veíanse monstruos,
fieras y sierpes, de esos que al alba
con torva intención a menudo recorren
la senda del barco [102]. Emprendieron la huida
con rabia maligna al oír el sonido,
el toque del cuerno. Allá con su arco
el príncipe gauta una bestia mató
haciendo que, dura, quedase en su pecho
la flecha de guerra. Poco a poco en el lago
más lenta nadaba, según perecía.
Aquel ser espantoso pronto en el agua
acosado se vio por fuertes arpones
de punta terrible. Fue dominado
y sacado a la orilla: se admiraron los hombres
del hosco enemigo.

Beowulf se prepara para luchar con la madre de Gréndel.

Equipóse Beowulf
con su arnés de combate, sin miedo a la muerte.
Su cota de malla, a mano tejida,
amplia y ornada, entraría en el lago:
guardaríale ella el refugio de huesos [103]

[102] La senda del barco: el mar.
[103] El refugio de huesos: el cuerpo.

evitando que al pecho llegaran las garras,
que las zarpas feroces le hicieran morir.
Su cabeza cubriendo, también bajaría
a las hondas corrientes, al fondo del mar,
el yelmo brillante, el casco dorado
y con bandas de hierro, que en tiempo lejano
el herrero forjó, rodeándolo bien
con hermosos verracos [104] de modo que nunca
ni punta ni filo de espada lo hirieran.
No fue la peor de sus armas entonces
aquella que Únferd le vino a prestar,
la espada excelente, antigua y valiosa,
de nombre «Estacón». Ponzoñosas señales
mostraba en su hoja, que fue endurecida
con sangre de guerra [105]; en la lucha jamás
le fallaba al varón que en sus manos la alzaba,
cuando bravo corría a la dura pelea
con gente enemiga. ¡No era en verdad
la primera ocasión en que el hierro se usaba!
Cuando el hijo de Éklaf, el fuerte danés,
le entregaba su espada al que a más se atrevía,
bien poco acordóse de aquello que dijo,
borracho, en la sala [106]; desde luego que él
no osaría exponerse en las aguas furiosas,
heroica proeza. Allá su renombre
y su fama perdió; no así con el otro
que estaba equipado y dispuesto al combate.
Dijo Beowulf, el hijo de Ekto:
«No olvides, oh noble heredero de Halfdan,
gran soberano, ahora que parto
buscando el peligro, oh famoso varón,
lo que dicho tenemos: que si muerto cayera
sirviéndote a ti, me serías después
—ya mi vida perdida— lo mismo que un padre.
Sé tú de mis hombres un buen protector,
de mi tropa valiente, si acaso perezco,

[104] Este yelmo es, pues, distinto de los descritos hasta ahora. Tenía los verracos protectores en relieves en torno a la cabeza.
[105] Se trata quizás de las señales dejadas por el ácido en el proceso de damasquinado. Otra posibilidad es que se le atribuyera a su ornamentación un efecto mágico ponzoñoso (Klaeber).
[106] Cf. vv. 499-528.

y envíale a Hýglac, oh Hródgar afable,
los ricos regalos que ya me entregaste;
cuando el rey de los gautas el oro contemple,
cuando el hijo de Hrédel admire las joyas,
sabrá que gocé de excelente señor
que me fue dadivoso hasta el fin de mis días.
Entrégale a Únferd el viejo tesoro,
que el bravo reciba la espada adornada
y de filo potente. ¡Ahora "Estacón"
ha de darme renombre y si no moriré! »

Beowulf lucha en una cueva submarina con la madre de Gréndel y la vence.

Tras estas palabras el príncipe gauta
veloz avanzó; no quiso aguardar
para oír la respuesta. Acogieron las aguas
al noble guerrero, que estuvo nadando
gran parte del día sin dar con el fondo.
Pronto notó la que años cincuenta
llevaba en la ciénaga, fiera en la lucha,
cruel y espantosa, que un ser humano
bajaba a explorar la mansión de los monstruos.
Rápida entonces al hombre atrapó
con sus garras feroces. No pudo dañar
sin embargo su cuerpo: el arnés de combate,
la cota de malla que bien le cubría,
supo impedir que sus uñas le hirieran.
La loba del mar hasta el fondo bajó
arrastrando a su cueva al de buena armadura,
que no conseguía, aunque era atrevido,
valerse del hierro. Las bestias marinas,
horribles serpientes, mordían su cota
en lo hondo del lago, hostigaban al héroe
con dientes voraces.
El osado señor
hallóse después en un torvo aposento
en el cual se encontraba a resguardo del agua:
impedía su techo que al gauta agobiasen
las olas furiosas. Luz a la estancia
le daba una hoguera de llamas brillantes.

Entonces el bravo delante se vio
de la ogresa maligna. Alzó valeroso
su espada de guerra; firme en el puño,
el hierro anillado [107] cantó en su cabeza
su lúgubre son. Halló sin embargo
que no la dañaba su rayo en la lucha [108],
que no la abatía. Al noble en su aprieto
fallóle aquel filo que en tantos combates
los yelmos rajara y las cotas de malla
de gente enemiga. La magnífica pieza
jamás hasta entonces tan mal se portó.
No cedió su coraje, mantúvose firme;
pensaba en su fama el pariente de Hýglac:
arrojó sin demora el furioso guerrero
la espada excelente —en el suelo quedó
con su filo temible— y fió en su poder,
el vigor de su puño. ¡Es así como actúa
aquel que en la lucha se quiere ganar
duradero renombre: desprecia su vida!
El príncipe gauta, sin miedo ninguno,
agarró por un hombro a la madre de Gréndel:
con fuerza terrible —era mucha su ira—
hizo que a tierra la ogresa cayera.
Ésta, rabiosa, respuesta le dio
atrapando al valiente en sus garras feroces,
y el bravo guerrero, el héroe, cansado,
también, tropezando, al suelo cayó.
Colocósele encima y, sacando una daga
ancha y brillante, trató de vengar
a su único hijo. La cota anillada
que al hombre cubría su vida salvó:
ni punta ni filo pasarla pudieron.
El hijo de Ekto, el príncipe gauta,
muerto quedara en el fondo del mar
de no haberle guardado su cota de malla,
la recia armadura, y tenido el apoyo
del Dios Celestial; el Sabio Señor

[107] Se conservan algunas de estas espadas provistas en la empuñadura de una anilla. Servía probablemente para fijar una correa que las sujetara a la mano.
[108] El rayo en la lucha: la espada.

que la Gloria gobierna pronto dispuso
que el héroe de nuevo del suelo se alzara.
Vio entre las armas [109] un hierro invencible,
una espada valiosa y con filo potente,
delicia de un bravo. Era un arma sin tacha,
mas tanto pesaba que nunca otro hombre
—tan sólo Beowulf— manejarla podría:
fue por gigantes la pieza forjada.
El señor de skyldingos [110] el hierro excelente
y de puño anillado con rabia tomó
y diole con él en el cuello tal golpe
que pudo su hoja a través de la carne
pasarle los huesos. Marcada de muerte,
abatida, cayó. Tuvo Beowulf
—chorreaba su espada— muy gran alegría.

Beowulf le corta la cabeza a Gréndel. Mientras tanto los daneses, creyéndole muerto, regresan al Hérot. Los gautas permanecen a orillas del lago.

Mucho la luz de la hoguera alumbraba [111],
igual que si arriba enviase sus rayos
el astro del cielo. El vasallo de Hýglac,
siguiendo los muros, la estancia exploró.
Todavía con fuerza y teniéndolo en alto
empuñaba su hierro; aún de provecho
al varón le sería. Deseaba impaciente
que Gréndel pagase las muchas injurias
que antaño le hizo a la gente danesa.
Atacó con frecuencia después de aquel día
en que fiera matanza causó entre los hombres,
dormidos, de Hródgar: quince guerreros
del pueblo danés devoró en el palacio
y luego otros quince llevóse consigo [112],

[109] Según v. 1662, estaban colgadas en la pared.
[110] Gauta es Beowulf, y no skyldingo; es posible que se le considere aquí como tal por hallarse realizando una hazaña en defensa y provecho de los daneses.
[111] Cf. vv. 1516-7.
[112] Cf. vv. 120 ss.

macabro botín. ¡Ya el héroe furioso
le dio su castigo! A Gréndel ahora
en su lecho encontró, abatido en la brega
y sin vida ninguna después del combate
que en Hérot sostuvo. Allá al enemigo
—feroz revolvióse— golpe terrible
Beowulf le asestó y le cortó la cabeza.
Pronto observaron los bravos guerreros
que arriba con Hródgar miraban el lago
cómo furiosas hervían las aguas,
teñidas de sangre. Los sabios ancianos
de blanco cabello entre sí se decían
que ya no esperaban que el héroe volviese,
que no tornaría trayendo victoria
ante el ínclito rey. Muchos pensaron
que supo abartirlo la loba del mar [113].
La hora nona llegó [114]. Se alejaron del lago
los fieros skyldingos, regresó con su gente
el amigo del pueblo. Tristes allá
se quedaron los gautas, mirando las aguas;
ya poco esperaban volver a encontrar
a su amado señor.
Comenzó a derretirse [115]
la espada excelente al mancharla la sangre,
el sudor de la guerra [116]. Fue gran maravilla
que así se fundió como el hielo se funde
tan pronto de trabas el Padre lo libra
y desata los ríos, el que rige y gobierna
los cambios del año. ¡Es Dios verdadero!
No tomó de la estancia el príncipe wedra
tesoro ninguno, aunque muchos halló:
la cabeza tan sólo y el puño del hierro,
con joyas labrado; derritióse la hoja,
quemóse el acero. ¡Tanto era ardiente
y con tanto veneno la sangre del muerto!
Regresó con premura —hacia arriba nadó—
el que supo vencer en la lucha a los monstruos.

[113] Al ver las aguas revueltas y ensangrentadas dan por supuesto que Beowulf ha muerto.
[114] Las tres de la tarde.
[115] Prosigue la acción interrumpida en v. 1590.
[116] El sudor de la guerra: la sangre (de Gréndel).

Limpió de enemigos las aguas del lago,
el amplio solar [117]: el torvo proscrito
agotó sobre el mundo su vida terrena.

Beowulf sale del lago. Regresa con sus hombres al Hérot.

Salió de las olas el fiero señor
protector de su gente; consigo traía,
feliz, su botín, el pesado trofeo.
Acudió presurosa la tropa aguerrida;
dieron gracias a Dios; gozosos estaban
viendo a su príncipe a salvo de nuevo.
Le quitaron el yelmo y la cota de malla
con mucha premura. Ya estaban tranquilas
—teñidas de sangre— las aguas del lago.
De allá regresaron con ánimo alegre
hollando el camino, siguiendo la senda
que ya conocían. Desde el alto peñasco
y con mucho trabajo llevaban los hombres,
famosos varones de recio coraje,
el horrible botín. Entre cuatro guerreros
cargaban el peso: la cabeza llevaban,
clavada en la lanza, a la rica mansión.
Arribaron al fin a la sala del rey
los catorce valientes, la tropa de gautas
que bien combatía. Con su gente Beowulf
la llanura pisó que ante el Hérot estaba.
Entró en el palacio el osado señor,
el héroe glorioso, el intrépido gauta,
queriendo ofrecer sus respetos a Hródgar.
Por el pelo arrastrada, la fiera cabeza
en la sala quedó donde todos bebían.
Espantó a los daneses, también a la reina.
¡Su aspecto terrible a la gente admiraba!
Dijo Beowulf, el hijo de Ekto:
«Te traemos gozosos, oh hijo de Halfdan,
egregio caudillo, el botín de las aguas,
el alto trofeo que ves ante ti.

[117] El amplio solar: el mar, el lago.

He puesto mi vida en peligro inminente
luchando en las olas; era en verdad
atrevida la hazaña y pensé que muy pronto
en la brega caería, mas Dios me ayudó.
No supo valerme en el duro combate
el hierro "Estacón", aunque es arma excelente;
mas el Rey de los hombres me hizo posible
que viera otra espada —colgaba en el muro—
antigua y potente —¡Él siempre socorre
al que solo se encuentra! — y allá la empuñé.
Di muerte con ella tan pronto lo pude
a la ogresa del lago. Derritióse la espada:
la sangre candente, el sudor de la guerra,
su hoja fundió. El puño me traje,
botín de enemigos. ¡Logré castigar
la matanza que hicieron al pueblo danés!
Ten por seguro que ya sin peligro
te puedes quedar a dormir en el Hérot
con toda tu tropa de nobles daneses,
de mozos y ancianos, que ya en adelante
no habrás de temer, oh señor de skyldingos,
que mueran tus hombres en la alta mansión.»
El puño dorado —lo hicieron gigantes—
dióselo entonces al viejo monarca
de blanco cabello; vino a heredar
el glorioso danés la joya valiosa
que fue de los ogros. Ya que el proscrito,
enemigo de Dios y causante de muertes,
quedóse sin vida y su madre también,
pasó a poseerla el afable caudillo,
el que ha sido el mejor entre todos los reyes
que han dado regalos por tierras de Escania [118].

Discurso de Hródgar.

Hródgar habló —admiróse del puño;
estaba grabada en la vieja reliquia
la antigua querella en la cual los gigantes
murieron ahogados por fiero oleaje.

[118] Cf. nota 6.

Tuvieron mal fin; era gente alejada
del Rey Celestial y por eso en castigo
envióles las aguas el Dios Poderoso.
En la guarda de oro que el puño tenía,
escrito con runas de exacto valor,
declarábase bien para quién al principio
se hizo este hierro valioso y ornado
con curvas serpientes—. El hijo de Halfdan
entonces habló —los hombres callaron—:
«Bien puede decir quien verdad y justicia
procura a su gente —yo, viejo rey,
que lo antiguo recuerdo— que nunca ha nacido
un varón como tú. Por doquier en la tierra,
oh amigo Beowulf, se extiende tu gloria
y propaga entre pueblos. Muestras en todo
prudencia y coraje. La amistad que juré
afírmártela quiero [119]. Hasta el fin de tus días
auxilio y apoyo serás de tus bravos,
sostén de tus héroes.
»No fue Hérmod así [120]
con los hijos de Ekuela [121], los buenos skyldingos:
tratábalos mal y, duro, causaba
espantosa matanza en la gente danesa,
rabioso mataba a sus propios vasallos
y fieles amigos. Solitario murió
aquel alto monarca, sin gozo ninguno,
aunque grande lo hizo el Señor de los Cielos
y un reino le dio, dotándolo en todo
mejor que a los otros. Crecióle en su pecho
sangrienta maldad; no daba regalos
según es costumbre. Desgraciado vivió:
tal fue su castigo por todos los males
que trajo a su pueblo. ¡Que esto te enseñe
a vivir como debes! ¡Avanzada es mi edad:
por tu bien te lo cuento!
»Es gran maravilla
cómo, benigno, Dios Poderoso
a los seres humanos les da entendimiento,

[119] Cf. vv. 946 ss.
[120] Sobre Hérmod cf. nota 66.
[121] Ekuela debió ser un antiguo rey danés.

tierra y renombre. ¡Él todo lo puede!
A veces a un héroe de noble linaje
motivo le da de alegría y contento:
el mando le otorga en su tierra natal,
le entrega una tropa y un fuerte palacio
y le hace regir una parte del mundo,
su extenso dominio. Si es loca su mente
piensa que aquello no habrá de acabar.
En la vida disfruta; nada le aflige,
ni edad ni dolencia; no tiene pesar
que su paz le perturbe ni existe enemigo
que guerra le traiga, pues todos los hombres
acatan su ley. No conoce el dolor
y por eso en su pecho crece y se extiende
terrible soberbia. Su conciencia dormita,
la guardiana del alma; es profundo su sueño,
la hostiga la pena. El perverso asesino
se acerca y dispara del arco su flecha [122]
y ésta, afilada, penetra en el hombre
a través de su yelmo: ya nunca podrá
resistirse al mandato del mal enemigo.
Lo que antes tenía ya poco lo cree,
avaro se vuelve y jamás recompensa
con ricas anillas; olvida y desprecia
el destino glorioso a que Dios lo llamó,
el Señor de los Cielos. ¡Su fama malogra!
Al fin sin embargo viene a ocurrir
que su cuerpo mortal se arruina y flaquea,
le llega la muerte. Sucédele otro
que entonces alegre las joyas regala,
las viejas riquezas: él es generoso.
» ¡Tú no yerres en esto, oh querido Beowulf,
excelente guerrero! ¡Elige lo bueno,
el eterno provecho! ¡Evita el orgullo,
oh famoso varón! Algún tiempo tu fuerza
tendrás todavía, mas luego de ella
te habrán de privar la dolencia o la espada,
el abrazo del fuego o la furia del mar,
el golpe del hierro o la lanza que vuela

[122] La flecha (simbólica) que el perverso asesino, esto es, el diablo, dispara es la del mal, concretamente, la avaricia.

ó la odiosa vejez que del ojo la luz
debilita y apaga: entonces de pronto,
oh noble señor, te hundirás en la muerte.
»Así he gobernado por media centuria
a los bravos daneses, guardándolos siempre
con lanza y espada de todos los pueblos
que habitan la tierra. En el mundo pensé
que enemigo ninguno ya más me quedaba,
mas ¡ay! que en mi reino desgracia me vino,
tras el gozo pesar, desde el día en que Gréndel,
feroz adversario, inició sus ataques.
Constante congoja en mi pecho ponía
su acoso maligno. Doy gracias a Dios,
al Eterno Señor, que alargando mi vida
me ha hecho posible tras tanta desdicha
ver su cabeza cubierta de sangre.
¡Pero siéntate ahora, oh varón victorioso,
y disfruta en la fiesta! ¡Al alba mañana
de ricos tesoros tú y yo trataremos! »

A la mañana siguiente Beowulf se despide de Hródgar.

El gauta, gozoso, rápido al banco
a sentarse corrió, como el rey le ordenara.
Allá nuevamente sirvióse un banquete
en la hermosa morada a los nobles guerreros
de gran valentía. De la noche la sombra
a los hombres cubrió. Levantáronse entonces:
el anciano skyldingo de blanco cabello
a su lecho marchaba. El gauta también,
portador de su escudo, descanso quería.
Se ocupó el chambelán sin demora ninguna
del bravo Beowulf —por su hazaña cansado—:
él se encargaba, según la costumbre,
de todo servicio que a un noble señor,
a un viajero del mar, por entonces se hacía.
El héroe durmió; era alta su alcoba
y con oro adornada [123]. Despertóse después

[123] Cf. vv. 1300.

cuando el cuervo negruzco anunció alborozado
el encanto del cielo [124]; vino la luz
apartando las sombras. Diéronse prisa
los gautas famosos, que mucho querían
volver con su pueblo; el intrépido huésped
ansiaba partir, marchar en su barco.
Quiso el valiente que al hijo de Éklaf
le fuese devuelta su espada «Estacón»,
el arma excelente. Al darle las gracias
le dijo que mucho aquel hierro valía,
que bien se portaba; tacha ninguna
en su filo encontró [125]. ¡Era un bravo guerrero!
Ya estaba la tropa del todo equipada
y dispuesta a la marcha. El héroe querido
del pueblo danés presentóse ante el trono
del ínclito Hródgar; al rey saludó.
Así dijo Beowulf, el hijo de Ekto:
«Ahora nosotros, gente de mar
arribada de lejos, queremos volver
al encuentro de Hýglac. Buena acogida
encontramos aquí; bien nos trataste.
Si un día en la tierra del modo que sea
tengo ocasión de aumentar el afecto
que ahora me tienes, a esa proeza,
oh rey de tu tropa, dispuesto estaré.
Y si nueva me llega a través de los mares
que un pueblo vecino te hostiga con guerra,
como gente enemiga otro tiempo te hacía,
con miles de hombres entonces vendré
para darte socorro. No dudo que Hýglac,
el rey de los gautas, afable señor,
aun siendo tan joven [126], honrarme querrá
con palabra y con hecho haciendo posible
—mi lanza en la mano— que venga en tu ayuda,
te traiga mi apoyo, si gente te falta.

---

[124] El encanto del cielo: el sol. Algo sorprendente es la alusión al cuervo como anunciador de la mañana.

[125] Cf. sin embargo vv. 1522 ss.

[126] La correcta actuación y prudencia son consideradas virtudes propias del anciano.

»Si Hrédric, tu hijo, visita la corte
del príncipe gauta, muchos amigos
allá encontrará. ¡Resúltale útil
al hombre de pro viajar por el mundo! »

Hródgar se despide de Beowulf.

Hródgar entonces respuesta le dio:
«Las palabras que has dicho las puso en tu boca
el Señor Celestial. Jamás escuché
tan discreto discurso de un hombre tan joven.
Eres tú vigoroso, de mente dispuesta
y sensato al hablar. Yo tengo por cierto
que así que la lanza o el duro combate
se cobren la vida del hijo de Hrédel,
que a tu príncipe mate, al egregio señor,
la dolencia o la espada, a ninguno los gautas
podrán elegir más valioso que tú
para hacerlo su rey, capitán de vasallos,
si con vida te ves y si quieres reinar
sobre aquella tu gente [127]. ¡Oh querido Beowulf,
acrecientas mi estima momento a momento!
Tú has hecho posible que ya entre los pueblos
de intrépidos gautas y armados daneses
la paz se convenga y acaben las luchas
—con odio terrible— que antaño se hicieron [128].
Mientras tenga mi reino en común gozaremos
de todo tesoro: mutuos regalos
enviados serán por el baño del cisne [129];
cruzarán las corrientes, repletas de joyas,
las naves curvadas. ¡Tu gente y la mía
con pueblo aliado o con pueblo enemigo
portáronse siempre de firme manera! »

[127] Anticipa este pasaje (cf. también v. 861) lo que después ocurriría; Beowulf llegó a ser efectivamente rey de los gautas tras la muerte de Hérdred, el hijo de Hýglac.

[128] Unica referencia del poema a esta antigua enemistad. Quizás los regalos que Hródgar había enviado en otro tiempo a los gautas (cf. vv. 377-8) consistieron en un tributo o compensación de guerra.

[129] El baño del cisne: el mar.

El hijo de Halfdan doce regalos
allá le entregó al valiente guerrero.
Deseó que tuviese un viaje feliz
a su patria querida y que pronto volviera.
El señor skyldingo, el afable monarca,
al mejor de los nobles entonces besó
abrazándolo al cuello. Con pena lloraba
el canoso caudillo; pensaba el anciano,
el sabio varón, que podría ocurrir
que ya nunca más nuevamente lo viese
o de nuevo le hablara. Queríale tanto
que mal en su pecho el dolor contenía:
la marcha del bravo con firme cadena
ponía en su mente un profundo pesar
que su sangre quemaba. Entonces Beowulf,
con su oro orgulloso, al llano salió,
de su premio contento. Fijo con ancla
aguardaba a su dueño el viajero del mar.
Mucho alabaron, marchando a la nave,
los dones de Hródgar. Fue un rey sin igual
y sin tacha ninguna hasta el día en que el brío
le hurtó la vejez, la enemiga de tantos.

III. EL REGRESO DE BEOWULF

Beowulf vuelve a su patria. Sobre la reina Tryd.

A la costa llegaron los fieros varones,
la tropa gloriosa equipada con cotas
de anillas de hierro. De nuevo el vigía [130]
observó a los señores que ya regresaban.
No gritó amenazante en lo alto del risco
a la gente extranjera; a su encuentro corrió:
muy buena acogida los gautas darían
—dijo— a los hombres que al barco marchaban.
Cargóse en la arena el amplio navío
de proa curvada con armas de guerra,
corceles y joyas. El mástil se alzó
sobre el rico tesoro del ínclito Hródgar.
Al guardián de su nave [131] una espada le dio,
adornada con oro, de modo que luego
ese hierro brillante en la sala del rey
su prestigio aumentara.
A su barco subió
y alejóse con él de la tierra danesa.
Amarrado con cuerda se puso en el mástil
el paño del mar [132]. La madera crujía.

[130] Cf. vv. 229 ss.
[131] Cf. vv. 293 ss.
[132] El paño del mar: la vela.

Ni las olas ni el viento alteraban el rumbo
del leño del agua; avanzaba el navío,
de espuma cubierto; el viajero del mar,
con su proa curvada, surcaba las aguas.
Divisaron al fin de los gautas la costa
que bien conocían: por el viento impulsado
el madero del mar a la orilla arribó.
Ya estaba en la playa el vigía del puerto,
que había oteado por tiempo muy largo [133]
las aguas lejanas, con ansia aguardando
a la tropa querida. En la arena fijó [134]
con su ancla al navío, que no se llevasen
consigo las olas el barco excelente.
Mandó descargar el botín de los héroes,
las joyas y el oro. Corto camino
tendría que hacer para verse con Hýglac,
con el hijo de Hrédel, pues cerca del mar
en su sala vivía con toda su gente.
Era bello el palacio, poderoso el monarca
de la alta mansión. Era Hygd muy muchacha [135],
discreta y capaz, aunque aún pocos años
la hija de Héred había habitado
en el fuerte reducto. No era mezquina,
no escatimaba en los ricos tesoros
que daba a los gautas.
Pero Tryd la terrible [136],
princesa arrogante, a su pueblo injuriaba.
En la corte no había guerrero ninguno
con tanto valor —su padre tan sólo—
que osara mirarla de abierta manera [137];
si alguno lo hacía, mandaba ponerlo
en trenzado dogal y rápida entonces,
después de atrapado, entregábalo al hierro,

---

[133] A juzgar por lo que puede deducirse del texto mismo, no habían estado en Dinamarca más de tres días.

[134] El sujeto de la frase debe ser Beowulf; también en v. 1920.

[135] Hygd, hija de Héred, es la esposa de Hýglac. Sobre sus virtudes y poca edad cf. nota 126.

[136] El episodio de la hermosa e irascible Tryd, al que se pasa bastante abruptamente, ilustra por contraste las virtudes de Hygd. Una comparación del mismo tenor se ha hecho ya antes entre Hérmod y Beowulf (cf. vv. 1709 ss.).

[137] Que pretendiera su mano (?).

que en esta querella brillante dictaba
sentencia de muerte. ¡No así se comporta
una noble señora por bella que sea!
¡Por supuestas ofensas no debe la reina
privar de su vida al querido vasallo!
El pariente de Hémming [138] con esto acabó.
Ya de ella se hablaba de forma distinta
al beber la cerveza; dejó de hostigar
—se decía— a su gente tan pronto la tuvo,
enjoyada la novia, el joven guerrero
de noble linaje, tan pronto llegó
por el pálido mar —lo dispuso su padre—
al palacio de Offa. Bien en su trono
desde ese momento, alabada y benigna,
se supo servir de sus grandes riquezas.
Mucho quería al señor de vasallos,
del cual se refiere que ha sido el mejor
de los hombres del mundo, de los seres humanos
que ha habido en la tierra, pues Offa ganó
con regalos y hazañas, osado lancero,
el más alto renombre. Gobernó sabiamente
su reino heredado [139]. De él Émer nació
para alivio del pueblo[140], el pariente de Hémming,
el nieto de Gármund, bravo en la lucha.

Beowulf en el palacio de Hyglac. Comienza el relato de su aventura y pronostica futuras guerras entre daneses y hedobardos.

Con toda su tropa avanzó por la arena
el valiente Beowulf hollando la costa,
las anchas orillas. Al sur relucía
la hoguera del cielo [141]. Adelante marcharon;

[138] El pariente de Hémming es Offa I, que reinó sobre los anglos en el siglo IV, cuando todavía habitaban el continente. Tryd se convirtió en una reina modelo después de su matrimonio con él.

[139] Particulares elogios recibe Offa también en *Widsid* vv. 35 ss.

[140] Con el nacimiento de Émer acabaron los temores de los anglos de verse en el futuro sin un rey que los mandase. Véase este mismo tópico en vv. 13 ss.

[141] La hoguera del cielo: el sol. Era el mediodía.

rápidos iban al alto palacio
del fiero monarca que a Ongento mató [142],
a la sala en que el príncipe, el joven caudillo,
regalos hacía. Informósele a Hýglac
con gran prontitud del regreso del bravo,
cómo el valiente, su apoyo en la guerra,
al fuerte reducto con vida llegaba,
ileso a la corte de nuevo volvía.
Pronto en la sala, por orden del rey,
se les hizo lugar a los recios varones.
Junto al noble pariente [143] el heroico guerrero
un asiento ocupó, tras haber saludado
a su gran soberano con habla brillante
y selectas palabras. La hija de Héred
cortés en la estancia entregaba las copas,
servía a los nobles —amábalos mucho—
excelente bebida. Hýglac entonces
en la alta morada empezó a preguntarle
a su buen compañero; ansioso quería
saber del viaje que hicieron los gautas:
«¿Cómo fue tu viaje, oh amado Beowulf,
tú que tan presto quisiste marchar
por las aguas saladas buscando combate,
batalla en el Hérot? ¿Aliviaste la pena
en el mundo famosa del ínclito Hródgar,
glorioso caudillo? Puso tu marcha
tristeza en mi pecho: por tu suerte temía,
oh querido varón. Te rogué mucho tiempo
que no te enfrentases al monstruo enemigo,
que dejaras que allá se encargase de Gréndel
la gente danesa. ¡Doy gracias a Dios,
pues ahora de nuevo con vida te veo!»
Respondióle Beowulf, el hijo de Ekto:
«Es bien conocida de todos los hombres,
oh príncipe Hýglac, mi osada proeza,
la brega feroz que con Gréndel sostuve
en el mismo lugar en que él hostigara

[142] Aunque la muerte de Ongento puede considerarse obra de Hyglac, no fue hazaña personal suya, sino de su vasallo Éfor (cf. vv. 2961-81).
[143] Recuérdese que Beowulf es sobrino de Hýglac.

a los bravos skyldingos causándoles daño,
muy largo pesar. ¡Su castigo le di!
Jamás en la tierra un pariente del monstruo
ufanarse podrá del nocturno combate
por mucho que viva esa raza maligna,
apresada en el mal. Cuando entré en el palacio
a ofrecer mis saludos al ínclito Hródgar,
pronto el famoso, el hijo de Halfdan,
luego que supo cuál era mi intento,
un asiento de honor con sus hijos me dio.
Gozaban los hombres: nunca en el mundo
otros bravos hallé bebiendo en la sala
con tanto contento. A veces la reina
avanzaba en la estancia incitando al valor
a los jóvenes héroes: a menudo una joya
entregaba a un valiente; sentábase luego [144].
»La hija de Hródgar también a la tropa,
a los altos señores, cerveza ofrecía.
Se llama Frewara: este nombre escuché
que en la sala le daban cuando ella tesoros
allá repartía. Le fue prometida
—enjoyada con oro— al hijo de Froda [145];
así lo dispuso el noble skyldingo,
el guardián de su reino, al que bien pareció,
entregando a la novia, tratar de acabar
con las fieras batallas. Rara vez sin embargo,
si a un rey se abatió [146], disfruta la lanza
de largo descanso, aunque valga la esposa.
»Pues ya que en su sala con ella se encuentre,
bien puede enojar al señor hedobardo,
y a un bravo cualquiera de aquella nación,

---

[144] Cf. vv. 620 ss.

[145] El hijo de Froda: Íngeld, rey de los hedobardos. La identidad de éstos no ha sido fijada; podría tratarse de una fracción longobarda o quizás de los hérulos.

[146] En pasadas hostilidades entre daneses y hedobardos habría muerto, según ciertas fuentes, Froda, según otras Halfdan, el padre de Hródgar. Lo que a partir de ahora, y hasta el v. 2066, aparece como un pronóstico de Beowulf es una historia que también recoge, con algunas variantes, la *Gesta Danorum* de Saxo Gramático. La escena tiene lugar en la sala de Íngeld, donde se hallan algunos daneses acompañantes de Frewara.

el ver tan gozosa a la gente danesa:
ellos lucen ahora la espada anillada,
recia y antigua, que algún hedobardo
corriendo al combate consigo tenía
y que luego perdió cuando él y los otros
quedaron sin vida en el choque de escudos [147].
Cuando están en la fiesta, esa espada la ve
un anciano lancero [148] que bien a los muertos
de antaño recuerda; se enfurece su pecho
y con ánimo triste entonces comienza
a tentar el coraje de un joven guerrero,
le incita a la lucha. Dícele así:
"¿Reconoces, amigo, la espada excelente,
el hierro valioso, que tuvo tu padre,
varón bajo el yelmo, en aquella batalla
en que a manos murió de la gente danesa,
y caído ya Wídergyld [149] —muchos con él—,
se adueñaron del campo los fieros skyldingos?
En este palacio encúmbrase ahora
el hijo de aquel que a tu padre mató:
de la hazaña se jacta y se ufana del hierro
que tú por justicia debieras ceñir."
Así tanto le incita y aviva el recuerdo
con agrias palabras, que luego sucede
que un joven danés, por la hazaña del padre,
de sangre se tiñe y tras golpe de espada
se duerme en la muerte. El que queda con vida
—conoce esa tierra— consigue escapar [150].
Rompen entonces un bando y el otro
la paz acordada. Íngeld se llena
de furia terrible y un tanto se enfría
con tales agobios su amor a la esposa [151].

---

[147] El choque de escudos: la batalla. La referencia es a un combate anterior al matrimonio de Íngeld.

[148] Tanto el viejo lancero como el joven guerrero del v. 2045 son, claro es, hedobardos.

[149] Wídergyld debía ser algún jefe hedobardo.

[150] El que sobrevive es, naturalmente, el hedobardo vengador, el joven guerrero de v. 2045, que conoce la tierra, pues se encuentra en su propio país.

[151] Se reanudan así las hostilidades que culminarían en la destrucción del Hérot y, por otra parte, la derrota definitiva de los hedobardos (cf. *Wídsid,* vv. 45 ss.).

»Yo pienso por ello que es poco segura
la paz en que están la nación hedobarda
y la gente danesa.

Beowulf continúa su relato.

»Pero ahora de Gréndel
de nuevo hablaré y sabrás de este modo,
oh señor dadivoso, cómo acabó
nuestro fiero combate. Tras haberse ocultado
la joya del cielo [152], rabioso en la noche
el monstruo llegó al excelso palacio
en que gente dispuesta montábamos guardia.
Entonces a Hondsko le cupo, espantosa,
una muerte fatal: el armado guerrero
el primero cayó. Gréndel se supo
atrapar en los dientes al noble vasallo,
tragóse completo al querido varón [153].
Sin embargo el cruel, chorreante su boca,
afanoso del mal, no quería marcharse
de la alta morada con manos vacías:
terrible en su fuerza se echó sobre mí,
codiciosa su garra. Cubríala un guante
amplio y extraño —bien amarrado—
de piel de dragón, al que dábanle fuerza
el poder infernal y las artes malignas.
El feroz malhechor con él al momento
agarrarme quería —sin culpa ninguna—
y también a los otros [154]. ¡No así sucedió
cuando lleno de rabia me puse de pie!
»Largo en exceso sería el relato
de cómo vengué los ultrajes del monstruo:
allá, mi señor, de gloria cubrí
con mi hazaña a tu gente. Soltóseme luego,
pudo alargar brevemente su vida,
mas quedaba en el Hérot, trofeo de guerra,

---

[152] La joya del cielo: el sol.
[153] Cf. vv. 740 ss.
[154] Según otra interpretación de este pasaje, el guante sería un saco o bolsa donde intentaba echar a los gautas.

su brazo derecho, y él por su parte,
humillado y vencido, a su lago corrió.
»Por mi heroica proeza con oro labrado
y magníficas joyas me quiso premiar
el monarca danés, cuando al día siguiente
en la sala tuvimos un rico banquete.
Hubo canto y contento. El anciano skyldingo
con mucha experiencia al pasado aludió.
A veces el bravo el arpa tañía,
la tabla del gozo [155], entonando un cantar
verdadero y doliente; a veces el rey
con destreza cantaba una hermosa aventura;
por la edad apresado, elogiaba con pena
el viejo guerrero el vigor que en la lucha
de joven tenía: en su pecho dolor
al anciano le daban sus muchos recuerdos.
»Así disfrutamos el día completo
en la excelsa morada; vínoles luego
a los hombres la noche. La madre de Gréndel
entonces llegó dispuesta a cobrarse
la muerte que al hijo en el odio de espadas
le dieron los wedras. La hembra terrible
lo vino a vengar matando con rabia
a un bravo vasallo. Ésker entonces
quedóse sin vida, el buen consejero [156].
Al llegar la mañana, la gente danesa
no pudo siquiera poner en la pira
y quemar en el fuego —privado de fuerza—
al amado varón: llevóselo ella
en el puño enemigo a lo hondo del lago.
Ésta fue para Hródgar la pena mayor
que el rey de su pueblo jamás padeciera.
Con ánimo triste el egregio señor
me rogó por tu vida que hiciese una hazaña,
que aumentara mi fama buscando el peligro
en las aguas furiosas. Me ofreció recompensa.
»Yo allá me enfrenté con la bien conocida
y horrible guardiana del fondo del mar.
Un tiempo luchamos. Quedaron las olas

[155] La tabla del gozo: el arpa.
[156] Cf. vv. 1294 ss.

teñidas de sangre: le corté la cabeza
en la honda morada, con hierro potente,
a la madre de Gréndel [157]. Yo la vida salvé
con apuro y agobio —¡mi suerte lo quiso!—
y el rey de su tropa, el hijo de Halfdan,
después me entregó abundantes riquezas.
Al uso se atuvo el señor de su gente:
no me fueron negados los ricos tesoros,
el premio a mi hazaña; el hijo de Halfdan
me dio recompensa según mi criterio.
A ti te la ofrezco, oh alto caudillo,
feliz te la entrego. Tú eres un todo
mi único gozo: pocos, oh Hýglac,
son mis parientes aparte de ti.»

Beowulf e Hýglac se intercambian regalos.

Allá hizo traer el pendón del verraco [158],
el yelmo empinado, la cota grisácea
y la espada adornada. Hablóle Beowulf:
«Hródgar me dio, el sabio monarca,
este equipo de guerra. Me rogó que al momento
te hiciese llegar su saludo amistoso.
Dijo que Hérogar [159], rey de skyldingos,
usó mucho tiempo esta cota de malla,
mas que éste no quiso dejársela al hijo,
que de Héroward fuese, a pesar de que bien
al valiente quería. ¡Disfrútala tú!»
He oído que luego a las armas siguieron
—ligeros e iguales— cuatro caballos
rojizo-amarillos: corceles y equipo
al rey le entregó. ¡Así hace un pariente!
¡No teje con maña y argucia secreta
una red para el otro, no trama la muerte
del buen camarada! Érale a Hýglac,

---

[157] Cf. vv. 1563 ss.

[158] Sin duda en el estandarte se hallaba representada la figura de este animal (cf. nota 29).

[159] Hérogar fue el hermano mayor de Hródgar y antecesor suyo en el trono.

al fiero en la guerra, leal su sobrino;
el contento del otro los dos procuraban.
Cuentan que a Hygd el collar regaló,
la joya excelente que diérale Welto,
la regia señora; tres caballos también,
ensillados y buenos. Después de aquel día
hermoso el collar en su pecho brillaba.
El hijo de Ekto, el famoso guerrero,
mostróse atrevido en heroicas hazañas.
Alabado vivió: él nunca borracho
a un amigo mataba, no era violento;
el bravo en la lucha usaba con tacto
su fuerza terrible, el don generoso
que Dios le entregó. Despreciáronle antaño:
pensaban los gautas que poco valía;
tampoco gustaba el señor de los wedras
de hacerle en la sala excesivo favor;
lo tenían entonces por poco animoso,
por jefe sin brío [160]. ¡Consuelo le cupo
al glorioso guerrero por tanto desprecio!
El intrépido rey, el señor de vasallos,
mandó que trajesen —con oro adornada—
la herencia de Hrédel: allá entre los gautas
no había otro hierro que tanto valiera.
Sobre el pecho lo puso del noble Beowulf,
y también le entregó siete mil de terreno,
palacio y poder. Por propio derecho
heredaron los dos en la tierra de gautas
dominios y predios, pero más poseía
—el mando en el reino— el de rango mayor.

[160] A los héroes épicos germánicos se les atribuye frecuentemente una juventud poco brillante, a veces lindante con lo vergonzoso. En el caso de Beowulf, sin embargo, este pasaje parece contradecir lo afirmado en vv. 2429 ss.

IV. EL DRAGÓN

Beowulf, rey de los gautas. El tesoro del dragón.

Vino a ocurrir con el paso del tiempo
que Hýglac cayó en el duro combate.
Las recias espadas —no obstante su escudo—
muerte le dieron a Hérdred también
cuando guerra le trajo a su pueblo valiente
la tropa rabiosa, la gente skilfinga;
atacaron con furia al sobrino de Hérric.
Entonces Beowulf el inmenso dominio
en sus manos lo tuvo [161].
Bien lo había regido
por años cincuenta —ya era un anciano,
un prudente monarca— cuando vino un dragón
a ejercer su poder en las noches oscuras;
su tesoro guardaba [162] en un túmulo alto,
arriba de un risco; allá iba un sendero
a las gentes oculto. Cierto hombre por él
sin embargo avanzó y habiendo encontrado
el tesoro maldito, robó con su mano

[161] El contenido de estos versos —la ascensión al trono de Beowulf tras la muerte de Hýglac y de su sucesor Hérdred— se desarrolla más ampliamente en los vv. 2354-90.

[162] En la tradición germánica los dragones aparecen sistemáticamente como guardianes de tesoros escondidos (cf. v. 887 y vv. 2275 ss.).

una pieza labrada. ¡Bien hizo patente [163]
el hurto mañoso —él estaba dormido—
del hábil ladrón! ¡Conocieron las gentes
de aquellos contornos su furia terrible!
El que así lo irritó no hizo su robo
con ánimo bravo y por propio deseo.
Se trataba del siervo de un noble señor
que huía en apuros de golpe y castigo:
el hombre culpable, buscando refugio,
a la gruta llegó. Pronto el intruso
al ver a la sierpe llenóse de espanto,
mas el pobre proscrito .....
....
..... tentando el peligro
una copa robó. En la cueva se hallaban
las grandes riquezas de tiempos antiguos
que allá en otro tiempo un cierto guerrero
había escondido con mucho secreto,
las joyas queridas, la vieja heredad
de su alto linaje. Ya a todos la muerte
atrapados tenía y el único de ellos
que vivo quedaba, aquel que lloraba
a sus nobles parientes, lo mismo pensó:
que ya poco tiempo podría gozar
de su buen patrimonio. El túmulo estaba,
nuevo y dispuesto, en lo alto de un risco
a la orilla del mar, en sitio seguro.
Puso allá dentro el señor de las joyas
el rico legado, las piezas de oro.
Con pocas palabras entonces habló:
« ¡Oh tierra, ten tú, pues los héroes no pueden,
el viejo tesoro! ¡De ti lo arrancaron
valientes antaño! Muerte en la guerra,
en terrible combate, les cupo a mis deudos;
perdieron su vida mis nobles parientes,
la sala dejaron. No tengo a ninguno
que ciña esta espada, que pula esta copa
valiosa y brillante; los bravos murieron.
Del sólido yelmo que el oro embellece
el adorno caerá: duermen aquellos

[163] El sujeto de la frase es el dragón.

que bien cuidarían del casco de guerra.
Ahora la malla que el golpe del hierro
al quebrarse el escudo una vez aguantó
como el dueño se pudre; no sale ya nunca
la cota anillada entre gente animosa
cubriendo al guerrero. Ya el arpa no suena,
la tabla del gozo, no vuela festivo
en la sala el halcón ni trota en los patios
el ágil caballo. ¡Se lleva a menudo
la muerte violenta a los seres humanos! »
Así se quejaba con ánimo triste
el que a nadie tenía; de día y de noche
apenado vagaba, y luego la muerte
su pecho tocó.
Abierto el tesoro
lo vino a encontrar el nocturno enemigo,
el reptil fogueante que hurga las tumbas,
el torvo dragón que en la noche revuela
entre llamas horribles. ¡Mucho le temen
los hombres del mundo! Él busca de siempre
tesoros ocultos; luego este viejo,
sin cosa que gane, los guarda y vigila.

El dragón descubre la violación del tesoro. Su venganza.

Así la serpiente trescientos inviernos
llevaba guardando las ricas anillas
allá en su mansión cuando vino aquel hombre
a encenderle su furia. Llevóle a su amo
la copa adornada, con ella a su dueño
la paz le pedía [164]. Descubiertas las joyas,
mermadas quedaron, y obtuvo el perdón
aquel pobre proscrito. Admiró a su señor
la magnífica pieza de tiempos antiguos.
El reptil despertó y empezaron sus iras.
Allá olfateando halló por las rocas
las huellas del hombre que astuto y mañoso
muy cerca llegó de su propia cabeza.
¡Así puede un guerrero no urgido a morir

[164] Cf. vv. 2223-24.

evitar su desgracia, si tiene la ayuda
del Dios Poderoso! El guardián del tesoro
afanoso en la cueva trató de encontrar
al ladrón que le hurtó cuando estaba dormido.
Fogueante de furia, en torno a la tumba
miró y rebuscó, mas hombre ninguno
afuera se hallaba. ¡Pero él la pelea,
el combate, quería! Buscando la copa
a su gruta volvió: comprobó de este modo
que alguno de cierto tocó sus riquezas,
llevóse la joya. El guardián del tesoro
con gran impaciencia esperó hasta la noche [165].
Estaba rabioso el señor de la tumba:
el robo del vaso pensaba el maligno
vengarlo con fuego. El día acabó:
eso diole contento; no más en su cueva
tenerse podía. Remontó presuroso,
entre llamas, su vuelo. Comenzó la desgracia
que al pueblo le vino y que pronto daría
una muerte fatal al benigno monarca.
El monstruo su fuego empezó a vomitar
incendiando las casas. ¡De las llamas el brillo
a la gente espantaba! ¡Nadie quería
el feroz volador que con vida quedase!
Lejos y cerca se pudo observar
la horrible proeza del duro enemigo,
cómo la sierpe hostigaba a los gautas
y mal les hacía. Antes del alba
corrió a su tesoro, a su oculta guarida.
Apresados en fuego a los hombres dejó,
entre llamas ardientes. Confiaba en su fuerza
y su firme reducto. ¡Le fallaron después!

Beowulf decide enfrentarse con el dragón. La sucesión de Hyglac. Sobre las guerras entre gautas y suecos.

Pronto a Beowulf el espanto se dijo
de exacta manera, cómo su sala,

[165] Sólo de noche salían los dragones de sus guaridas (cf. v. 2273 y 2319-20).

el hermoso palacio, entre llamas ardió,
la mansión de los gautas. Llenóse de pena
el valiente caudillo, agobiado su pecho.
El monarca pensó si no habría violado
las leyes eternas, así enfureciendo
al Señor Poderoso; conturbóse su mente
con tristes ideas que él nunca tuviera.
Había incendiado el dragón fogueante
el reducto del pueblo, la franja de tierra
a la orilla del mar. El intrépido rey,
protector de los wedras, vengarse pensó.
El gran soberano, el señor de su gente,
mandó que le hicieran, de hierro tan sólo,
un escudo excelente: él sabía muy bien
que poco ante el fuego podría ayudar
la madera del tilo [166]. Estaba fijado
que allá agotaría su vida terrena
el famoso monarca, y también el reptil
que guardó tanto tiempo su rico tesoro.
No creyó necesario el rey dadivoso
enfrentarse con muchos, con tropa nutrida,
al de rápido vuelo, pues no le asustaba.
En poco tenía el vigor de la sierpe,
su fuerza y poder: ya él muchas veces
se puso en peligro en feroces combates,
en choques de guerra, después que la sala,
varón victorioso, de Hródgar salvó
con su puño abatiendo a la gente de Gréndel,
la raza maligna.
Tampoco fue mala
la recia batalla en que Hýglac cayó [167],
cuando el rey de los gautas, amigo del pueblo,
quedóse sin vida en la tierra frisona;
al hijo de Hrédel el sorbo del hierro,
su herida, mató. Solamente Beowulf
regresó por las aguas, nadando con fuerza:
treinta cotas de malla en su brazo tenía
el osado guerrero al echarse a las olas.

[166] Los escudos germánicos se hacían con tablas de madera, a veces forradas de piel. Por lo general eran redondos e iban ceñidos por un reborde metálico.
[167] Cf. nota 92.

Mal los chatuarios que al noble atacaron
con duros escudos pudieron jactarse
del fiero combate: pocos lograron
salvarse del héroe y volver a sus casas.
El hijo de Ekto, solo y con pena,
a través de los mares nadó hasta su gente [168].
Entonces tesoros Hygd le ofreció,
el reino y el trono: no creía que el hijo
—ya Hýglac sin vida— fuese capaz
de guardar la nación de enemigos ataques.
Mas el pueblo, afligido, por medio ninguno
logró convencer al valiente varón
de que rango tomara más alto que Hérdred,
se dejase elegir como rey de su gente.
Fiel y amistoso consejo le dio
hasta el día en que pudo, alcanzada la edad,
gobernar a los gautas [169].
Dos exiliados
por mar le llegaron, los hijos de Óhter;
habíanse opuesto al señor skilfingo,
al famoso monarca, el más excelente
de todos los reyes que han dado regalos
en tierra de suecos. Por aquello murió:
el hijo de Hýglac les dio su acogida
y pagóselo el hierro con golpe mortal.
De nuevo a su reino el hijo de Ongento
después se volvió tras la muerte de Hérdred [170];
en el trono dejaba al osado Beowulf
como rey de los gautas. ¡Fue un gran soberano!
Él supo cobrarse llegado el momento
la muerte del príncipe: Édgils obtuvo,

[168] Sobre la participación de Beowulf en la expedición de Hýglac se habla también en vv. 2501 ss. Históricamente la hacen sin embargo poco probable por una parte el que no se haya aludido a ella antes, y por otra el carácter fabuloso de las circunstancias de su regreso como único superviviente.

[169] Beowulf actuó, pues, como una especie de regente hasta la mayoría de edad de Hérdred.

[170] (Segunda guerra entre gautas y suecos.) Los dos exiliados (suecos) son Énmund y Édgils, que le llegan a Hérdred buscando su protección tras haber fracasado en un intento de destronar a su tío Onela. Este (el hijo de Ongento) atacó y mató luego a Hérdred por haber dado hospitalidad a sus sobrinos.

exiliado, su ayuda; al hijo de Óhter
tropa le dio que con él embarcara,
equipos y gente, y éste vengóse
en el gélido mar abatiendo al monarca [171].

Beowulf va en busca del dragón. Sobre la muerte de Hérbald.

Ya el hijo de Ekto se había salvado
de muchos peligros en duros combates,
feroces encuentros, cuando vino aquel día
en que tuvo que darle batalla a la sierpe.
Con once guerreros el rey de los gautas
marchó enfurecido a buscar al reptil.
Ya bien conocía cuál era el motivo
del odio a su gente; la copa famosa
la obtuvo de aquel cuya mano la halló [172].
Iba en la tropa —era el número trece—
el pobre causante del mal descalabro:
viose obligado —agarrábalo el miedo—
a mostrar el camino. Con poco contento
los vino a llevar donde estaba la tumba
—una cueva en la tierra muy cerca del mar,
de agitadas corrientes— que dentro guardaba
los ricos tesoros. Vigilaba sus joyas
el viejo guardián, la sierpe rabiosa,
en la oculta caverna. ¡En riesgo terrible
poníase el hombre que allá se metía!
Sentóse en la roca el intrépido rey;
despidióse el afable señor de los gautas
del grupo de amigos. Pesaroso se hallaba
y dispuesto a la muerte [173]: se acercaba su fin,
se aprestaba el destino a llevarse al anciano,

[171] (Tercera guerra entre gautas y suecos.) Años más tarde Beowulf vengó, indirectamente, a Hérdred al apoyar a Édgils contra Onela, pues aquél mató a éste en un combate que tuvo lugar, según confirma la *Edda* de Snorri, sobre las aguas heladas del lago Vener.

[172] O bien el siervo autor del robo era esclavo suyo o bien el señor que recibió la copa (cf. vv. 2281 ss.) se la entregó después a él.

[173] Contradicción con vv. 2345 ss.

a privarlo del alma, a quitarle el aliento
y sacarlo del cuerpo. ¡Ya poco estaría
la vida del noble a su carne amarrada!
Dijo Beowulf, el hijo de Ekto:
«Ya siendo muy joven me vi con frecuencia
en feroces batallas; de todas me acuerdo.
Siete años tenía y al rey generoso
mi padre me dio; el ínclito Hrédel
consigo me tuvo. ¡Mucho me honraba
—tal hace un pariente— con joyas y fiestas!
Allá en su mansión con el mismo cariño
tratábame a mí que trataba a sus hijos
Hérbald o Hedkyn o Hyglac, mi rey.
»La acción del hermano, de torpe manera,
al mayor le dispuso su lecho de muerte
el día en que Hedkyn mató a su señor
con la flecha salida del arco curvado:
errando su blanco, al hermano la vida
quitóle el hermano con dardo sangriento [174].
Mal esta muerte que el pecho apenaba
cobrarse podía, y así el valeroso,
el noble, cayó sin que nadie pagara [175].
»Semejante es a éste [176] el dolor que acongoja
al anciano varón cuyo hijo muchacho
en la horca cabalga. Allá se lamenta
con triste cantar ante el hijo que pende,
delicia del cuervo; el viejo, impotente,
no encuentra ya modo en que pueda ayudarle.
Cada día recuerda tan pronto amanece
la muerte del hijo; ya poco le importa
que luego en su casa le pueda nacer
un nuevo heredero, pues aquel que tenía
por mala desgracia la vida perdió.
Apenado contempla la alcoba del hijo,
la sala desierta: el viento la barre,

[174] Hedkyn mató, pues, involuntariamente a Hérbald.
[175] Hrédel no puede vengar a su hijo muerto, pues fue otro de sus propios hijos el culpable.
[176] Se presenta a continuación un caso imaginario, arquetípico. La similitud estriba en que tampoco era posible la venganza por aquellos que morían ahorcados, fuera como víctimas de sacrificios religiosos o como castigo por haber cometido ciertos delitos.

no alberga rumor; en sus túmulos duermen
los nobles jinetes; ya el arpa no suena
alegrando el lugar como antaño solía [177].
Se retira a su lecho y entona su queja,
al otro lo añora; parécenle enormes
la tierra y vivienda.
»De la misma manera
el señor de los wedras por Hérbald lloraba
con mucho pesar. Venganza ninguna
tomarse podía de aquel desafuero,
no le era posible hostigar al culpable
con saña enemiga, aunque poco lo amaba.
Entonces el rey, por la pena que tuvo,
partió de este gozo a la luz del Señor;
como todo monarca, dejóle a su hijo [178]
al marchar de este mundo el palacio y el reino.

Sobre las guerras entre gautas y suecos. Beowulf se despide de sus hombres.

»Hubo guerra y querella entre suecos y gautas,
combate en las aguas, batalla terrible
y con odio feroz, tras la muerte de Hrédel,
al hacerse atrevidos los hijos de Ongento,
en la brega valientes. No quisieron la paz
que reinaba en el lago [179]: por el Alto del Hresna
a menudo atacaban matando a traición.
Mis nobles parientes —es bien conocido—
tomaron venganza de tales ultrajes,
aunque el uno por ello pagó con su vida,
costóle ese precio: en aquella refriega
Hedkyn cayó, el señor de los gautas.
He oído que al alba el hermano al hermano
vengó con el hierro matando al culpable [180]

[177] El hijo es aludido ahora como un señor de alto rango que poseía sala propia (cf. vv. 3112); también sus hombres han muerto, aunque no se dice cómo.
[178] Su hijo: Hedkyn.
[179] El lago Vetter, que separaba a ambos pueblos.
[180] Hyglac vengó a Hedkyn, aunque no personalmente, cuando su vasallo Éfor mató a Ongento.

cuando Ongento se puso delante de Éfor:
rajósele el yelmo y el viejo skilfingo
fue herido de muerte por brazo seguro
que poco dudó, recordando la injuria [181].
»Con mi espada brillante pagué en las batallas
—¡lo quiso mi suerte!— los ricos tesoros
que obtuve de Hýglac. Tierras me dio,
dominios y predios. A los gépidos nunca
debió recurrir o a la gente danesa
o al reino de suecos tratando de hallar
un guerrero peor y comprarlo con oro,
pues a todo combate yo siempre corría
y luchaba el primero. De este modo lo haré
mientras goce de vida y resista mi hierro
que en tantos momentos me ha dado su apoyo
después que mi mano, ante todos los héroes,
a Dégref mató, al intrépido huga [182].
En modo ninguno llegó a presentarle
al monarca frisón el adorno del pecho,
pues antes el bravo —portaba la enseña—
quedóse sin vida. No cayó por la espada:
mi puño terrible paróle la sangre
y quebróle su cuerpo. ¡Ahora mi mano
y mi hierro potente obtendrán el tesoro!»
Así dijo Beowulf atrevidas palabras
por última vez: «Con frecuencia de joven
me expuse en la guerra. De nuevo a mi edad,
ya anciano caudillo, entraré en el combate
a ganarme renombre, si el torvo enemigo
del túmulo sale y conmigo se enfrenta.»
Ya para siempre después despidióse
de todos sus hombres, de la tropa querida
equipada con yelmos: «Por la sierpe no iría
con hierro y con armas si sólo supiese
de qué otra manera podría vencer,

---

[181] (Primera guerra entre gautas y suecos.) Se dan más detalles sobre esta campaña en vv. 2923-98.

[182] Cf. nota 168. Entre los treinta que mató Beowulf en la batalla en que murió Hýglac (cf. v. 2361) se encontraba este Dégref, de quien el héroe tomó su espada, la Négling (cf. v. 2680). «Huga» es un nombre poético para los francos.

como hice con Gréndel, al hosco dragón;
pero ahora me aguardan sus cálidas llamas
y pútrido aliento, y por ello me cubro
con cota y escudo. No he de dar ante el monstruo
ni un paso hacia atrás. Nuestra lucha decida
en lo alto del risco el destino que rige
y gobierna a los hombres. Me incita la furia:
demorarme no quiero anunciando su fin.
Mirad desde el monte, oh mis bravos guerreros
con cotas de malla, cuál de nosotros
soporta mejor sus mortales heridas
tras este combate. En él poco podríais:
no hay otro varón, sino yo solamente,
que pueda enfrentarse al maligno reptil,
que realice la hazaña. ¡Yo con mi fuerza
ese oro obtendré o en la fiera batalla
que vidas destruye caerá vuestro rey! »
Levantóse el valiente, el señor bajo el yelmo,
tomando su escudo; con sus buenos pertrechos,
fiado en su fuerza, hacia el risco avanzó.
¡De muy otra manera el cobarde se porta!

Beowulf comienza su lucha con el dragón.

El hombre excelente que antaño se viera
en frecuentes combates, en duros encuentros
de gente de a pie, descubrió en la montaña
la entrada de piedra: por allá de la gruta
salía terrible un ardiente oleaje
de pérfidas llamas. Nadie al tesoro
ni un solo momento acercarse podía
que no lo quemara en su fuego el dragón.
El príncipe gauta furioso se hallaba;
con fuerza arrojó su palabra del pecho,
gritó, valeroso, y su voz resonó,
su llamada de guerra, en la roca grisácea.
Allá hubo combate. Oyó el desafío
el guardián del tesoro. ¡Ya mal a un arreglo
llegarse podía! De la cueva, espantoso,
primero salió el aliento del monstruo,
su cálido fuego: la tierra tronó.

Se guardó de la sierpe el señor de los gautas,
al pie de la peña, elevando su escudo.
Dispuesta a la lucha se hallaba la fiera
de cola enroscada. El bravo monarca
su hierro empuñó, la pieza valiosa
de filo potente. Miedo sintieron,
el uno del otro, los dos enemigos.
El rey de su pueblo detrás del escudo
animoso esperó cuando el torvo reptil
se dispuso al ataque: equipado aguardaba.
La feroz entre llamas reptando corrió
a encontrar su destino [183]. Al famoso caudillo
salvóle el escudo la vida y el cuerpo
por tiempo más breve que él se pensaba.
En su vida ésta fue la primera ocasión
en que usó su valor sin que gloria en la lucha
la suerte le diera. El rey de los gautas
el brazo elevó: su espada excelente
cayó sobre el monstruo, mas al filo brillante
detúvolo el hueso; no tanto mordió
como el gran soberano —en apuro se hallaba—
lo hubiese querido. Fue mucha la rabia
del fiero guardián tras el golpe terrible:
su fuego lanzó, las llamas ardientes
muy lejos llegaron. No le cupo victoria
al príncipe gauta; fallóle en la brega
—no así lo debía— su espada valiosa,
su hierro heredado. Poco contento
le daba al famoso hijo de Ekto
tener que partir y dejar este mundo;
aunque no lo quería, buscarse debió
una otra morada. ¡Para todos termina
esta vida terrena!
Los dos enemigos
con mucha premura otra vez se atacaron;
el horrible guardián —jadeante su pecho—
furioso avanzó. El rey de su gente,
apresado en las llamas, agobio sufría.
No corrió sin embargo en su ayuda la tropa,

[183] Tres asaltos hace el dragón. El segundo comienza en v. 2591 ó 2669, el tercero en v. 2688.

no hicieron con él los intrépidos héroes
un corro aguerrido: huyeron al bosque
en temor de sus vidas. Uno sólo en su pecho
la pena sintió. ¡El que bien considera
no olvida jamás lo que un vínculo exige!

Wíglaf se dispone a ayudar a Beowulf.

Llamábase Wíglaf, hijo de Wistan,
un bravo señor, un noble skilfingo
pariente de Élfer. Vio que su rey
bajo el yelmo de guerra el ardor padecía.
Recordó los favores que de él recibiera:
la rica mansión de la estirpe wegmunda [184],
los muchos derechos que obtuvo su padre.
Ya no quiso aguardar: agarróse el escudo,
el tilo amarillo, y su espada sacó,
la que fue en otro tiempo del hijo de Óhter,
el hierro de Énmund.
A éste en la guerra
—exiliado se hallaba— con filo temible
Wistan mató y llevóle a su tío
el yelmo adornado, la cota anillada
y la espada potente. Él obtuvo de Onela
el arnés de batalla que Énmund vistió,
su equipo de guerra. No se habló de venganza
aunque habíale muerto a su propio sobrino [185].
Tuvo él muchos años las armas guardadas,
la cota y el hierro, esperando a que el hijo
se hiciera capaz, como el padre, de hazañas.
Allá entre los gautas ricos pertrechos,
muchos, le dio, cuando ya de este mundo
el anciano partía.

[184] De esta misma familia sueca de los wegmundos a que pertenece Wíglaf es también, por línea paterna, Beowulf (cf. vv. 2813-14). Nada sabemos sobre Élfer.

[185] (Episodio de la segunda guerra entre gautas y suecos, cf. nota 170). Wistan, que luchaba en el bando sueco de Onela, le presentó a éste los despojos de Énmund, pero el rey prefirió dejárselos a él. Para Onela no debía ser cómodo aceptar aquellas armas de un pariente suyo cuya muerte él había causado.

Nunca hasta entonces
habíase visto aquel joven vasallo
ayudando a su rey en un duro combate.
Ni su mente dudó ni falló en la pelea
la herencia del padre [186]. ¡Bien la serpiente
lo vino a saber cuando allá se encontraron!
Wíglaf habló a los otros diciendo
—enojado se hallaba— furiosas palabras:
«Yo el día recuerdo en que estando en la sala
bebiendo hidromiel juramento prestamos
al gran soberano que anillas nos daba
de estar a su lado si falta le hacía
y pagarle en la lucha las cotas de guerra,
los yelmos y espadas. Por propio deseo
nos quiso elegir para esta jornada
—incitó nuestro brío, estas joyas me dio—,
pues él nos tenía por bravos guerreros,
por héroes sin tacha. Sin embargo el caudillo,
el rey de su pueblo, solo y sin nadie
pensaba abordar esta hazaña excelente,
pues más que ninguno su fama ganó
con osadas acciones. Ha llegado el momento
en que mucho al monarca el apoyo le urge
de buenos vasallos. ¡Acudamos al rey!
¡Prestémosle ayuda! ¡El fuego terrible
y las llamas lo abrasan! Dios es testigo
que yo por mi parte prefiero morir
con mi buen soberano, quemado mi cuerpo.
No será con honor que a la sala volvamos
llevando el escudo, si antes no hacemos
que el monstruo perezca y salvamos la vida
del príncipe wedra [187]. He aquí lo que sé:
que jamás mereció el que él solamente
entre todos los gautas su agobio soporte
y caiga en la lucha. ¡Ya juntos estemos
con yelmo y espada, con cota y arnés! »

[186] La herencia del padre: la espada que había pertenecido a Ènmund.

[187] Sobre esta obligación cardinal de la ética germánica véase ya Tácito, *Germania,* XIV.

Wiglaf lucha junto a Beowulf: Entre los dos matan al dragón.

Por la horrible humareda avanzó con el yelmo
a ayudar a su rey. Brevemente le habló:
« ¡Oh querido Beowulf, no dejes de hacer
lo que en tiempo lejano, de joven, juraste:
que nunca en tu vida querrías que en nada
menguase tu fama! ¡Empléate ahora
con toda tu fuerza, oh valiente señor
de gloriosas hazañas! ¡Yo te presto mi apoyo! »
Tras estas palabras el torvo reptil,
la sierpe maligna, entre llamas ardientes
de nuevo atacó buscando con odio
a sus dos enemigos. Destruyeron su escudo
las olas de fuego; al joven vasallo
defensa ninguna su cota le daba
y presto se puso detrás del broquel
de su noble pariente: quemaron el suyo,
del todo, las llamas. Nuevamente el monarca
en su fama pensó: terrible en su brío
dio con la espada —era mucha su ira—
en el cráneo del ogro [188]. La Négling rompió;
su hierro a Beowulf le falló en la pelea,
el antiguo y grisáceo. Estaba fijado
que de hoja ninguna pudiera valerse
en un duro combate; era tanta su fuerza
—así se refiere— que nunca una espada
su golpe aguantó cuando el arma valiosa
en la lucha empuñaba: allá las rompía.
Su tercera embestida inició la serpiente,
el dragón fogueante enemigo del pueblo;
cuando tuvo ocasión se lanzó sobre el héroe
con rabia y con llamas: su cuello completo
atrapó entre sus dientes. Cubrióse de sangre,
con fuerza brotó el sudor de la herida [189].
He oído que el noble [190] mostró su coraje
ayudando al monarca en el grave peligro;

[188] Es la segunda vez que Beowulf trata de herir, en vano, al dragón (cf. vv. 2575 ss.).
[189] El sudor de la herida: la sangre.
[190] El noble: Wiglaf.

era un hombre capaz y de espíritu fiero.
No buscó la cabeza; mas él, valeroso,
su brazo quemó cuando, al rey asistiendo,
hirió a la serpiente un poco más bajo [191].
El armado guerrero hasta el puño su hierro,
adornado, clavó y al instante las llamas
allá decrecieron. Sus sentidos el rey
recobró nuevamente y sacando un puñal
que en la cota llevaba, afilado y temible,
el príncipe en dos al reptil dividió.
A la sierpe abatieron, quedóse sin vida;
ambos parientes juntos lograron
que el monstruo cayera. ¡Así debe un vasallo
apoyar a su rey!

Beowulf, mortalmente herido, le pide a Wiglaf que le muestre el tesoro del dragón.

El noble monarca
victoria ninguna después ganaría:
fue su última hazaña. El mordisco fatal
del dragón de la cueva al instante empezó
a quemarle y dolerle: supo el valiente
que horrible en su pecho el dañino veneno
con fuerza corría. El sabio señor
al pie de los muros buscóse un asiento;
admiró la mansión que gigantes hicieran,
cómo los arcos en firmes pilares
formaban la sala allá bajo tierra [192].
Por sus manos entonces el bravo vasallo,
excelente guerrero, con agua lavó
al famoso caudillo —exhaustas sus fuerzas,
cubierto de sangre— y quitóle su yelmo.

---

[191] Los dragones sólo eran vulnerables por la parte de abajo de su cuerpo. Wiglaf consiguió herirlo, pues, más abajo de la cabeza, y al hacerlo expuso su brazo a las llamas que vomitaba el monstruo.

[192] De la guarida del dragón se ha dicho ya antes que era un viejo túmulo funerario (cf. vv. 2212-3); no había en éstos, naturalmente, tales arcos ni pilares (cf. nota 211).

Hablóle Beowulf —abundante manaba
su herida mortal. Estaba seguro
que ya se agotaba su tiempo de vida,
su gozo en la tierra; al total de sus días
el fin le llegó, se acercaba su muerte—:
«Ahora a mi hijo podría entregarle
mi arnés de batalla, si algún heredero
me hubiese nacido, algún sucesor
que de mí descendiera. He regido a mi gente
por años cincuenta: nunca un monarca
de tierras vecinas tuvo el valor
de venir a atacarme con armas de guerra,
de hacerme quebranto. En mi reino me estuve
guardando lo mío, apurando mi suerte;
ni buscaba querella ni hacía jamás
juramentos en falso. Ahora por ello
me siento feliz —ya de cierto perezco—,
pues no ha de acusarme de muertes ajenas
el Dios Celestial cuando en mí se separen
la vida y el cuerpo. ¡Oh Wíglaf amado,
corre al momento a la cueva rocosa
a buscar el tesoro, que el torvo enemigo,
de joyas privado, ya duerme su muerte!
Apresúrate mucho y haz que examine
las viejas riquezas, que de cerca contemple
las piedras brillantes: después que las vea
podré confortado marcharme del mundo
y del reino que yo tanto tiempo he tenido».

Wíglaf le lleva a Beowulf parte del tesoro. Beowulf muere.

He sabido que luego, tras estas palabras,
el hijo de Wistan allá obedeció
al herido monarca: entró en la caverna
vistiendo su cota, su arnés de combate.
El bravo encontró cuando dentro se hallaba,
el joven heroico, abundantes riquezas,
magníficas joyas que el suelo cubrían;
a lo largo del muro, en la sala del monstruo,
del fiero dragón, estaban las copas

de héroes antiguos, ya faltas de adorno
y sin brillo ninguno; muchos yelmos había,
mohosos y viejos, y anillas también
hábilmente trenzadas. ¡A menudo el tesoro
en la tierra escondido al varón sobrevive,
quienquiera que sea, que allá lo ocultó!
Después, sobre el oro, vio que pendía
un dorado estandarte, excelente trabajo
de ágiles manos. Era tanto su brillo
que bien al valiente alumbrábale el suelo
y el rico tesoro. No estaba en su cueva
el furioso reptil. ¡Por el hierro murió!
He oído que un hombre se pudo adueñar
de las piezas que antaño gigantes hicieran.
Copas y fuentes cargóse en el pecho
según su criterio y también el pendón,
reluciente, tomó. Cayó por la espada
del viejo monarca —de acero su filo—
aquel que las joyas había guardado
por tiempo muy largo. Vomitando de noche
su fuego terrible de llamas mortales
del oro cuidó hasta el fin de sus días.
El buen mensajero ansiaba volver
con su rico botín; agobiaba la duda
al heroico señor de si afuera en el llano
hallaría con vida donde él lo dejara
al muy malherido rey de los wedras.
Llegó con el oro ante el noble caudillo;
estaba el monarca cubierto de sangre,
cercana su muerte. Lavó nuevamente
con agua su rostro. Breves palabras
el príncipe dijo; el anciano, apenado,
entonces habló —el tesoro miraba—:
«Doy gracias al Rey que las cosas gobierna,
al Dios de la Gloria, al Eterno Señor,
por las muchas riquezas que ahora contemplo,
por dejarme vivir hasta haberlas ganado
y podérselas dar en herencia a mi gente.
Ahora que yo el tesoro he pagado
entregando mi vida, encargaos vosotros
del bien de mi pueblo. ¡Se acerca mi fin!

»Haz que mis bravos, después que me quemen,
alto en la costa un túmulo erijan:
corone grandioso la Punta Ballenas
dando a mi gente memoria de mí
y por ello la llamen los hombres de mar
el Peñón de Beowulf, cuando surquen sus naves,
de lejos venidas, las lúgubres aguas.»
El fiero caudillo sacóse del cuello
un dorado collar; al joven guerrero,
al vasallo, lo dio con su yelmo brillante
y la cota anillada: «Disfrútalos tú;
el último eres de nuestro linaje,
la estirpe wegmunda; ya trajo el destino
a mis nobles parientes, heroicos señores,
a todos, la muerte. ¡Ya parto tras ellos! »
Habló de este modo el anciano monarca
por última vez antes que fuese
a la pira y el fuego. Entonces su alma
del pecho salió a buscarse su premio.

Wíglaf acusa de cobardía a los gautas que no fueron a luchar con su señor.

Fue mucha la pena del joven vasallo
al ver que en el suelo agotaba su fuerza
y quedaba sin vida el hombre del mundo
que más estimaba. El que muerte le dio,
el dragón de la cueva, también abatido
en tierra yacía. Ya dejó de guardar
el maligno reptil su excelente tesoro,
pues recias espadas, hierros forjados
con duro martillo, le hicieron caer.
Tirado por tierra quedó el volador
—quieto y herido— cerca del oro;
ya dejó de volar y correr por el aire
en las noches oscuras, de elevarse orgulloso,
señor de sus joyas. ¡Muerto cayó
por la fuerza del puño del bravo caudillo! [193].

[193] A juzgar por vv. 2700 ss. fue más bien Wíglaf quien lo abatió; Beowulf sólo le dio, diríamos, el golpe de gracia, y fue con su puñal.

Pocos valientes había en el reino
—así lo escuché— que, por más que gustasen
de fieras hazañas, hubieran querido
exponerse al aliento de aquel malhechor
o tomar con sus manos el rico tesoro,
de haber encontrado despierto al guardián
que la tumba habitaba. Con su muerte pagó
el heroico Beowulf las magníficas joyas.
El uno y el otro llegaron al fin
de sus vidas terrenas.
No mucho más tarde
salieron del bosque los poco animosos,
los malos vasallos —diez en total—
que no se atrevieron a usar de sus lanzas
estando su rey en tan grave peligro.
Con vergüenza acudieron llevando el escudo
y las cotas vistiendo ante el príncipe muerto.
A Wíglaf miraban. Estaba sentado,
excelente varón, junto al hombro del rey:
de animarlo trataba, cansado, con agua,
mas poco podría, por más que quisiera,
hacer que en el mundo con vida quedara,
alterar los designios de Dios Poderoso.
El Eterno Señor entonces regía,
lo mismo que ahora, el destino del hombre.
Duras palabras le dijo al momento
el intrépido joven al grupo cobarde;
Wíglaf habló, el hijo de Wistan
—de mala manera a la tropa miraba—:
«Bien puede afirmarse diciendo verdad
del egregio caudillo que os dio en su palacio
los ricos arneses que puestos tenéis,
de aquel que en la sala con mucha frecuencia
regalo os hacía de cotas y yelmos
—de su gente pensaba el señor de vasallos
que era imposible encontrarla mejor—,
que en balde entregaba tan buenos pertrechos:
sin apoyo ninguno se vio en el combate.
Mal pudo ufanarse el magnánimo rey
del valor de sus hombres. Pero Dios permitió,
el Señor de Victorias, que él con la espada,
apurado y con fuerza, su muerte vengara.

Dè poco mi ayuda servirle podía
en la brega feroz, mas yo desde luego,
esforzándome mucho, asistí a mi pariente;
herí con mi hierro al mortal enemigo
y su furia perdió: cedieron las llamas
que el monstruo arrojaba. ¡Pocos tenía
a su lado el valiente al llegarle su fin!
»Ya nunca de nuevo os serán ofrecidas
espadas o joyas que luego en herencia
reciban los vuestros. Privados de patria
y errantes por siempre tendrán que vagar
los de vuestro linaje, así que los reyes
de tierras lejanas conozcan la huida,
la mala traición. ¡Para un noble guerrero
mejor es la muerte que vida sin gloria! »
Mandó [194] que la lucha se hiciese saber
en el alto reducto: toda aquella mañana
aguardaron allá, pesarosos, los hombres
armados de escudos, esperando la nueva
o bien de la muerte o bien del regreso
del gran soberano.

Un mensajero informa a los gautas de la muerte de Beowulf. Sobre las guerras entre gautas y suecos.

Nada el jinete
al llegar al reducto calló del mensaje;
de exacta manera ante todos lo dijo:
«Yace el afable señor de los wedras,
el príncipe gauta, en su lecho de muerte:
lo privó de su vida el horrible dragón.
A su lado, por tierra, se encuentra el reptil,
por la daga abatido; de ninguna manera
logró con su espada causarle una herida
a la torva serpiente. Wíglaf ahora,
el hijo de Wistan, está con Beowulf;
guarda el vasallo al monarca sin vida,

[194] Tras la muerte de Beowulf, Wíglaf parece asumir la jefatura de los gautas.

con ánimo triste velando quedó
al amigo y al monstruo.
»Guerra terrible
a los gautas aguarda, pues pronto sabrán
los frisones y francos en tierras lejanas
la muerte del rey. De los hugas el odio,
feroz, comenzó cuando Hýglac les vino
mandando su flota a la costa frisona [195].
Allá los chatuarios le hicieron morir:
le atacaron con brío y con fuerzas mayores
y el bravo en su cota sin vida quedó,
cayó entre su gente. ¡No pudo premiar
el valor de sus hombres! Ninguna amistad
desde entonces nos tiene el señor merovingio.
»Tampoco confío en la paz y la fe
que nos guarden los suecos. Es bien conocido
que Ongento mató por el Bosque del Cuervo
al intrépido Hedkyn, al hijo de Hrédel,
así castigando el ataque atrevido
que hicieron los gautas al pueblo skilfingo [196];
pronto el monarca, el padre de Óhter [197],
viejo y terrible, arrancóle su vida
al caudillo del mar [198]. A la anciana señora,
a su esposa, libró —despojada de adornos—:
ella era de Onela y de Óhter la madre.
A la gente enemiga después persiguió
y éstos huyeron con grandes apuros,
privados de príncipe, al Bosque del Cuervo.
Sitió con su tropa a los hombres heridos

[195] Cf. nota 92.

[196] (Primera guerra entre gautas y suecos.) Las hostilidades las iniciaron, al parecer, los suecos (cf. vv. 2476 ss.). Hedkyn, el rey gauta, hace una expedición de represalia en la que consigue apoderarse de la esposa de Ongento, pero luego es vencido y muerto por éste, y la reina sueca es liberada. Los gautas, puestos en fuga, se refugian en el Bosque del Cuervo, donde Ongento los tiene sitiados toda una noche. Al alba, sin embargo, les llegan refuerzos al mando de Hýglac (rey ahora, tras la muerte de su hermano Hedkyn) y Ongento se ve obligado a retirarse a su reducto. Los gautas lo invaden y Ongento es primeramente herido por Wulf y luego muerto por el hermano de éste, Éfor.

[197] El padre de Óhter: Ongento.

[198] El caudillo del mar: Hedkyn.

que al hierro escaparon: por toda la noche
a la hueste vencida le hizo amenaza,
diciendo que al alba daríales muerte
a unos el filo y a otros la horca
que al pájaro alegra.
»A los tristes guerreros
ayuda les vino al llegar la mañana:
de la gente de Hýglac oyeron los sones
de trompas y cuernos; acudía el valiente,
las huellas siguió de los nobles varones.
Bien se veían por todo aquel campo
las manchas de sangre de suecos y gautas.
¡Terrible batalla entre sí mantuvieron!
»Entonces el bravo marchó con su tropa,
el viejo, apenado, a su firme reducto:
debió retirarse el intrépido Ongento.
Él ya conocía la fuerza de Hýglac,
su brío en la guerra, y poco creyó
que pudiera oponerse a su gente de mar,
proteger de los gautas su rico tesoro,
la esposa y los hijos: el anciano buscó
tras el muro defensa. Atacados entonces
se vieron los suecos. Los pendones de Hýglac
abriéronse paso hasta dentro del fuerte,
la tropa hredlinga entró en el reducto.
Allá las espadas hicieron que Ongento,
el canoso caudillo, la vida perdiera:
al rey de su pueblo le cupo la suerte
que Éfor dictó.
»Herida espantosa
hízole Wulf, el hijo de Wónred,
al príncipe sueco: brotó bajo el pelo
el sudor de las venas [199]. No quedó acobardado
el viejo skilfingo: devolvióle al momento
y con fuerza mayor aquel golpe fatal,
tan pronto lo pudo al volverse de nuevo.
No logró el valeroso, el hijo de Wónred,
herir otra vez al anciano monarca,
pues éste su yelmo le hendió en la cabeza
y, cubierto de sangre, abatido quedó,

[199] El sudor de las venas: la sangre.

arrojado por tierra. No era aquélla su hora:
salvóse después a pesar de la herida.
Entonces el fiero vasallo de Hýglac [200]
—su hermano yacía—, sorteando el escudo,
rajó con su espada, ancha y potente,
el yelmo del rey. El caudillo cayó,
el señor de su pueblo, le vino la muerte.
Entre muchos allá al pariente [201] vendaron;
fue recogido tan pronto el destino
les dio, victoriosos, el campo de guerra.
Éfor tomó los despojos del otro
quitándole a Ongento la cota de hierro,
la espada adornada y el yelmo también.
El equipo del viejo ofrecióselo a Hýglac,
que quiso aceptarlo y le dijo que premio
entre todos tendría. Así lo cumplió:
al volver a su reino, el príncipe gauta,
el hijo de Hrédel, a Éfor y a Wulf
les pagó generoso su hazaña en la guerra.
Le dio a cada uno cien mil de terreno
y trenzados collares —¡nadie el regalo
lo tuvo por malo!—, pues fueron valientes.
Su única hija en señal de amistad
a Éfor la dio, que su casa alegrara.
»Tal fue la batalla, la dura querella
y el odio mortal, y ahora me temo
que venga a atacarnos el pueblo de suecos,
pues pronto sabrán que sin vida quedó
nuestro gran soberano, el que a salvo ponía
de gente enemiga el tesoro y el reino
(tras mucha matanza, bravos skyldingos) [202].
y siempre a sus hombres el bien procuraba,
proezas hacía.
»Presto corramos
a ver al monarca por última vez.
A la pira llevemos al rey generoso
que anillas nos daba. No sólo una parte
consuma su hoguera: hay oro abundante,

[200] El vasallo de Hýglac: Éfor, hermano de Wulf.
[201] El pariente (de Éfor): Wulf.
[202] Verso fuera de lugar y sin sentido en este contexto.

riquezas sin fin fieramente ganadas,
y ahora, además, las joyas que obtuvo
entregando su vida. ¡Que el fuego las tome!
¡Las tengan las llamas! No serán de los hombres,
tras él, los adornos ni hermosa doncella
a su cuello pondrá el collar excelente:
con ánimo triste, de oro privados,
errantes irán para siempre en exilio
ahora que el héroe sin risa quedó,
sin gozo y contento. Pronto las lanzas
habrán de tomarse —frías al alba— [203]
y blandirse en la mano. ¡No será el despertar
entre sones del arpa! Mas el cuervo negruzco,
el que vuela al acecho, de mucho hablará
cuando al águila cuente que tuvo su fiesta
y al lado del lobo se hartó con los muertos.»
Así les expuso las malas noticias
el fiero guerrero. En nada mintió
al decir sus palabras [204].

Los gautas se apoderan del tesoro del dragón.

Levantóse la tropa;
marcharon los hombres con mucho pesar
a la Punta del Águila a ver el portento.
Allá contemplaron, tendido en la tierra,
en su lecho de muerte, al bravo que anillas
antaño les daba. Ya su último día
el valiente vivió; el intrépido rey,
el señor de los wedras, yacía abatido.
Vieron también una extraña criatura,
un maligno reptil, arrojado por tierra,
muerto a su lado: el dragón fogueante,

[203] Los combates solían iniciarse al amanecer.

[204] Este comentario del poeta puede tener un mero valor de fórmula, pero también es posible que con él quiera señalarse lo justificado de los temores del mensajero (cf. vv. 2922-3, 3000 ss.; 3018 ss.; también 3152 ss.). Se ha supuesto que la incorporación de los gautas al reino de los suecos tuvo lugar precisamente tras la muerte de Beowulf, es decir, del rey histórico cuyo lugar él ocupa.

el feroz enemigo abrasado en sus llamas [205].
No menos medía de veces cincuenta
el tamaño de un pie aquel que a menudo
volaba en la noche y luego a su cueva
volvía de nuevo; mas ya pereció,
ya dejó de habitar en su oculta caverna.
Rodeado se estuvo de fuentes y copas,
de muchos jarrones, valiosas espadas
comidas de orín: mil años la tierra
mantuvo el tesoro en su seno abrazado.
Mas a aquellas riquezas de tiempos antiguos
fuerza terrible les daba un hechizo
y nadie por ello adentrarse podía
en la sala del oro, sino aquel solamente
al que Dios Verdadero, el Señor de Victorias
—Él rige a los hombres—, quisiera otorgarlo,
el varón que el Eterno por digno tuviese.
Allá fue manifiesto que mal acabó
quien se hizo en la cueva, con poco derecho,
guardián del tesoro [206]. A uno primero
mató la serpiente, mas luego con furia
vengóse la hazaña. El modo se ignora
en que el tiempo de vida de un bravo guerrero
a su fin llegará y ya en adelante
no pueda en la sala gozar con su gente.
Así con Beowulf, que a la sierpe le vino
buscando querella: el modo ignoraba
en que iría a acabarse su vida en la tierra.
Los nobles señores [207] que el oro ocultaron
pusiéronle hechizo hasta el Último Día:
que fuera aquel hombre que hollara el lugar
de pecado culpable, en templo metido [208],
amarrado al infierno y allá atormentado,
si antes no tuvo —afanoso del oro—
el favor y la gracia del Rey de la Gloria.

[205] Recuérdese que también el dragón muerto por Sígmund se consumió en su propio fuego (cf. v. 897).

[206] La muerte del dragón quiere entenderse ahora como consecuencia de aquel hechizo. No queda claro si también la de Beowulf.

[207] Sólo de un guerrero se habló en vv. 2233 ss.

[208] El templo (pagano) fue tenido por los cristianos como lugar de demonios, y la palabra hasta llegó a significar infierno.

Wíglaf habló, el hijo de Wistan:
«A muchos a veces aflige el pesar
que uno solo causó, como aquí nos sucede.
No pudimos llevarle al amado caudillo,
al señor de su pueblo, el debido consejo:
que no se enfrentase al horrible guardián,
sino en paz lo dejara tendido en su cueva,
en ella habitando hasta el fin de los días.
¡Su destino cumplió! ¡El tesoro tenemos,
con pena ganado! ¡Espantosa la suerte
que al gran soberano, viniendo, le cupo!
»En el túmulo entré para ver lo que había,
el tesoro en la tumba, tan pronto lo pude;
paso me abrí, aunque no sin trabajo,
a la oculta caverna. Luego al instante
tomé con mis manos magnífica carga
de piezas valiosas: aquí se las traje
a mi afable señor, que aún se encontraba
con vida y consciente. Mucho el anciano
a su muerte me dijo: para honrar su recuerdo
mandó que se alzara en el mismo lugar
en que ardiese la pira un túmulo alto,
grande y glorioso, digno del hombre
que tuvo en la tierra la fama mayor
mientras pudo gozar de su reino y reducto.
»Presto vayamos ahora de nuevo
a mirar el tesoro, la gran maravilla
que está en la caverna: yo he de guiaros
de modo que bien y de cerca veáis
las anillas y el oro. Con mucha premura
las andas se hagan: llevaremos en ellas
tan pronto volvamos al noble caudillo,
al amado monarca, allá donde luego
por siempre disfrute de Dios Poderoso.»
El hijo de Wistan, fiero en la guerra,
quiso que a muchos su orden llegase,
que los dueños de salas, señores del pueblo,
trajesen la leña a la pira del rey
desde tierras remotas: «Ahora en el fuego
será consumido el egregio varón
que se vio con frecuencia en llovizna de hierros,
cuando nubes de flechas que cuerdas urgían

pasaban por alto del muro de escudos,
el cabo emplumado encauzando a la punta.»
Luego el intrépido hijo de Wistan
gente eligió de la tropa del rey,
los siete mejores, y entró con los hombres
—él era el octavo— en la torva guarida;
el que iba delante, guerrero animoso,
llevaba en la mano una antorcha de fuego.
Cuando vieron entonces el rico tesoro
que nadie guardaba y que brillo perdía
escondido en la cueva, no echaron a suertes
quién fuera a tomarlo [209], que todos corrieron
—ninguno dudó— y sacaron afuera
las piezas valiosas. Desde el alto peñasco
arrojaron al mar a la horrible serpiente,
recibieron las aguas al hosco dragón.
Oro trenzado en enorme abundancia
en el carro se puso, y llevaron al rey,
al de blanco cabello, a la Punta Ballenas.

Los funerales de Beowulf.

Los gautas entonces allá le erigieron
magnífica pira, como él ordenó,
y de bella apariencia: la ornaron con yelmos,
escudos de guerra y brillantes arneses.
En el centro los bravos pusieron con pena
al famoso señor, al amado caudillo.
Altísimas llamas se alzaron después
al prenderse la pira; elevóse del fuego
la negra humareda y se oyó el crepitar
con el llanto mezclado. Cuando el viento cesó
consumido se hallaba, abrasado del todo,
el cadáver del rey. Con ánimo triste
lloraban los hombres al príncipe muerto.
La anciana señora [210] —trenzado el cabello—

[209] Esto es, no fue necesario recurrir a un sorteo por falta de voluntarios.

[210] Al parecer, se trata de la esposa de Beowulf, la reina gauta. Nada se ha dicho de ella antes. Su cabello trenzado la caracteriza como de edad avanzada; las jóvenes solían llevarlo suelto.

también entonaba en honor de Beowulf
su doliente lamento; sin cesar repetía
que tiempos terribles al reino aguardaban,
crueles matanzas, pavor de enemigos
y vil cautiverio. La humareda acabó.
Luego los wedras un túmulo alto
erigieron arriba, en el gran promontorio,
de lejos visible a la gente de mar:
diez días tomó construirle su tumba
al osado en la guerra. En torno a sus restos
alzaron un muro [211], el trabajo mejor
que supieron hacer muy expertos varones.
Allá colocaron anillas y joyas,
las grandes riquezas que habían tomado
los fieros guerreros del rico tesoro [212];
la antigua heredad a la tierra la dieron
—oro en lo hondo—, que guárdala aún
sin que traiga provecho, ni entonces ni ahora.
Excelentes señores —doce en total—
cabalgaron entonces en torno a la tumba
llorando al monarca con triste lamento:
entonaron su canto y hablaron del rey
elogiando su vida, las nobles hazañas
del bravo diciendo [213]. Es justo que el hombre
dedique alabanza a su amigo y señor
y en su pecho lo llore, cuando llega el momento
en que debe alejarse y partir de su cuerpo.
La muerte del príncipe mucho apenó
a los gautas que un día en su sala moraron;
afirmaban que fue de entre todos los reyes
el más apacible y amante del pueblo,
el más amigable y ansioso de gloria.

---

211 En el interior de los túmulos funerarios escandinavos se halla a veces una sencilla cámara construida con troncos que alberga las cenizas del difunto y su ajuar.

212 El tesoro del dragón es colocado en la tumba de Beowulf, aunque él quiso ganarlo para su pueblo (cf. vv. 2794 ss.).

213 Suele señalarse a propósito de este pasaje su similitud con la descripción que hace Jordanes, en su *Historia de los Godos*, XLIX, de los funerales de Atila (+ 453).

Otros poemas anglosajones

LA BATALLA DE FINNSBURH

Uno de los pasajes más confusos del *Beowulf* es el «episodio de Finn» de los versos 1067-1159. El poeta se refiere allí a una historia que debía considerar bien conocida, y lo hace por lo tanto de un modo rápido y superficial. Poco sacaríamos en claro de sus vagas alusiones si, por rara y feliz casualidad, no se nos hubiera conservado el medio centenar de versos sobre este mismo tema que llamamos el «cantar» de *La Batalla de Finnsburh* («el reducto o burgo de Finn»). A partir de ambos textos cabe aventurar una reconstrucción de las líneas generales de esta historia.

Tenemos dos facciones enemigas: por una parte los daneses (o skyldingos) mandados por Hnef y, luego, por su lugarteniente Héngest; por otra los hombres de Finn, a los que se llama indistintamente jutos o frisones (habrá que entender que formaban una fuerza aliada o bien que el poeta los considera, erróneamente, un mismo pueblo). Híldebur es hermana de Hnef y esposa de Finn.

Según el «cantar», Hnef, con sesenta de sus guerreros, es atacado una noche por los hombres de Finn; traicioneramente, pues ello ocurre cuando se encuentra (suponemos que como huésped) en la sala de este último. Los daneses logran resistir durante cinco días sin sufrir ninguna baja.

Del «episodio» se deduce que, al cabo, Finn logró invadir el reducto y que entonces cayeron Hnef y su pro-

pio hijo (vv. 1068-80). Héngest asume ahora el mando de los daneses, y la lucha continúa en la sala hasta que llega un momento en que ninguna de las dos partes se muestra capaz de resultar victoriosa. Se ven, pues, obligados a llegar a un acuerdo: los daneses entrarán al servicio de Finn y se quedarán con él en su tierra, pero serán allí tratados honrosamente y disfrutarán de los mismos derechos que sus antiguos enemigos (vv. 1080-1106). Luego se celebran los funerales de Hnef y de su sobrino, el hijo de Finn e Híldebur (vv. 1107-24). Héngest pasa un mal invierno en la sala de Finn, torturado por sus ansias de venganza. En realidad, se halla en un dramático conflicto de lealtades, pues según la ética germánica, ni podía dejar de vengar la muerte de Hnef, su antiguo señor, ni tampoco faltar al juramento de paz prestado a Finn. Cuando ya en primavera llegan allá dos daneses, Gúdlaf y Óslaf (Órdlaf en el «cantar»), que traen a recuerdo la muerte de Hnef y le presentan a Héngest una famosa espada incitándole a la venganza, éste no es capaz de contenerse por más tiempo y da muerte a Finn [1]. Los daneses saquean luego su palacio y regresan con Híldebur a su tierra.

La Batalla de Finnsburh

... no están las vigas ardiendo.»
El príncipe [2] habló, el joven guerrero:
«No es que amanezca, no viene un dragón,
no están en la sala las vigas ardiendo:
es gente que ataca. Los pájaros graznan,
los lobos aúllan; resuena la lanza,
responde el escudo. Ya brilla entre nubes
la luna viajera. Descalabro se fragua:

[1] Abundan en la poesía épica germánica estas situaciones conflictivas que se resuelven trágicamente a impulsos de una fuerza ciega y fatal. Véanse también el episodio de Ingeld en *Beowulf* vv. 2024-66; la referencia a Hagen en la introducción al *Wálder*, etc.

[2] Hnef. Al parecer, un centinela le ha anunciado que se divisan unos sospechosos resplandores afuera de la sala.

a traerlo se apresta el furor de esa tropa.
¡Arriba mis bravos! ¡Alerta mis hombres!
¡Tomad los escudos! ¡Pensad en la fama!
¡Corred al combate! ¡Luchad con valor! »
Allá muchos nobles, de oro adornados,
se alzaron del lecho y ciñéronse el hierro.
A una puerta acudieron dos fieros señores,
Sígferd y Eka, la espada sacando;
a la otra corrieron Órdlaf y Gúdlaf
y Héngest también, que tras ellos marchó.
Gúder [3] entonces a Gárulf le dijo
que no se expusiese en el choque primero
atacando en persona, equipado, las puertas,
que allá un enemigo matarlo quería.
Preguntó sin embargo, resuelto, el valiente [4]
quién era el varón que la puerta guardaba.
«Sígferd me llamo; soy rey de los sekas,
un héroe famoso; en muchas batallas,
terribles, luché. ¡Sépase ahora
si vences o mueres bregando conmigo! »
En la sala se alzaron fragores de guerra:
Se empuñaban con brío los claros escudos,
se hendían los yelmos; temblaba el umbral.
En el duro combate Gárulf la vida
el primero perdió de los hombres del reino,
cayó entre enemigos el hijo de Gúdlaf [5].
Sobre gente abatida el cuervo volaba,
lúgubre y negro. Brillaban los hierros
igual que si ardiera el reducto de Finn.
Jamás escuché que en batalla ninguna
sesenta guerreros tan bien se portasen,
que nunca unos bravos la dulce cerveza
pagasen mejor que los hombres de Hnef.
Cinco días lucharon: ninguno cayó
de la tropa que, firme, las puertas tenía.

---

[3] Gúder es uno de los guerreros asaltantes (frisón o juto), y Gárulf el jefe de esta tropa. El rey mismo, Finn, no participa aún personalmente en el combate.

[4] Gárulf.

[5] El hijo de Gúdlaf: Gárulf. No sabemos si este Gúdlaf es el mismo que se cita en el v. 17 (en el bando danés).

Entonces, herido, alejóse el osado [6]:
ya estaba su cota —afirmó— destrozada,
el arnés de combate, y deshecho su yelmo.
Preguntóle al instante el señor de su gente [7]
cómo de heridos quedaron sus hombres,
qué jóvenes héroes ...

[6] «El osado» que se ve obligado a abandonar el combate es algún guerrero (ignoramos quién) del bando juto o frisón.
[7] El señor de su gente: Finn, que se ha quedado a cierta distancia de la sala.

WÁLDER

La historia de Wálter *(Wálder)* se nos ha conservado en una serie de versiones alemanas, escandinavas o polacas [1], que presentan a veces grandes diferencias entre sí. No sabemos cuál de estas versiones era la que seguía el cantar anglosajón al que pertenecían los dos fragmentos que nos quedan, pero para poder situarlos en un contexto general será suficiente con señalar los siguientes rasgos fundamentales de esta historia.

Wálter de España (o Aquitania), su prometida Hildegunda de Aragón y Hagen de Burgundia se encuentran con Atila, el rey de los hunos, en calidad de rehenes. Hagen, viéndose en peligro cuando los burgundios se niegan a seguir pagándole a éste su tributo, escapa y se reúne con su rey Gúnter *(Güder)*. Algún tiempo después, tras emborrachar a Atila y a su gente en un convite, huyen también Wálter, que ha llegado a ser un gran campeón entre los hunos, e Hildegunda. Llevan consigo un rico tesoro.

Cuando Gúnter se entera de que están cruzando el territorio burgundio, decide asaltarlos para apoderarse de sus riquezas. Marcha a su encuentro con Hagen, que le sigue de mala gana, pues no quiere enfrentarse con su antiguo amigo y compañero, y once guerreros más.

[1] La más conocida es la del *Waltharius*, un poema escrito en latín hacia el año 930 por el monje alemán Ekkehard.

Wálter trata de evitar el combate ofreciéndole a Gúnter una espada y cien, luego doscientas anillas. Éste rechaza la oferta y comienza entonces la lucha. Wálter se ha hecho fuerte en un desfiladero y los burgundios tienen que atacarle de uno en uno. Así vence a los once guerreros; le queda el enemigo más peligroso, Gúnter. (Aquí situamos el fragmento I, en que Hildegunda le incita al coraje.)

Hagen trata de disuadir a su rey para que no se enfrente con Wálter; le advierte que la espada Míming que éste tiene sólo es inferior a la suya (de Hagen) y él no está dispuesto a atacar a su viejo amigo. (Entramos con esto en el fragmento II.) Gúnter se enfrenta con el héroe y en la pelea pierde una pierna. Hagen queda entonces en la típica situación de conflicto entre dos lealtades: para socorrer a su rey impidiendo que reciba el golpe de gracia tiene forzosamente que luchar contra su antiguo hermano de armas.

La historia termina de muy diversas maneras según las versiones; en unas muere Wálter a manos de Hagen, en otras solamente queda herido y puede continuar su viaje.

Wálder

I

... ella animosa a luchar le incitaba:
«Jamás le ha fallado la obra de Wéland,
tu espada, la Míming, a nadie que bravo
en sus manos la alzara: a muchos valientes [2]
hundió en el combate y dejó ensangrentados.
¡Oh guerrero de Atila, que no desfallezca
tu fuerza y coraje! ¡Ha llegado el momento
en que habrás de elegir una cosa o la otra:
o quedarte sin vida o hacer que tu fama,
oh hijo de Élfer, recuerden los hombres!
»Jamás, amigo, podré reprocharte
diciendo que hoy en la danza de espadas

[2] Los once guerreros de Gúder.

valor te faltó y evitaste el encuentro
con tropa enemiga, que al muro corriste
el cuerpo rehuyendo, a pesar de que muchos
rajaban con hierros tu cota de malla.
No, que olvidabas —siempre atacando—
guardar posición [3]. Por tu suerte temí,
que, osado en exceso, perdieses la vida
en la brega terrible, en el duro combate
con gente enemiga. ¡Consíguete gloria
con fieras hazañas y guárdete Dios!
Por tu espada no temas: se nos dio en ayuda
esa pieza excelente. Castiga con ella
el orgullo de Gúder, que él la pelea
con torpe motivo el primero buscó.
No quiso aceptar ese hierro y las joyas,
las muchas anillas: sin anillas ahora
saldrá de esta lucha, a sus viejos dominios
el rey volverá, o antes la muerte,
si él ...»

II

«... un hierro mejor,
sino sólo este otro que tengo conmigo,
aquí retirado en magnífica vaina.
Teodorico en persona a Widia le dio
—yo lo sé— esta espada, y junto con ella
excelentes anillas, joyas hermosas
labradas en oro. A Widia premió,
pues el nieto de Nídad, el hijo de Wéland,
quiso ayudarle a salir de su aprieto:
en rápida huida escapó de los monstruos» [4].
Wálder habló, el osado guerrero
—tenía en su mano la espada potente,
el auxilio del hombre en el duro combate—:

[3] Esto es, abandonaba la ventajosa posición que le daba el desfiladero.

[4] Entendemos que es Hagen quien pronuncia estos vv. 1-10. Según una leyenda que recogen varias versiones alemanas tardías, Teodorico, el rey ostrogodo, estuvo un tiempo secuestrado por el duque Nítger. Widia (cf. *El Lamento de Déor,* nota 1) lo liberó.

«Sin duda pensabas, oh rey de burgundios,
que Hagen vendría a ofrecerme batalla
y me haría caer. ¡Toma tú si te atreves
mi cota grisácea: ya estoy fatigado!
Cubre mi pecho la herencia de Élfer,
buena y holgada, adornada con oro.
Es digna esta pieza de estar en los hombros
de un noble señor cuando guarda su vida
matando enemigos. No va a defraudarme
si malos parientes [5] —así como hicisteis—
de nuevo me atacan, me hostigan con hierros.
La victoria, no obstante, concédela Aquel
que sabe y entiende de toda razón;
quien al Muy Poderoso le pide su ayuda,
al Dios Celestial, al momento la obtiene,
si es que pensó en merecerla primero.
Es así que un monarca las joyas reparte,
rige su reino; es...»

[5] Gúder y Hagen son parientes entre sí.

EL LAMENTO DE DÉOR

Déor es un cantor cortesano que ha perdido su puesto; otro lo ha sustituido en la estima y favor del rey. Trata de consolarse pensando que su desgracia algún día acabará, del mismo modo que también acabaron aquellas famosas que según viejas tradiciones afligieron a los héroes antiguos.

El poema es interesante en lo que respecta a su forma por la introducción de un estribillo.

El Lamento de Déor

Wéland las penas probó del destierro,
padeció desventuras el bravo señor;
compañía le hicieron dolor y nostalgia
en su inhóspito exilio: afligióse a menudo
después de que Nídad lo ató en la prisión,
con flexibles tendones al hombre excelente.
¡Aquello pasó, esto así pasará!

El perder sus hermanos no tanto pesar
a Bédohild dio como diole su estado,
cuando ya claramente le fue manifiesto
que estaba preñada: no le era posible

pensar sin agobio qué iría a ocurrir [1].
¡Aquello pasó, esto así pasará!

Ardoroso en extremo cuentan que era
el amor que por Médhild Gauta tenía.
Su añoranza de ella robábale el sueño [2].
¡Aquello pasó, esto así pasará!

Treinta años rigió el rey Teodorico
el reducto meringio: nadie lo ignora [3].
¡Aquello pasó, esto así pasará!

Según se refiere, fue Ermanarico
cruel como el lobo; muchísimos godos
tenía en su reino. Era un duro monarca:
todo su pueblo, apresado en la pena,
maldades temiendo, ansioso esperaba
que aquel su reinado por fin terminase.
¡Aquello pasó, esto así pasará!

El hombre apenado y con ánimo triste
de nada disfruta; parécele a él
que sufre desgracias que nunca acaban.
Mas puede pensar que por todo este mundo
ha querido el Señor que, de modo diverso,
a unos les quepa suerte benigna,
seguro renombre, a otros dolor.

Esto yo quiero decir sobre mí:
yo he sido cantor del rey hedoningo,
que mucho me amaba; era Déor mi nombre.
Gocé largos años de aquel menester,
de mi afable monarca, mas luego a Herrenda,
experto en el canto, el amigo del pueblo
mi tierra le dio que a mí diome primero.
¡Aquello pasó, esto así pasará!

[1] Wéland logró huir tras matar a los dos hijos de Nídad y violar a la hija, Bédohild. De esta unión nació Widia.
[2] Nada sabemos referente a esta historia.
[3] Es una alusión oscura. Según la tradición épica, este rey fue destronado por Ermanarico (o por Odoacro) y pasó luego treinta años de exilio junto con Atila.

WÍDSID

Widsid («Largo viaje») es esencialmente un recuento de pueblos y grandes héroes de la tradición germánica. Series de nombres semejantes a ésta las hay también en Escandinavia, y es evidente que el género, como tal, tiene su origen en la necesidad práctica de memorizar los conocimientos en una época en que aún se desconocía la escritura.

En el *Widsid* la enumeración se pone en boca de un nuevo cantor, esta vez errante, que cita los lugares y señores que ha visitado en su constante vagar por el mundo en busca de grandes hombres que lo empleen. Se trata, desde luego, de una ficción, no del informe de un personaje real.

La crítica moderna se ha ocupado con gran interés de este texto, de tan monótona concepción para el gusto de nuestros días, pues a través de él obtiene una preciosa información acerca del repertorio épico que fue conocido en Inglaterra hacia el siglo VII.

Widsid

Wídsid habló, descubrió sus palabras;
él bien conocía —mejor que ninguno—
los pueblos del mundo: a menudo en las salas
premio le dieron. Noble nació

de la gente myrginga [1]. Se puso en camino,
con Élhild [2] marchó, graciosa señora,
al hermoso palacio del rey de los godos;
desde Anglia, al este, buscó a Ermanarico,
al perjuro tirano. Su relato inició:
«A muchos conozco que pueblos gobiernan:
¡Compórtese un príncipe así como debe!
¡Tengan su reino un monarca tras otro,
mas nunca descuiden el bien de su trono!
De los reyes un día fue Huala el mejor,
pero tuvo Alejandro el imperio más grande
que ha habido en la tierra: no sé que ninguno
en el mundo lograra mayor poderío.
»Mandó Atila a los hunos,
Ermanarico a los godos,
a los baningos Becca, a los burgundios Gibico,
a los griegos César, a los lapones Kélic,
a los rugios Hagen, a los glomas Heden;
mandó Witta a los suevos, a los helsingos Wada,
a los myrgingos Meca,
a los hundingos Mérkwald;
mandó a los francos Teodorico,
a los rondingos Tyle,
a los brondingos Breca, a los warnas Bílling,
a los aviones Oswin, a los jutos Géwulf,
a los frisones Finn, el hijo de Fólkwald;
largo tiempo Síger mandó a los daneses,
a los hokingos Hnef, a los wulfingos Helm,
a los woíngos Wald, a los turingios Wod,
a los sekas Séferd, a los suecos Ongento,
a los ambrones Skáfter, a los longobardos Skaf,
a los chatuarios Hun y a los wrosnas Holen;
fue Hríngwald señor de la gente pirata.
»Mandó Offa a los anglos,
a los daneses Alewi,

[1] Los myrgingos: los suevos, que al igual que los longobardos, habitaron primeramente la orilla sur del Éider.

[2] Élhild era hija del rey longobardo (o lombardo) Audoíno (cf. v. 98) y por tanto hermana de Alboíno, el que invadió Italia en el 568. Wídsid la acompañó a la corte de Ermanarico (recuérdese que éste murió en el 375!) cuando fue allá para casarse con él.

que fue de estos hombres el más animoso.
Offa tan sólo hizo hazaña mejor,
pues siendo muy joven Offa ganó,
guerrero excelente, el mayor de los reinos.
Nadie a su edad se mostró tan valiente
en el duro combate: con sola su espada
la marca fijó con el pueblo myrgingo
en el Fífel-Dor [3]; mantuviéronla luego
anglos y suevos donde Offa la puso.
»Hródgar y Hródulf, tío y sobrino,
por tiempo muy largo se fueron leales
después que vencieron al pueblo vikingo
haciendo que Íngeld su hueste perdiera:
en el Hérot cayó el tropel hedobardo.
»Así he recorrido las tierras remotas
de todo este mundo: lo bueno y lo malo
me cupo probar, de parientes privado,
lejos de amigos. ¡A muchos serví!
Sé por ello cantar y contar las historias;
bien puedo ante todos decir en la sala
que grandes señores me han dado regalos.
»Con los hunos estuve, y los godos de fama,
con los suecos estuve, daneses y gautas,
con los vándalos estuve, vikingos y warnas,
con los gépidos estuve, geflegas y eslavos,
con los anglos estuve, enenas y suevos,
con los sajones estuve, sekas y weras,
con los hronas estuve, daneses y raumas,
con los turingios estuve y los trondas también
y la gente burgundia; allá obtuve una anilla:
Gúder me dio una joya valiosa
en premio a mi canto.
¡No era un hombre mezquino!
Con los fruntingos estuve, frisones y francos,
con los rugieros estuve, romanos y glomas.
Luego en Italia a Alboíno encontré:
más que ninguno tenía este rey
rápida mano en ganarse alabanza,
corazón predispuesto a entregar brazaletes,
anillas brillantes; de Audoíno era hijo.

[3] El Fífel-Dor («puerta de los monstruos»): el río Éider.

Con los sarracenos estuve, también con los seres,
con los griegos, lapones y luego con César,
aquel que tenía muy bellas ciudades,
fausto, poder y el imperio romano.
Con los lapones estuve, escotos y pictos,
con los longobardos estuve, britanos y 'lionas,
con los hednas estuve, hundingos y herdas,
con los israelitas estuve, indios y asirios,
con los hebreos estuve, judíos y egipcios,
con los medos estuve, persas y misios,
con los moabitas estuve,
me enfrenté a los myrgingos [4],
con los amoritas estuve, los asirios del este,
con los estonianos estuve, idumeos y eolios.
»Busqué a Ermanarico y con él me quedé
mientras tuve el aprecio del rey de los godos:
el señor de sus hombres me dio un brazalete
en el cual se contaban seiscientos chelines
—magnífica pieza— de oro excelente.
Entregárselo quise a Édgils, mi rey,
al afable caudillo, al volver a mi patria;
se lo di a mi señor cuando el noble myrgingo
las tierras me dio que tuvo mi padre.
Élhild entonces, la reina gloriosa,
otra joya me dio; de Audoíno era hija.
Extendióse su fama por muchas naciones,
pues yo por doquier con mi canto decía
que nunca en el mundo encontré una señora,
ataviada con oro, que más regalara.
Cuando Skílling y yo ante el bravo caudillo [5]
aquel canto entonamos con voces sonoras
—arpa y palabras en justa armonía—
muchos dijeron, hombres prudentes
de recto criterio y profundo saber,
que jamás escucharon canción más hermosa.
»De los godos la tierra después recorrí,
por ella buscando héroes famosos:
¡Con buenos vasallos contó Ermanarico!

[4] Poco consecuente parece esta afirmación de que Wídsid luchó contra su propio pueblo.
[5] Debe ser Édgils, el rey myrgingo.

Vi a los herlingos —Emerca y Fridla—,
a Bedeca y Hedca y también a Ostrogota,
el padre de Unwen, sabio y prudente.
Vi a Secca y Becca, Teodorico y Safola,
Hédric, Sibico, Inkento y Hlide,
Audoíno y Elsa, Égelmund, Húngar,
los fieros señores del pueblo myrgingo.
Vi a Wúlfer y Wýrmer: en Bosque del Vístula
guerras sin fin sostuvieron los godos
con duras espadas, así defendiendo
sus viejos dominios del pueblo de Atila.
Vi a Réder y Rónder, a Rumstan y Gísler,
Frédric, Wídergyld, Wudga y Hama,
que no eran vasallos de poco valer,
aunque es al final cuando cito sus nombres.
A menudo estos bravos tiraban sus lanzas
—silbando volaban— a gente enemiga.
Wudga y Hama —exiliados los dos—
allá repartían su oro labrado.
»Una cosa observé recorriendo las tierras:
que nadie es jamás más querido del pueblo
que el hombre al que Dios entrega un trono
que pueda guardar mientras tenga su vida.»
Así por el mundo —tal es su destino—
errante camina el cantor de los hombres;
refiere su aprieto, el favor agradece.
Al norte o al sur siempre da con alguno
que su arte valora, un señor dadivoso
que quiere exaltar ante todos su fama,
hacer que su gloria perviva hasta el fin
de la luz y la vida. ¡Él logra alabanza,
se gana renombre que queda en la tierra!

LA BATALLA DE BRUNANBURH

A partir del reinado de Alfredo el Grande (871-99), Inglaterra conoció un período de frecuentes guerras, exponentes de aquel largo y complejo proceso que finalmente culminaría en la definitiva unificación del país. Batalla de especial trascendencia —en ella se jugaba el control político de Northumbria— fue la que tuvo lugar el año 937 ante Brunanburh (Vínheid en las fuentes escandinavas), un paraje que, por cierto, no ha sido identificado, aunque bien cabe suponerlo en la costa oeste de Inglaterra. Se enfrentaron entonces, por una parte, el rey Édelstan, nieto de Alfredo, con un ejército formado por sajones de Wessex y hombres de Mercia, y por otra, una coalición mandada por Ólaf, rey noruego de Dublín, y el rey de los escotos, Constantino III de Escocia. En aquel encuentro, que la tradición posterior recordó como «la Gran Guerra», obtuvieron los ingleses una resonante victoria.

La Crónica Anglosajona celebra alborozada el feliz acontecimiento en unos versos que, a la vez que magnifican al rey Édelstan y su casa real de Wessex, también son ya patriótica afirmación de un bien definido sentimiento nacionalista.

La Batalla de Brunanburh

Anno DCCCCXXXVII

Aquí el rey Édelstan [1], de hombres señor,
dadivoso caudillo, y con él su hermano,
el príncipe Édmund [2], con filos de hierros
gloria por siempre en batalla ganaron
ante Brunanburh. Con forjadas espadas
muro de escudos [3], de tilo, rompieron
los hijos de Édward [4]. Tal de su estirpe
el temple heredaron, que ante todo enemigo
y en toda ocasión defendían sus tierras,
tesoros y hogares.

De la tropa de escotos
y gente de mar muchos cayeron,
de muerte marcados; sangre de hombres
el campo encharcó desde muy de mañana
que el sol sobre el llano glorioso elevóse,
la luz del Eterno, su antorcha radiante,
hasta ya que de Dios la obra excelente
buscóse descanso. Lanzas allá
tras escudo hirieron, y muchos murieron,
hombres del norte lo mismo que escotos,
en guerra exhaustos. Sin cesar los de Wessex
todo aquel día en patrullas fueron
detrás de enemigos, por la espalda feroces
matando con armas —las bien afiladas—
gente que huía. Invitaron los mercios
al duro combate a los hombres todos
que junto con Ánlaf [5] por la mar turbulenta
en el seno del barco el reino invadieron,
en guerra marcados. En aquella contienda
cinco cayeron los jóvenes reyes,
mùertos por hierro, y siete además

---

[1] Édelstan, rey de Wessex (924-39).

[2] Édmund, que más tarde sucedería en el trono a Édelstan, debía contar en ocasión de esta batalla con unos 16 años.

[3] Formación de combate con los escudos unidos y en línea.

[4] Eduardo el Viejo, rey de Wessex (899-924). Édelstan y Édmund eran hijos suyos.

[5] Ánlaf: Ólaf Gudfridarson, rey noruego de Dublín (934-41).

de los jefes de Ánlaf, más tropa incontable
en marinos y escotos. En fuga fue puesto
el señor de noruegos, a la proa del barco
con poca su gente echado en aprietos;
por las aguas el rey en su nave escapó,
por el pálido mar, salvando la vida.
También Constantino [6], viejo avezado,
al norte, a sus tierras, huyendo llegó.
No ufano jactóse el canoso caudillo
del choque de espadas [7]: él el despojo
sufrió de parientes, de amigos caídos
en recia batalla, y un hijo perdió,
en la guerra mozuelo, que en campo de muerte
quedó destrozado. El encuentro de espadas
mal pudo al viejo llenarlo de orgullo,
al de blanco cabello, ni tampoco a Ánlaf:
con su gente mermada poco rieron
hazañas mejores las suyas diciendo
en el campo de guerra, en la lid de pendones,
la junta de lanzas, la pugna de hombres,
la gresca de armas, en la brega mortal
con los hijos de Édward que entonces tuvieron.
Allá los noruegos —por lanza maltrechos—
con sus barcos a clavos por Dingesmer [8],
por las aguas profundas, en mucha vergüenza
a Dublín regresaron, a Irlanda volvieron.
Los hermanos también, el rey y el príncipe,
juntos a casa, a tierras de Wessex,
los dos volvieron, en guerra gloriosos.
Tras ellos dejaban cuerpos de muertos
que el cuervo gozara, para el pájaro negro
con duro el pico, para el águila parda,
la blanca a la cola [9] —carroña ofrecida
al halcón de la guerra—, y la gris alimaña,
el lobo del bosque. Nunca la hubo
ni fue en esta isla matanza mayor

[6] Constantino III, rey de Escocia.
[7] El choque de espadas: la guerra.
[8] Dingesmer («el mar tormentoso»), no identificado.
[9] No es al águila propiamente dicha a quien conviene esta descripción, sino al pigargo *(Haliaetus albicilla)*, ave de rapiña que sí tiene una característica cola blanca.

de hombres caídos por filos de hierros
—ninguna se sabe que libros cuenten,
los viejos de ciencia—, después que del este
sajones y anglos aquí se vinieron [10],
por ancha la mar a Bretaña arribaron,
y héroes de fama a los celtas vencieron
y altivos señores la tierra ganaron.

[10] Fue en el siglo v cuando estos pueblos invadieron Inglaterra y la ocuparon, tras vencer a los britanos, su población originaria.

LA BATALLA DE MALDON

En el año 991, un ejército anglosajón al mando del *eorl* Byrhtnod de Essex se enfrentó en las afueras de Maldon, a orillas del Blackwater, con una partida de vikingos daneses en una batalla en la que estos últimos resultaron vencedores. El poema *La Batalla de Maldon,* compuesto a raíz de aquel encuentro —y pudiera ser que por un testigo presencial del mismo—, nos proporciona algunos detalles adicionales. Los vikingos, que probablemente capitaneaba Ólaf Tryggvason, el futuro rey de Noruega, habían remontado el río hasta el islote de Northey, que ya por aquel entonces, igual que ahora, se unía a tierra firme por un vado salvable en bajamar. Byrhtnod alineó primeramente sus fuerzas frente a ellos en la orilla opuesta del río, pero ya que se vio que los daneses no lograban cruzarlo en estas circunstancias, el *eorl,* en un mal calculado alarde de valor, se replegó un trecho para permitirles el paso. Su arrogante gesto debió pagarlo luego con la derrota y con su propia vida.

No tuvo aquel encuentro una especial relevancia para la historia de Inglaterra. Era un simple episodio más en la larga serie de descalabros que por aquella época sufrieron los ingleses en sus vanos esfuerzos por repeler los constantes ataques y saqueos de los escandinavos [1].

[1] *La Crónica Anglosajona* tiene esta escueta entrada para el año 991: «Este año fue Ipswich saqueada, y muy poco tiempo des-

El poema *La Batalla de Maldon,* que acaso se compusiera con una cierta intención aleccionadora y como recordatorio de las tradicionales virtudes guerreras en una época de agotamiento y general desmoralización, sí es, sin embargo, un texto importante. Más que el *Beowulf,* transido de un evidente *pathos* elegíaco, o los fragmentos de *La Batalla de Finnsburh* o del *Wálder,* tan escuetos en su brevedad, *La Batalla de Maldon,* no obstante su época tardía, se nos aparece como el poema épico por excelencia de la antigua literatura inglesa, el que refleja de modo más genuino y directo las viejas concepciones heroicas de los antiguos germanos.

La Batalla de Maldon

... quedó destrozado.
A su gente muchacha [2] mandó desmontar,
retirar los caballos e ir adelante
presto el brazo y firme el valor.
El primero entendió el pariente de Offa [3]
que en nadie el *eorl* sufriría desmayo:
al querido su halcón despidió de su mano,
que al bosque volara, y a la lucha corrió.
Poco dispuesto a mostrar flaqueza
viose que el joven sus armas tomaba.
Édric [4] también a su príncipe quiso
apoyar en la guerra: con su lanza adelante
avanzó al combate. Bien resistió
mientras pudo en su mano tener el escudo
y la ancha espada. Su palabra cumplió
de que él con su jefe en la lucha estaría.
Býrhtnod ahora a los hombres dispuso.
Órdenes dio cabalgando entre ellos

pués fue muerto el *eorl* Býrhtnod en Maldon. Aquel año se decidió por primera vez que se pagaría un tributo a los daneses por el gran terror que impusieron a lo largo de la costa. La primera vez fueron diez mil libras.»

[2] Los componentes del *fyrd,* la joven e inexperta leva local. El sujeto no mencionado de la frase es el *eorl* Býrhtnod, jefe del ejército sajón. El *eorl* o *ealdorman* era una especie de gobernador.

[3] El pariente de Offa: un guerrero sajón.

[4] Otro de los hombres de Býrhtnod.

de siempre aguantar y guardar posición,
y bien los escudos mandó sostuviesen,
con fuerza en el puño y jamás con temor.
Cuando ya aquella tropa, formada tuvo,
donde a gusto él estaba, allá desmontó,
con sus propios guerreros, su más fiel gente [5].
A la orilla entonces salió el mensajero
—recio gritó— de la hueste vikinga;
con altivas palabras él su mensaje
erguido en la playa ante el *eorl* expuso:
«Bravos marinos a ti me envían.
Mandan te diga que presto un tributo
habrás de entregar, y que más os conviene
evitar con un pago el fragor de las lanzas
que no que entablemos feroz combate.
Muertes no habrá si el oro os alcanza;
a cambio de él os daremos tregua.
Si tú, de los tuyos el más poderoso,
quieres la vida salvar de tus hombres
y entregándonos oro según te digamos
llegar a un arreglo, pronto el tesoro
a los barcos subido tendremos entonces
y al mar nos haremos, en paz con vosotros.»
Býrhtnod habló y, alzando el escudo
y en alto blandiendo la esbelta lanza,
furioso y valiente le dio su respuesta:
«¿Oyes, marino, el clamor de mis hombres?
Tributo de lanzas os piensan dar,
de puntas mortales, de antiguas espadas,
un pago que nunca usaréis en guerras.
Mensajero vikingo, a tu gente dirás
más todavía sañuda respuesta:
que aquí con su tropa un *eorl* se encuentra
que este su suelo sabrá defender,
las gentes y tierras que tiene en su reino
mi rey Edelred [6]. ¡Habrá de paganos
matanza en guerra! Vergüenza sería

[5] Los experimentados guerreros profesionales de la guardia personal o *heorðwerod* de Býrhtnod, que a diferencia de los anteriores, no necesitan de sus instrucciones.
[6] Etelredo II (978-1016).

que ahora a los barcos el oro os llevaseis
sin lucha alguna, después que hasta aquí
tanto en el reino os habéis adentrado.
No os será fácil cobrar el tesoro.
¡Puntas y filos primero hablarán
en el juego cruel de feroz combate! »
A los bravos de escudo mandó que avanzasen
y todos al borde llegaron del río.
Detuvieron las aguas a un bando y al otro:
después de resaca crecida venía,
agitadas corrientes. Ansiosos querían
pronta ocasión de medir sus lanzas.
A lo largo del Panta [7] formaban garridas
de Essex la tropa y la gente de mar,
mas guerra ninguna hacerse podían,
aparte del hombre que flecha matara.
Pasó la crecida. Dispuestos estaban
los muchos vikingos, afanosos de lucha.
El señor de los héroes [8] a Wulfstan mandó
que el vado guardara, al guerrero avezado
y de estirpe valiente —era hijo de Kela—,
que al hombre el primero mató con su lanza
que allá por el vado terrible venía.
Guerreros sin miedo con Wulfstan quedaron,
Élfer y Maccus, los dos animosos,
que nunca querrían huir del paso,
sino en él lucharían con gente enemiga
en tanto sus armas usar pudiesen.
Ya que observaron y bien lo vieron
que en el río encontraban fieros guardianes,
los odiosos intrusos treta tramaron:
paso pidieron que allá se les diera,
que ellos pudiesen cruzar por el vado.
Demasiado terreno el *eorl* cedió,
valeroso en exceso, a la odiosa gente.
Sobre frías las aguas el hijo de Býrhtelm [9]
luego gritó —atendieron los hombres—:
«Ya paso tenéis. Prestos venid,

[7] El actual río Blackwater.
[8] Býrhtnod.
[9] El hijo de Býrhtelm: Býrhtnod.

a la lucha guerreros. ¡Sabe Dios sólo
de quién ha de ser este campo de guerra! »
Descuidados del agua, al oeste del Panta
pasaron los lobos, feroces vikingos;
sus escudos cargaron los hombres de mar
sobre el agua brillante, alcanzaron la orilla.
Býrhtnod allí con sus bravos estaba,
deseosos de lucha. Mandó que de escudos
muro se hiciese [10], que bien la embestida
su gente aguantara. Ya del combate
el momento llegó, de hazañas en guerra.
¡Les vino su hora a los hombres marcados!
Se alzó el griterío; acudieron los cuervos,
el águila ansiosa buscando carroña.
¡Fue estruendo en el mundo!
De los puños volaron
las puntas terribles, las recias lanzas;
trabajaron los arcos, pararon escudos;
fue dura la brega. Guerreros morían,
los jóvenes héroes, de un bando y del otro.
Herido y sin vida Wúlfmer cayó;
al pariente de Býrhtnod —de hermana nacido—
muerte cruel las espadas dieron.
Allá a los vikingos pagóseles eso:
Édward oí que cruel con su hierro
a uno abatió —¡no el golpe retuvo!—
a sus pies arrojando al guerrero marcado.
Las gracias por ello a aquel su escudero
le dio su señor cuando tiempo tuvo.
Los jóvenes héroes firmes así
en la lucha aguantaban, todos buscando
quién con su lanza el primero podría
dejar sin vida a un hombre marcado,
a un bravo con armas. Caían los muertos.
Bien resistían; arengábalos Býrhtnod,
a los mozos mandaba en la guerra arrojo,
que ante aquellos daneses fama ganaran.

[10] La ya citada disposición de combate en que los guerreros se alinean hombro con hombro para presentar así al enemigo una continuada superficie de escudos ensamblados.

Un fiero en la brega [11] su arma alzó,
de su escudo guardado, y corrió contra el noble;
resuelto el *eorl* se enfrentó al patán.
¡Cada uno del otro el daño buscaba!
Arrojó el del mar su lanza sureña
y herido él fue, el señor de guerreros [12].
La rompió con su escudo y el mango partió
y quebróse la lanza, salió despedida.
Furioso entonces él traspasó
al ufano vikingo que habíale herido.
Era hombre avezado: en el cuello del joven
su lanza clavó, y llevóla su mano
de modo que muerto cayó el marino.
Rápido a otro después la arrojó
y rompióle la cota: en el pecho lo hirió
tras su cota de malla; la punta mortal
le pasó el corazón. Gozoso el *eorl,*
el valiente, rió. ¡A Dios dio gracias,
pues Él permitió su hazaña del día!
Un dardo un guerrero lanzó con su mano
—del puño voló— y muy malamente
hirió de Edelred al noble vasallo [13].
Un niño muchacho a su lado estaba
—en la guerra mozuelo—, que todo animoso
del bravo arrancó sangrienta la lanza.
El hijo de Wulfstan, Wúlfmer el joven,
el arma a su vez, la dura, arrojó:
por su punta abatido cayó por tierra
el que antes con saña hirió a su señor.
Equipado un hombre lanzóse al *eorl:*
ya sus anillas quitarle quería,
el botín y los aros, y ornada su espada.
Býrhtnod entonces su hierro, el ancho
y de filo brillante, sacó de la vaina:
en la cota pegó. Muy pronto un marino
paró al *eorl* al herirle el brazo [14].

---

[11] Un vikingo.
[12] Býrhtnod, que recibe así su primera herida en el combate.
[13] El *eorl,* herido ahora por segunda vez.
[14] Es ahora, tras esta tercera herida, cuando Býrhtnod queda fuera de combate.

A tierra entonces cayó su espada,
la de guardas de oro; soltarla debió,
su arma potente. Habló todavía
el canoso caudillo: a su gente muchacha
ordenó que unidos bien aguantaran.
No pudo ya más tenerse de pie.
Al cielo miró:
«Gracias te doy, Señor de los pueblos,
por todo contento que tuve en el mundo.
Mucho, buen Dios, úrgeme ahora
que Tú a mi espíritu gracia concedas
y pueda mi alma llegar ante Ti
y en paz su jornada, oh Rey de los ángeles,
ella recorra. ¡Suplícote yo
que no me la dañen los malos demonios! »
Allá lo abatió la gente pagana
y también a los dos que con él estaban:
Élfnod y Wúlfmer ambos cayeron
su vida entregando al lado del bravo.
Los que ya no quisieron no más lucharon.
Los primeros huyeron los hijos de Odda,
cuando allá abandonado Gódric dejó
al que tantas veces le diera un caballo.
Él el corcel montó de su jefe,
el bien ensillado —¡nunca lo hiciera!—
y al galope escapó con Godwin y Gódwig,
sus dos hermanos —la pelea olvidaron,
evitaron la brega y al bosque huyeron,
a sitio seguro a salvar sus vidas—,
y hombres con ellos más que debían,
si todos en mente hubiesen tenido
favores tantos que de él recibieron.
Aquello ya Offa así se lo dijo
la vez que en junta a todos reunió:
que muchos allá con coraje hablaban,
que en un mal aprieto no aguantarían.
Muerto cayó el señor de la tropa,
el *eorl* de Edelred. Por tierra tirado
sus hombres todos al príncipe vieron.
Acudieron entonces señores de pro,
los bravos sin tacha prestos corrieron.

Lo uno o lo otro todos querían:
o morir o vengar a su jefe amado.
El hijo de Élfric, guerrero muchacho,
así los urgió; de esta manera
Elwin les dijo hablando animoso:
«Recordad lo que siempre en las fiestas dijimos,
cuando estando bebiendo, en la sala guerreros,
hazañas juramos en duras batallas.
¡Pruébelo ahora quien bravo sea!
Ante todos yo quiero decir mi estirpe,
de la gente de Mercia mi alto linaje.
Élhelm fue de mi abuelo el nombre,
un sabio señor en el mundo honrado.
Nunca de mí los nobles dirán
que yo de esta tropa marcharme quise,
volver a mi tierra, después que mi príncipe
en guerra cayó. Yo soy quien más peno:
mi pariente él era además de señor.»
Adelante corrió —venganza quería—
y a uno entonces hirió con su lanza,
marino en la horda, que a tierra abatido
cayó por el arma. Adelante instó
a que todo su amigo con él corriese.
Offa habló —la de fresno [15] blandía—:
«Bien a los nobles, oh Elwin, dijiste
en momento de aprieto. Fuerza es ahora
—pues muerto el *eorl,* nuestro príncipe, fue—
que entre todos nosotros un hombre al otro
conmine al valor en tanto sus armas
tener él pueda, su lanza y el hierro,
su recia espada. ¡Gódric cobarde,
el hijo de Odda, traición nos hizo!
Pues que él su corcel, excelente, montó,
muchos pensamos que el príncipe él era.
Por eso en el campo abrióse la tropa
y el muro de escudos. ¡Maldita su acción,
que a tantos guerreros indujo a la huida!»
Lefsun habló y, su escudo elevando,
el broquel defensor, a los nobles dijo:

[15] La de fresno: la lanza.

«Esto prometo, que ni un solo pie
yo atrás cederé, sino siempre avanzando
a mi amigo y señor vengaré en la guerra.
Nunca será que los héroes de Stúrmer [16]
a mí me reprochen que, muerto mi amigo
y perdido el señor, yo a casa marché
y rehuí la pelea. ¡Mátenme armas,
la punta y el hierro!» Avanzó muy furioso;
luchó con tesón desdeñando la huida.
Agitando su lanza, Dúnner entonces,
un simple guerrero, ante todos habló
exigiendo un señor que a Býrhtnod vengara:
«¡Poco vacile ni tema la muerte
quien quiera vengar al caudillo del pueblo!»
Adelante corrieron sin miedo a la muerte.
En la lucha los suyos [17] con ira entraron,
feroces lanceros, rogándole a Dios
que lograsen vengar a su amigo y señor
y hacer de enemigos mucha matanza.
Resuelto el rehén les prestó su apoyo,
el hombre northumbrio de bravo linaje,
el hijo de Éklaf, de nombre Éskferd.
No dudó él en el juego de guerra:
flecha adelante siempre lanzaba,
que daba en escudo o a alguno hería;
en todo momento heridas causó,
en tanto sus armas tener él pudo.
Todavía su puesto Édward el alto
animoso guardaba. Ante todos juró
que un pie de terreno jamás cedería
ahora que muerto su príncipe estaba.
La línea de escudos [18] rompió en la pelea:
con marinos luchando su vida entregó,
de honrosa manera a su jefe vengando.
Así hizo Ádric, buen compañero,
el dispuesto y osado que bravo luchó,
el hermano de Síbyrht, y muchos con él
que ceñidos broqueles fieros rompían.

[16] La región de procedencia de Lefsun.
[17] Los hombres de la guardia de Býrhtnod (cf. nota 5).
[18] Cf. nota 10.

Escudos chocaban, cantaban las cotas
su lúgubre son. A un hombre de mar
Offa hirió, lo mató en el combate.
El pariente de Gadd [19] entonces cayó;
pronto fue Offa en la brega abatido.
Bien sin embargo cumplió su palabra,
aquello que un día juró a su señor,
de que juntos al burgo los dos volverían,
ilesos a casa, o bien en la lucha
los dos morirían, heridos en guerra.
Como noble cayó asistiendo a su jefe.
Rechocaron escudos, ya los marinos
con rabia embistieron. ¡Traspasaron las lanzas
el lar de la vida [20] de muchos marcados!
Wistan entonces, el hijo de Turstan,
yendo adelante a tres les mató
cuando el hijo de Wígelm [21] a tierra caía.
Fue choque terrible; bien en la guerra
aguantaron los hombres. Heridos guerreros
su vida agotaban, exhaustos morían.
Óswold y Édwold, los dos hermanos,
sin cesar a los suyos en línea ponían
mucho diciendo a sus buenos parientes
que allá en el aprieto esforzarse debían,
que usando las armas jamás desmayaran.
Býrhtwold habló el escudo elevando
y blandiendo su lanza, el viejo guerrero;
a los nobles señores con furia exhortó:
«Mayor ha de ser nuestro brío y coraje,
mayor el tesón, cuanto menos podamos.
Al caudillo excelente aquí sobre el polvo
muerto tenemos. Por siempre quizás
lo lamente después el que ahora flaquee.
Avanzada es mi edad: de aquí no he de irme;
con mi amado señor me pienso quedar
y junto con él daré yo mi vida.»

[19] El pariente de Gadd: Offa.
[20] El lar de la vida: el cuerpo.
[21] El hijo de Wígelm: Offa (?).

A la guerra Gódric, de Édelgar hijo,
a todos instaba. Su vara de muerte [22]
a menudo lanzó entre aquellos vikingos.
Delante de todos pegó y golpeó
antes que muerto cayó en batalla.
No era aquel Gódric que huyó del combate.

[22] La vara de muerte: la lanza.

EL VIAJERO ERRANTE

En el contexto general de las antiguas literaturas germánicas no hay probablemente rasgo que mejor perfile a la poesía compuesta, o reelaborada, en Inglaterra, que el especial gusto que ella muestra por los pasajes de tono triste y lastimero. Tales pasajes son constantes, por ejemplo, en el *Beowulf,* que incluso llega a dar cabida a verdaderas elegías (cf. vv. 2247-66; 2444-62).

Lo más valioso de la poesía lírico-elegíaca inglesa se halla, sin embargo, en una serie de composiciones que recoge el Exeter Book en torno al tema general de la caducidad de las cosas de este mundo. *El Viajero Errante* —la consolación de un solitario exiliado que perdió a su señor— es sin duda la más coherente y sugestiva de estas composiciones.

El Viajero Errante

Muchas de Dios mercedes recibe
quien solo se ve, aunque siempre por fuerza
triste él deba vagar por los mares,
remover con sus manos gélidas aguas,
senderos de exilio. ¡El destino dispone!
Errante viajero esto decía,
quien supo de horrores, de caídos parientes:

«A solas al alba yo cada día
mis penas lloro. Nadie con vida
ahora me queda al que ose mostrar
mi sentir sincero. Noble costumbre
es en el hombre —cierto lo sé—
tener muy cerrada la caja del alma [1],
esconder ese arcón, no importa qué piense.
Ni jamás desaliento impide al destino
ni rebelde coraje cosa reporta:
su cuita por ello el ansioso de gloria
bien encerrada en su pecho esconde.
A menudo yo así, desdichado y triste,
falto de patria, de los míos lejos,
debí con cadenas atar congojas,
desde el día lejano que en fosa la oscura
enterré a mi señor y solo en el mundo,
olvidado y perdido, por los mares partí
mi refugio buscando en algún buen rey
—donde lejos o cerca hallarlo pudiese—
que en su sala gozosa de mí se ocupara,
que en mi falta de amigos quisiera aliviarme,
procurar mi regalo. Quien lo prueba lo sabe,
cuánto es la pena cruel compañera
de aquel que se ve sin gente querida:
para él el exilio, no oro trenzado,
corazón aterido, no gloria en el mundo;
camaradas recuerda, regalos de joyas,
cómo muchacho a él en la fiesta
su rey lo honraba. ¡No más aquel gozo!
»Sucédele así al que guía y consejo
perdió para siempre del buen su señor
—cuando el llanto y el sueño, juntos los dos,
al triste y sin nadie a menudo agarran—
que él con su rey se figura que está,
que lo abraza y lo besa, que mano y cabeza
pone a sus pies, como antaño solía
allá recibiendo favores del trono.
Aquel hombre solo después despierta:
mira delante las pálidas olas,
las aves bañándose, abriendo sus plumas,

[1] La caja del alma: el pecho, el corazón.

la escarcha y la nieve en granizo revueltas.
¡Más en su pecho el dolor lo desgarra,
lo añora al amado! Se renueva su pena:
parientes ahora a su mente acuden,
los recibe gozoso, feliz los contempla.
Las compañas del hombre [2] nadando se alejan,
las flotando que van y que voces amigas
pocas le evocan —el dolor se renueva—
a aquel que angustiado en todo momento
allende la mar su recuerdo envía.
»Ninguna en el mundo razón yo hallo
por qué la negrura no entró en mi pecho [3],
tantas que miro vidas de héroes,
muchachos valientes, y cómo de pronto
la sala dejaron [4]. ¡Así cada día
también la tierra se abate y acaba!
No el sabio se hace antes que viva
sus muchos años: él es paciente,
no es irritable o de pronto hablar,
no es indeciso ni es temerario,
ni blando y servil ni de bienes ansioso,
ni dado a bravatas sin antes saber:
aquel que arrogante proezas jura [5]
esperarse debía a saber primero
por dónde le irán los ánimos luego.
»Comprende el sensato qué horrible será
cuando ya todo bien de este mundo pase [6],
lo mismo que tantas que hay por la tierra
murallas que el viento y tormentas azotan,
que cubre la escarcha, acabadas ruinas.

[2] Entendemos que es a las aves marinas a las que se hace referencia tanto en éste como en el siguiente verso. Es sin embargo un pasaje confuso que se ha interpretado de muy distintos modos.

[3] Cabe conjeturar que es al desaliento o la desesperación a lo que alude el poeta; en ellos no caerá nunca quien sabe considerar apropiadamente la transitoriedad de las cosas del mundo, con la filosófica madurez del sabio.

[4] Esto es, murieron.

[5] Cf. por ejemplo *Beowulf* vv. 480 ss. y *La Batalla de Maldon* vv. 212 ss.

[6] Cuando llegue el fin del mundo.

Se derrumban las salas, muertos magnates
su dicha perdieron, heroica la tropa
cayó en la muralla. A muchos la guerra
del mundo llevóse: el pájaro a uno
por honda la mar, el lobo grisáceo
a otro deshizo, con cara llorosa
a otro en la tumba un hombre cubrió [7].
Todo así fue por Dios arrasado
y en silencio quedaron, sin nadie en el burgo,
los que hicieran gigantes muros antiguos [8].
»Quien esas ruinas sabio contempla
y a fondo examina esta oscura vida,
acordándose él de matanzas tantas
que antaño se vieron, así se pregunta:
¿Qué fue del caballo? ¿Qué del guerrero?
¿Qué del que joyas daba?
¿Qué fue del festivo palacio?
¿Qué de la sala y sus dichas? [9]
¡Oh copa brillante! ¡Oh bravo en su cota!
¡Oh glorias de rey! ¡Oh tiempos pasados
que sombras borraron cual nunca que fueran!
En memoria de héroes la alta muralla
de sierpes pintada [10], imponente, quedó
—el poder de las lanzas, ávidas armas,
llevóse a los nobles, ¡glorioso destino! —
y sus rampas de piedra tormentas baten,
nieves y vientos la tierra apresan
—horror del invierno—, cuando vienen tinieblas,
lúgubres noches, y del norte arrasando
granizo furioso, espanto de gentes.
»Lleno de penas el mundo está;
riguroso destino todo lo cambia.

[7] Recuerda aquí el viajero, quizás, su propio caso (cf. vv. 22 s.).
[8] Por obras de gigantes se tuvieron en Inglaterra las viejas fortificaciones romanas que en gran número quedaron por toda la isla.
[9] Nótese la recurrencia al conocido tópico latino del *ubi sunt*.
[10] Aunque pudiera tratarse de bajorrelieves romanos, la decoración con serpientes evoca ahora en primer lugar una construcción germánica. Más que una muralla propiamente dicha, se estaría hablando en este caso de una empalizada de troncos sobre un elevado terraplén (las rampas de piedra que se dicen en el v. 101).

Se va la riqueza, se va el amigo,
el hombre se va, se va el pariente.
¡Las cosas terrenas en nada acaban! »
Así meditando a solas el sabio aquello decía.
El bueno su fe conserva.
Nunca en seguida el hombre
cuita que tenga cuente,
no siendo que sepa él antes
remedio que bravo le ponga.
¡Bien es rogar merced,
ayuda del Dios del Cielo,
que es nuestro apoyo todo!

EL NAVEGANTE

La abundante bibliografía compuesta en torno a *El Navegante* —otra de las más notables elegías anglosajonas— ha arrojado todo un abanico de diferentes teorías acerca del sentido que más adecuadamente ha de darse a este poema y a los sorprendentes giros de perspectiva que muestra en su estructura. Acusa ésta una primera partición en el verso 64. Hasta entonces es del mar de lo que se habla. A partir de ese momento, el poeta se ocupa del tópico de lo transitorio y perecedero de las cosas humanas, utilizando en ocasiones un tono claramente emparentado con el de la homilía. La primera mitad del poema, a su vez, presenta dos visiones de la vida en el mar, aparentemente contradictorias: los versos 1-33 cuentan de los trabajos y fatigas que ésta comporta; los versos 33-64 dicen en cambio del irresistible poder de seducción que para el hombre siempre tiene la alta mar, que lo compele a lanzarse al «largo viaje». Es evidente, desde luego, que se podría estar empleando aquí un lenguaje simbólico, con referencias a las ansias del alma por partir a la unión con Dios en la otra vida.

El Navegante

Verdades de mí relatar yo puedo,
decir de viajes, cómo a menudo

en días de agobio desdichas sufrí
en mi pecho penando miserias amargas,
conociendo en el barco fatigas muchas,
tumulto de olas. Con frecuencia en la proa
en guardia y peligro de noche me vi
zozobrando entre riscos. Doloridos del frío
mis pies tenía, en la escarcha trabados,
en heladas cadenas. Suspiraban en mí
mis ansias ardientes, un hambre rompía
al hastiado del mar. El hombre que en tierra
de dichas goza, no sabe ése
cómo yo triste el invierno pasaba
en el gélido mar, por sendas de exilio,
de parientes privado,
de carámbanos lleno; azotaba el granizo.
De las olas tan sólo el rumor yo oía,
de las aguas heladas. Alegrábanme acaso
del cisne el canto, el graznar de la planga
y la voz del chorlito, no risas de hombres,
el cantar de gaviotas, no en sala festín.
En riscos tormentas pegaban,
las aves allí respondían,
las de plumas nevadas; graznaban las águilas,
las de húmedas plumas. ¡Pariente ninguno
allá al desolado aliviar podía!
Poco lo cree quien muy buena vida
en los burgos se da, descuidado y ufano
y lleno de vino, lo mucho que yo
por caminos del mar padeciendo estuve.
Noche se hacía, del norte nevaba,
apresaban la tierra escarcha y granizo,
el grano más frío.
Mas ahora en mi pecho
ansioso estoy de echarme a probar
las hondas mareas, las saladas olas;
urge a mi espíritu en todo momento
el afán de zarpar, de marchar peregrino
a lejana la tierra de extrañas gentes.
Nadie en el mundo tan grande hay
o tan muy dadivoso o tan joven valiente
o en hechos tan fiero o de rey tan cabal

que no busque siempre partir por las aguas,
a aquello que Dios deparado le tenga.
Ni en arpa ni en joyas pensar ya puede,
ni en gusto con moza , ni en dichas del mundo
ni en otra la cosa que sólo en la mar;
allá sin embargo añoranzas vienen.
Los bosques florecen, los reductos se adornan,
hermosean los campos, el mundo corre:
pone esto todo afán de partir
en la mente animosa, en aquel que ansía
largo viaje por sendas de ondas.
Con su voz lastimera también el cuco,
guardián del verano, en el pecho despierta
nostalgia amarga. Quien próspero vive
no sabe él lo que alguno sufrió
recorriendo lejos senderos de exilio.
Mas ya el pensamiento de dentro de mí
írseme quiere; a lo lejos me vuela
a través de la mar, de ballenas camino,
por las tierras del mundo; con ansias y afanes
vuélveme luego. Canta el que vuela [1],
el alma él urge a los anchos mares,
solar de ballenas.
Pero más me arrebatan
los goces de Dios, que este muerto vivir
que en el mundo acaba. Poco yo creo
que el bien terrenal para siempre dure.
Una por fuerza de cosas tres
en tanto se vive incierta se aguarda:
o dolencia o vejez o saña de espadas
al marcado que parte el aliento roban.
Es para el hombre la gloria mayor
que los vivos tras él en su elogio cuenten,
que él con bondades aquí en la tierra
se sepa ganar de enemigos la ira,
que al diablo se enfrente con fieras acciones,
de modo que luego lo ensalcen las gentes
y allá con los ángeles tenga su gloria,
por siempre disfrute la eterna vida

[1] Igual puede interpretarse que es alusión al cuco del v. 53 o al pensamiento del v. 58.

entre huestes del cielo. Pasaron los días,
aquellos del mundo de pompas llenos.
Ni reyes ahora ni césares son
como aquellos de antaño que grandes fueron,
los que tantas hicieron proezas gloriosas,
que vivieron famosos con noble esplendor.
Ya es muerta esa tropa, sus grandezas pasaron;
ya es gente menor la que el mundo ocupa
y cuitada lo mora; derribada es la gloria.
Terrena nobleza envejece y se mustia
como en todo este mundo también el hombre:
lo asalta la edad, palidece su cara,
canoso se queja, enterrados sabe
a sus viejos amigos, los nobles señores.
No puede su cuerpo, la vida ya ida,
tragar dulzuras, sentir dolor,
menear el brazo, pensar con la mente.
Por más que de oro su tumba al hermano
el hermano le llene, lo entierre entre muertos
con joyas muchas que darle él quiera,
ningún beneficio al alma en pecado
el oro le da ante Dios furioso,
aunque antes en vida aquí se lo esconda.
¡Grande es la furia de Dios,
ante el que el mundo se vuelve![2]
Él dejó puestos los firmes campos,
las tierras del mundo y el alto cielo.
Es loco el que a Dios no teme;
en descuido lo coge la muerte.
Bien hace el que humilde vive;
del cielo favor le vendrá.
Sostiene el Señor su alma,
pues fe en su poder él tiene[3].

[2] En el *Apocalipsis* 20, 11 se lee: «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo.»

[3] El texto original se extiende en este mismo tono homilético a lo largo de hasta 16 versos más, en parte de confusa interpretación, cuya traducción omitimos.

EL LAMENTO DE LA ESPOSA

El Lamento de la Esposa es el monólogo de una mujer que llora sus desgracias y la mucha añoranza que pone en ella la separación de su amado, partido a lejanas tierras. La historia de sus desdichas sólo tentativamente puede reconstruirse. Al parecer, ella abandonó su tierra natal para establecerse en las de su esposo. Los parientes de éste no aprobaron su unión y, con intrigas, trataron de separarlos. A causa de algún delito que cometió, el esposo fue obligado a partir al exilio. Su enemigo la confinó entonces a ella en la cueva del bosque donde ahora vive abandonada, o acaso cautiva. El poema termina con las maldiciones de la esposa contra aquel cruel enemigo, al que ella desea una tan miserable suerte como la que pudiera ahora estar sufriendo en alguna lejana prisión su querido esposo.

El Lamento de la Esposa

El canto es aquí de mi mucha pena,
de mi triste ventura. Siempre en mi vida,
antes y luego, decir yo puedo
que males sufrí, mas no como ahora.
Constante tormento es este mi exilio.

De los suyos lejos partió mi señor
por las rápidas olas; lloré yo al alba
dónde pensando mi dueño estaría.
Tras él en su busca a servirle corrí,
sin amigos errante en mi trance amargo.
Sus parientes entonces intriga urdieron
queriendo en secreto a los dos separarnos,
que en el mundo muy lejos el uno del otro
muy mucho penáramos, triste de mí.
Que aquí me viniera mandó mi señor.
¡Pocos yo tuve amigos queridos
por estas tierras! De eso me duelo.
A mi buen compañero hallé yo entonces
mal contristado, su mente en pena,
ocultando su intento, crimen tramando
con bellas maneras. Nos jurábamos mucho
que nada jamás separarnos debía,
tan sólo la muerte; mas eso mudado,
en olvido quedó, igual que si nunca
amores hubiera. ¡Lejos y cerca
lo he de llorar el rigor de mi amado!
Mandóseme a mí que en el bosque viviera,
aquí bajo el roble en esta caverna.
Es vieja esta cueva —peno yo toda—,
son lúgubres valles, altas montañas,
ásperos muros cubiertos de zarzas,
desolados parajes. De mi dueño la ausencia
aquí me tortura. Los hay por el mundo
amantes felices, que tienen su lecho;
mas sola yo siempre al alba salgo
aquí bajo el roble por esta caverna.
Aquí del verano los largos días
yo me los paso llorando mi exilio,
mis muchas fatigas; que nunca yo sé
para esta amargura hallar consuelo
ni a tanta tristeza que diome esta vida.
Por siempre penando el joven esté,
contristado su pecho; sufriendo que lleve
con bellas maneras su mente angustiada,
constante congoja; que todo su gozo
de sí se lo saque o que en tierras remotas
proscrito se vea, donde está mi señor

en rocosa la orilla a merced de tormentas,
cuitado mi amigo, metido en las aguas
en hosca vivienda, mi amigo el que sufre
su mucha amargura; 'sin cesar él suspira
por sitio mejor. ¡Siempre tormento
tendrá quien viva añorando a su amado!

WULF Y ÉDWACER

Al igual que *El Lamento de la Esposa,* que precede, *Wulf y Édwacer* es el doliente monólogo de una mujer que se ve en algún difícil trance y añora a un amado ausente. No es mucho más lo que, aparte de esto, puede afirmarse con seguridad acerca de los presupuestos de este breve poemilla. Suele conjeturarse que Wulf es el lejano amado por quien ella suspira y Édwacer su tiránico esposo. También, por otra parte, se ha hecho notar que Wulf, «el lobo», es el nombre que convencionalmente se aplica al proscrito, al hombre rechazado por la comunidad, que vive en solitario su dura y azarosa vida; pudiera ser, pues, que este «lobo» y Édwacer fueran una y la misma persona. En el verso 17, Wulf acaso tenga su valor primario de «lobo» (el animal); entre los germanos fue uso corriente, antes de su conversión al cristianismo, abandonar en el bosque a los hijos recién nacidos no deseados.

No obstante las insalvables dificultades de interpretación que el poema ofrece, *Wulf y Édwacer* es digno de particular atención por la viveza e intensidad de su expresión, que no tiene paralelo en todo el resto de la poesía anglosajona.

Tal que a mi gente de ofrenda lo dieran.
Recibirlo querrían, si en aprieto llegara.
No igual con nosotros.

Wulf en su isla, en la otra yo.
Segura es aquélla, fangales la cercan.
Hay hombres crueles allá en la isla.
Recibirlo querrían, si en aprieto llegara.
No igual con nosotros.

De mi Wulf padecí añoranzas largas.
Cuando lluvía caía y llorosa estaba,
en sus brazos entonces me tomó el guerrero.
Yo aquello gocé, lo que odioso fueme.
¡Oh Wulf, mi Wulf! La añoranza de ti
mi dolencia me trajo, el que nunca tú vengas,
el pesar de mi pecho, no la poca comida.
¿Me oyes, Édwacer? Nuestro pobre cachorro
al bosque Wulf se lo lleva.
¡Fácil se rompe lo nunca unido,
nuestro canto de ambos!

EL HIMNO DE CADMON

La primera vez que en anglosajón se hizo uso del verso aliterado germánico para un poema religioso fue, según la tradición, en el llamado *Himno de Cadmon*. La anécdota de aquel hecho la refiere Beda el Venerable en su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* (IV, 24). En el monasterio de Whitby —cuenta Beda— hubo en tiempos de la abadesa Hild un hermano lego llamado Cadmon, que carecía de todo arte para el canto y jamás había sabido de versos. Una noche Cadmon tuvo en sueños una visión en la que alguien se le aparecía y le conminaba a que cantase alguna cosa en su loor. Milagrosamente, con palabras nunca oídas, supo él entonces componer un himno en honor de Dios, origen de todas las cosas.

El Himno de Cadmon, que durante siglos se transmitió con veneración a modo de preciosa reliquia (hasta diecisiete copias del mismo se nos han conservado, alguna ya del siglo xv) bien pudo, efectivamente, componerse entre los años 658 y 680, cuando Hild fue abadesa de Whitby.

El Himno de Cadmon

Alabemos ahora al Guardián del Cielo,
el poder del Señor, los designios y obras
del Padre Glorioso, pues Él, el Eterno,
a todo prodigio diole comienzo.
Él al principio, Santo Hacedor,
el cielo creó para techo de hombres.
Luego la tierra el Eterno Señor,
el Guardián de las gentes, hizo y dispuso,
la que habitan los hombres, el Dios Poderoso.

Conjuros

Antigua ciencia, artes de brujería, cristianismo y superstición, en viva y sugestiva amalgama, dan su tono peculiar a los conjuros y «curaciones» *(lacnunga)* que en abundante número recogen las colecciones de recetas y herbarios anglosajones. Diseminados por cuatro manuscritos diferentes —todos ellos de los siglos X y XI— pueden contarse hasta doce de estos «remedios» que muestran en todo o en parte la forma versificada. Aprovechamos gustosos la justificación que ello nos da para incluir en la presente antología, dedicada a la poesía anglosajona, una selección de estos conjuros, que, aunque de confusa y corrompida manera, probablemente contengan —en los pasajes no cristianizados— algunos de los versos más antiguos conservados en lengua inglesa.

PARA TIERRAS QUE NO RINDEN

Aquí es el remedio con que puedes mejorar tus tierras si no te quieren crecer bien o que contra ellas se haya hecho alguna mala cosa con hechizos o con brujerías.

Coge entonces de noche antes del amanecer cuatro tepes de cuatro lados del campo, y fíjate de dónde los tomas. Coge luego aceite y miel y levadura y leche de todas las vacas que haya en el campo, y un poco de todas las especies de árbol que crezcan en el campo, quitando los árboles duros, y un poco de todas las plantas sabidas, quitando el lampazo sólo; añade luego agua bendita y echa de esto tres veces por debajo de los tepes, y di entonces estas palabras: «Crescite, salid, et multiplicamini, y extenderos, et replete, y llenad, terram, la tierra. In nomine patris et filii et spiritus sancti sit benedicti.» Y el Paternoster cada vez que esto. Lleva luego los tepes a la iglesia y que el cura de misa diga cuatro misas sobre los tepes, y se tienen que poner con lo verde hacia el altar. Después se llevan los tepes a donde primero estaban, antes de que el sol se ponga; y que tenga hechas de madera de tiemblo cuatro cruces con esto escrito en cada extremo: Matheus y Marcus, Lucas y Iohannes. Pon las cruces en el fondo del agujero y di esto: «Crux Matheus, crux Marcus, crux Lucas, crux sanctus Iohannes.» Coge luego los tepes y ponlos encima y di nueve veces estas palabras: «Crescite...» y cada vez el Paternoster, y luego vuélvete hacia

el este e inclínate humildemente nueve veces, y di entonces estas palabras:

«Hacia el este estoy, mercedes suplico;
suplico al gran Domine, a Dios Poderoso,
suplico al santo Guardián de la Gloria,
a la tierra suplico y arriba al cielo
y a aquella en verdad la sancta María,
al poder de los cielos y al alto templo,
que yo el conjuro por gracia de Dios
seguro por dientes lo sepa decir,
sacar mi provecho en bien terrenal,
colmar este campo por firme fe,
adornar este prado, como dijo el profeta
que aquí en la tierra mercedes tendría
quien diese limosnas por gracia de Dios.»

Vuélvete luego tres veces en el sentido del sol, échate después a lo largo y recita las letanías, y di esto: «Sanctus, sanctus, sanctus...» hasta el final. Di luego el Benedicite con los brazos extendidos y el Magnificat y el Paternoster tres veces, y ofrécelo en alabanza y gloria de Cristo y de sancta María y de la bendita cruz y en provecho del dueño del campo y de cuantos dependan de él. Cuando esto todo esté hecho, tómese entonces semen cualquiera de mendigos y déseles el doble de lo que se les tomó [1]. Que se reúnan todos sus avíos de arar. En un agujero hecho en la esteva se meten entonces incienso e hinojo y ungüento bendecido y sal bendecida; toma luego el semen, ponlo sobre el cuerpo del arado, y di:

«Erce, Erce, Erce, madre de tierra,
te dé el Poderoso, el Eterno Señor,
campos crecidos y bien floridos,
muy revividos, de aliento dotados,
gran abundancia, cosecha brillante,
rica cosecha de gorda cebada,
rica cosecha de blanco trigo,
toda cosecha que el campo tenga.

[1] Esto es, págueseles con creces.

Concédale a él el Eterno Señor
y suyos los santos que están en el cielo
que libre su tierra de todo enemigo,
que a salvo esté ella de toda maldad,
de hechizos todos en campo sembrados.
Al Dios le suplico que el mundo creó,
que mujer decidora ni brujo ninguno
lo sepa cambiar lo que dicho quedó.»

Luego se echa adelante con el arado y se hace el primer surco. Después se dice:

« ¡Gloria a ti, tierra, de hombres madre!
Sé rendidora en abrazo de Dios,
de alimentos cólmate en bien de los hombres.»

Coge luego harina de todas las especies, y que se haga un pan del tamaño de la palma de la mano y amasado con leche y agua bendita; ponlo debajo del primer surco. Di entonces:

«Campo colmado en bien de los hombres,
lindo florido, bendito tú seas
en nombre del Santo que el cielo creó
y el mundo de aquí que nosotros vivimos.
¡Concédanos Dios que las tierras hizo
que toda simiente bien se nos logre! »

Di luego tres veces «Crescite, in nomine patris, sit benedicti. Amen», y el Paternoster tres veces.

CONTRA EL ENANO

Contra el enano [1] hay que tomar siete pequeñas obleas, como las que se consagran, y escribir estos nombres en cada oblea: Maximianus, Malchus, Iohannes, Martinianus, Dionysius, Constantinus, Serapion. Después hay que cantar el conjuro que se dice a continuación, primero al oído izquierdo, luego al oído derecho, luego arriba de la cabeza del hombre. Que vaya luego muchacha y se lo ponga al cuello, y esto se hace así tres días. En seguida se le cura.

Aquí caminando araña [2] llegó;
su apariencia [3] en mano traía,
su caballo dijo que fueras,
al cuello rienda te echó.
De la tierra luego partieron:
tan pronto la tierra dejaron,
cogieron sus miembros frío.

[1] «El enano» es el nombre de alguna enfermedad, probablemente de tipo convulsivo, o quizás de unas fiebres.

[2] Otro nombre, quizás, de la enfermedad, o bien se habla de una araña utilizada efectivamente para el proceso de curación.

[3] «Apariencia o disfraz» es lo que en primer término significa el original *hama*. Podría también traducirse por «cota» o «arreos».

5 Del enano la hermana entonces llegó;
ella lo dijo y echó juramento,
que esto al doliente jamás dañará
ni a aquel que el conjuro logre aprender
ni a aquel que el conjuro sepa cantar.
Amén. Fiat.

PARA UN ENJAMBRE DE ABEJAS

Toma tierra, arrójala con tu mano derecha bajo tu pie derecho, y di:

« ¡Bajo pie yo cogí, yo lo encontré!
¡Ay, que la tierra con todos puede
y puédele al mal y le puede al olvido
y le puede a la lengua potente del hombre![1]»

Échales luego gravilla cuando enjambran, y di:

« ¡Caed, victoriosas! ¡Bajaros a tierra!
¡Nunca alocadas al bosque voléis!
¡Tanto vosotras pensad en mi bien
como el hombre en comer y solar que hereda!»

[1] Referencia probablemente a los hechizos ajenos contra lo aquí deseado, que las abejas no se vayan.

CONTRA EL LOBANILLO

Bulto, bulto, bultito chiquito,
aquí no te pongas ni vivas aquí;
para el norte tú vete al monte vecino,
al hermano que allá, desdichado, tienes.
Él tu cabeza con hoja la tape:
bajo pata de lobo, bajo ala de águila,
bajo uña de águila pena tú siempre.
Consúmete tú como en fuego carbón,
sécate tú como en loma la mierda,
como el agua del balde esfúmate y vete.
Chiquito te hagas igual que linaza
y mucho más chico que cía de hormiga [2]
y tan chico te hagas que nada ya seas.

[2] *Handwurm* (lit. «gusano de mano» ?) en el original.

ADIVINANZAS

Las adivinanzas en anglosajón que en número próximo al centenar recoge el Exeter Book son buen testimonio de que también en la lengua vernácula llegó a cultivarse en Inglaterra este género, que en latín gozaba ya de una secular y prestigiosa tradición cuando allá por el siglo VIII alcanzó su mayor difusión. De aquella época —la misma en que probablemente se compusieron los acertijos del Exeter Book— se conservan colecciones latinas confeccionadas por tan altos dignatarios como Eusebio, abad de Wearmouth, y Tatwin, el arzobispo de Canterbury.

Las adivinanzas anglosajonas, de que damos algunos ejemplos a continuación, surgen, pues, de un contexto cultural que invita a considerarlas más próximas al ejercicio culto que al pasatiempo vulgar.

Adivinanzas

A

No suena mi atuendo si en suelo piso,
si en casa me estoy o las aguas surco.
Mis arreos a veces y el alto aire
sobre el mundo me alzan que moran los hombres;
sobre gentes lejos me lleva entonces
el poder de las nubes. Muy fuertemente

mis galas suenan y van rumorosas,
diáfanas cantan, cuando en agua ni tierra
yo no me toco, rápido espíritu [1].

B

En casa de hombres vi que al ganado
comida él daba. Muchos dientes tenía,
útil un pico que abajo apuntaba.
Cosa que agarra él se la lleva;
campo recorre, hierbas busca,
todo lo atrapa que fijo no esté;
a las lindas él, las de fijas raíces,
tranquilas deja, que allá en su lugar
luzcan brillantes, afloren y crezcan [2].

C

Bichillo de poco palabras comió.
Lo pensé maravilla al oír tal cosa,
que canto de hombre —ladrón en lo oscuro—
gusano engullera, el dicho famoso
y su fuerte asiento. En nada más sabio
se hizo aquel huésped palabras tragando [3].

D

Pequeñas criaturas por alto de rocas
llevan los aires; son ellas muy negras,
de oscuro ropaje. Prodigando su canto
por grupos van, mucho alborotan;
en bosques se paran, en salas a veces
que hombres habitan. ¡Nombradlas vosotros! [4]

---

[1] Solución probable: el cisne. (Adivinanza número 7).
[2] El rastrillo. (Adiv. 34.)
[3] La polilla del pergamino. (Adiv. 47.)
[4] Una bandada de algún pájaro. (Adiv. 57.)

E

A seguro en el arca la buena mujer
a menudo me tuvo; con sus manos a veces
sacábame ella y me daba al esposo,
al amado señor, cuando dicho le era.
Luego cabeza en mí se metía,
de abajo hacia arriba, apretada entraba.
Si ella aguantaba y teníase bien,
a mí, el precioso, llenábame entonces
aquella peluda. ¡Explica qué digo! [5]

F

Caminando llegó donde muchos estaban,
los hombres reunidos de gran saber.
Un ojo tenía, orejas dos,
dos pies, de cabezas doce centenas,
espalda y barriga, dos las manos,
brazos y hombros, un solo pescuezo
y dos costados. ¡Dime quién soy! [6]

[5] Juégase aquí con el conocido recurso cómico de hacer caer en el equívoco. El acertijo se resuelve tanto con la obscena solución a que descaradamente invita, como con otra mucho más inocente e inesperada: el yelmo. (Adiv. 61.)

[6] Un tuerto cargado de cebollas. (Adiv. 85.)

EL POEMA DE LAS RUNAS

Las runas son los signos de que se valieron los antiguos germanos para sus inscripciones. El alfabeto rúnico o *fuþark* (nombre tomado de sus seis primeros caracteres) bien puede, pues, en cierto modo considerarse como una réplica germánica de los alfabetos clásicos del sur de Europa, en los que ciertamente debió también encontrar su modelo cuando se configuró, allá a comienzos de nuestra era. Para los germanos, sin embargo, las runas no fueron tanto «letras» en nuestro sentido, cuanto signos vivos y actuantes, dotados de particulares poderes y de inherentes virtudes, cuya utilización y manejo revestía siempre el carácter de una operación directamente relacionada con la magia. El propio significado de la palabra *runa,* «secreto», es ya testimonio de esto, y lo confirma igualmente el hecho de que se les atribuyera origen divino y fueran tenidas por invento o hallazgo de Odín, el dios brujo por excelencia, señor de los muertos y de todo tipo de artes y conocimientos ocultos.

Las inscripciones rúnicas más antiguas hacen uso de un *fuþark* llamado «largo», de 24 signos, que con muy pequeñas variantes fue comúnmente empleado por todos los distintos pueblos germánicos. Algo más de 200 inscripciones, casi todas ellas de interpretación dudosa, se conservan en este alfabeto. En la inmensa mayoría, sin embargo, de las inscripciones documentadas es otro

el *fuþark* que se utiliza, aquel que recibe el nombre de «nórdico» o también «reducido», pues sólo consta de 16 signos, y que fue el que en sustitución del antiguo se empleó en Escandinavia durante la época vikinga (800-1050). El motivo es obvio: de un total aproximado de 5.000 inscripciones de entre los siglos IX y XI, unas 3.000 se hallan en Suecia, 1.100 en Noruega y 700 en Dinamarca (Inglaterra sólo cuenta con unas 60 y Alemania con 30).

Cada runa tiene su nombre que, sin duda por motivos nemotécnicos, siempre comienza con el mismo sonido que ella representa. El exacto y cabal conocimiento de cómo se configuran correctamente los distintos caracteres y del justo nombre o valor que en cada caso les corresponde es, naturalmente, condición imprescindible para su efectivo manejo o segura interpretación. Evidente fin didáctico tiene a este respecto el género representado por *El Poema de las Runas,* un sistemático y aplicado recuento de ellas, junto con la consignación de sus respectivos valores. El propio hecho de que estos últimos no se den en él abiertamente, sino de forma más o menos velada, invita incluso a pensar que el texto fue originalmente concebido como una pedagógica retahila de acertijos. Pero *El Poema de las Runas* anglosajón —semejante en todo a otros varios conservados de procedencia noruega e islandesa—es a todas luces obra tardía, producto de una época plenamente cristiana para la que aquellos viejos signos perdieron ya el carácter mágico-religioso que durante siglos fue su verdadera razón de ser. No mucho más que el eruditesco interés de un curioso anticuario parece alentar ahora en el piadoso autor del texto.

Además de las 24 del *fuþark* común germánico (o *fuþorc,* en anglosajón), el poema recoge cinco runas más —las cinco últimas de la serie— que son innovaciones locales de Inglaterra con las que a menudo se representaron allí algunas vocales específicas de sus dialectos.

El Poema de las Runas

ᚠ *(feoh)* [1] es provecho de todos los hombres;
liberal sin embargo el hombre reparta,
si quiere ante Dios que favor le quepa.

ᚢ *(ur)* [2] es terrible y de gran cornamenta,
bestia feroz que con cuernos lucha,
gran trota-yermos. ¡Es brava criatura!

ᚦ *(þorn)* [3] es punzante mucho y dañina
a aquel que la toca, cruel extremada
con hombre quien sea que en ellas se sienta.

ᚩ *(os)* [4] es principio del habla toda,
apoyo de ciencia, provecho de sabios,
de todo señor gusto y delicia.

ᚱ *(rad)* [5] es liviana del hombre en casa;
fatigosa la lleva aquel que lo monta
el brioso caballo por largas sendas.

ᚳ *(cen)* [6] es de vivos por llama notada,
la clara y brillante; arder suele ella
allá donde dentro señores se sientan.

ᚷ *(gyfu)* [7] en magnates es gala y gloria,
apoyo y honor, y siempre del pobre
ayuda y remedio, de tanto él falto.

ᚹ *(wynn)* [8] es de aquel que no sabe de males,
dolor y desdicha, y tiene en la vida
regalo y contento y disfrute de burgo.

---

[1] F. *Feoh:* «riqueza.»
[2] U. *Ur:* «uro.»
[3] Þ. *Þorn:* «espina.»
[4] O. *Os:* «boca.»
[5] R. *Rad:* cabalgada.»
[6] C. *Cen:* «antorcha.»
[7] G. *Gyfu:* «largueza.»
[8] W. *Wynn:* «gozo.»

ᚻ *(hægl)* [9] es grano el más blanco,
de arriba del cielo lanzado,
por rachas de viento revuelto,
en agua después convertido.

ᚾ *(nyd)* [10] es cuita del pecho,
mas puede también ser él
salvación y socorro del hombre
si ándase atento a tiempo.

ᛁ *(is)* [11] es muy frío, muy mucho resbala,
claro reluce igual que una joya,
suelo de escarcha que lindo se mira.

ᛄ *(ger)* [12] es gran bien, cuando hace el Señor,
Rey santo del cielo, que frutos brillantes
la tierra dé para ricos y pobres.

ᛇ *(eoh)* [13] es por fuera áspero árbol,
duro, bien fijo, del fuego guardián,
de raíces seguras, delicia en un predio.

ᛈ *(peorð)* [14] es siempre juego y recreo
de hombres de fama, así que en la sala
en gozosa compaña guerreros se sientan.

ᛉ *(eolhx)* [15] a menudo ciénaga habita,
crece en el agua, con saña hiere,
mancha de sangre a todo señor
que del modo que sea en su mano la agarra.

ᛋ *(sigel)* [16] es gran bien para hombres de mar
cuando van navegando el baño del pez
y a tierra los lleva corcel de las olas.

---

[9] H. *Hægl:* «granizo.»
[10] N. *Nyd:* «infortunio.»
[11] I. *Is:* «hielo.»
[12] J. *Ger:* «Verano, cosecha.»
[13] EO. *Eoh:* «tejo.»
[14] P. *Peorð:* «¿tablero?»
[15] X. *Eolhx:* «¿caña?»
[16] S. *Sigel:* «sol.»

ᛏ *(Tir)* [17] es señal y bien con señores
leal que se porta; siempre en su curso,
arriba en la noche jamás engaña.

ᛒ *(beorc)* [18] es sin fruto, no obstante que da
sin semillas brotes; es lindo de ramas,
alta su copa, adornada hermosa
y crecida de hojas, que al cielo alcanza.

ᛖ *(eh)* [19] es de príncipes gozo entre hombres,
en sus cascos soberbio corcel de guerreros,
montura de ricos que dan parecer,
y siempre al fogoso de mucho provecho.

ᛗ *(man)* [20] es feliz de parientes querido;
entre sí sin embargo todos se fallan,
pues quiere el Señor y es su mandato
que triste cadáver tierra lo tenga.

ᛚ *(lagu)* [21] a los hombres sin fin parece,
si en barco inseguro en peligro se ven
y mucho las aguas de espanto los llenan
y nada lo frena al corcel de las olas.

ᛜ *(Ing)* [22] el primero fue que se vio
de daneses del este, hasta luego que al este
marchó por la mar, de su carro seguido;
así los herdingos al héroe llamaron.

ᛟ *(eðel)* [23] el suyo el hombre lo ama,
si allá en su casa puede gozar
lo justo y honesto, siempre en regalo.

ᛞ *(dæg)* [24] es de Dios obsequio preciado,
gran luz del Señor, gusto y solaz
de pudientes y pobres, un bien para todos.

---

[17] T. *Tir:* «¿una estrella?»
[18] B. *Beorc:* «abedul.»
[19] E. *Eh:* «caballo.»
[20] M. *Man:* «hombre.»
[21] L. *Lagu:* «mar.»
[22] NG. Ing, héroe mítico.
[23] OE. *Eðel:* «predio.»
[24] D. *Dæg:* «día.»

ᚪ *(ac)*[25] en la tierra a los hijos de hombres
la carne[26] engorda; por el baño del pájaro[27]
siempre navega, la mar desafía,
si roble es noble y que bien se porta.

ᚫ *(æsc)*[28] es muy alto, de hombres preciado;
tenaz en su puesto mantiénese él,
no obstante que tantos siempre lo atacan.

ᛦ *(yr)*[29] es de nobles y príncipes todos
gozo y honor; en caballo es hermoso,
seguro en la marcha aparejo de guerra.

ᛡ *(ior)*[30] es un pez, no obstante que siempre
en tierra come; en hermosa su casa
que el agua entorna con gozo vive.

ᛠ *(ear)*[31] es espanto de todo señor,
cuando frío seguro el cadáver queda
y allá con la tierra lívido hombre
se une y desposa; disfrutes acaban,
gozos terminan, pactos se rompen.

---

[25] A. *Ac:* «roble.»
[26] La del cerdo.
[27] El baño del pájaro: el mar.
[28] Æ. *Æsc:* «fresno.»
[29] Y *Yr:* «¿arco?»
[30] IO *Ior:* «¿anguila?»
[31] EA. *Ear:* «tierra.»

Índice de nombres de personas

Abel, 29
Ádric *(Æðeric)*, 152
Alboíno *(Ælfwine)*, 137
Alejandro, 136
Alewi *(Alewih)*, 136
Ánlaf, 141, 142
Atila *(Ætla)*, 130, 136, 139
Audoíno *(Eadwine)*, 137, 138, 139

Becca, 136, 139
Bedeca *(Beadeca)*, 139
Bédohild *(Beadohild)*, 133
Beowulf 1, 26, 27
Beowulf 2, 36, 37, 39, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 51, 53, 54, 55, 56, 61, 62, 65, 66, 68, 69, 70, 73, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 85, 86, 91, 92, 93, 96, 97, 98, 100, 102, 107, 109, 111, 112, 113, 118, 121
Bestan *(Beahstan)*, 41
Bílling, 136
Breca, 40, 41, 43, 136
Býrhtelm, 147
Býrhtnod *(Byrhtnoð)*, 145, 146, 148, 149, 152
Býrhtwold, 153

Caín, 29, 64
César, 136, 138
Constantino, 142
Constantinus, 176
Cristo, 174

Dégref *(Dæghrefn)*, 102
Déor, 134
Dionysius, 176
Dúnner *(Dunnere)*, 152

Édelgar *(Ædelgar)*, 154
Édelred *(Ædelred)*, 146, 149, 150
Édelstan *(Ædelstan)*, 141
Édgils *(Eadgils)* 1, 98
Édgils 2, 138
Édmund *(Eadmund)*, 141
Édric *(Eadric)*, 145
Édwacer *(Eadwacer)*, 168
Édward *(Eadweard)* 1, 141, 142, 148
Édward 2, 152
Édwold *(Eadwold)*, 153
Éfor *(Eofor)*, 102, 115, 116
Égelmund *(Ægelmund)*, 139
Eka *(Eahha)*, 127

Éklaf *(Ecglaf)* 1, 40, 43, 54, 70, 80
Éklaf 2, 152
Ekto *(Ecgþeow)*, 33, 36, 41, 44, 54, 68, 70, 72, 75, 80, 86, 92, 98, 99, 100, 104
Ekuela *(Ecgwela)*, 77
Élfer *(Ælfhere)* 1, 105
Élfer 2, 130, 132
Élfer 3, 147
Élfnod *(Ælfnoð)*, 150
Élfric *(Ælfric)*, 151
Élhelm *(Ealhelm)*, 151
Élhild *(Ealhhild)*, 136, 138
Elsa, 139
Elwin *(Ælfwine)*, 151
Émer *(Eomer)*, 85
Emerca, 139
Énmund *(Eanmund)*, 105
Ermanarico *(Eormenric)*, 61, 134, 136, 138
Ésker *(Æschere)*, 66, 69, 90
Éskferd *(Æscferð)*, 152

Finn, 57, 58, 59, 127, 136
Fitela, 51
Fólkwald *(Folcwalda)*, 58, 136
Frédric *(Freoðeric)*, 139
Frewara *(Freawaru)*, 87
Fridla, 139
Froda, 87

Gadd, 153
Gármund, 85
Gárulf, 127
Gauta, 134
Géwulf *(Gefwulf)*, 136
Gibico *(Gifica)*, 136
Gísler *(Gislhere)*, 139
Gódric 1, 150, 151
Gódric 2, 154
Gódwig, 150
Godwin *(Godwine)*, 150
Gréndel, 28, 29, 30, 31, 37, 38, 39, 40, 41, 43, 45, 49, 50, 53, 56, 64, 65, 66, 67, 68, 72, 73, 74, 79, 86, 89, 90, 91, 97, 103
Gúder *(Guðhere)* 1, 127
Gúder 2, 131, 137
Gúdlaf *(Guðlaf)* 1, 59, 127
Gúdlaf 2 (= Gúdlaf 1?), 127

Hagen *(Hagena)* 1, 132
Hagen 2, 136
Halfdan *(Healfdene)*, 27, 31, 33, 36, 39, 44, 55, 56, 57, 70, 75, 77, 82, 87, 91
Halga, 27
Hama, 61, 139
Hedca *(Heðca)*, 139
Heden *(Heoden)*, 136
Hedkyn *(Hæðcyn)*, 100, 101, 114
Hédolaf *(Heaðolaf)*, 39
Hédric *(Heaðoric)*, 139
Helm, 136
Hémming, 85
Héngest, 57, 58, 59, 127
Hérbald *(Herebeald)*, 100, 101
Hérdred *(Heardred)*, 93, 98
Héred *(Hæreð)*, 84, 86
Hérmod *(Heremod)*, 52, 77
Hérogar *(Heorogar)*, 27, 39, 91
Héroward *(Heoroweard)*, 91
Herrenda *(Heorrenda)*, 134
Hérric *(Hereric)*, 93
Híldebur *(Hildeburh)*, 57, 58
Hlide *(Hliðe)*, 139
Hnef *(Hnæf)*, 57, 58, 127, 136
Hoc, 57
Holen, 136
Hondsko *(Hondscioh)*, 89
Hrédel *(Hreðel)*, 36, 39, 71, 81, 84, 92, 97, 100, 101, 114, 116
Hrédric *(Hreðric)*, 61, 81
Hríngwald, 136
Hródgar *(Hroðgar)*, 27, 30, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 43, 45, 46, 49, 51, 53, 55, 57,

60, 62, 65, 66, 68, 71, 73, 74, 75, 76, 80, 81, 82, 83, 86, 87, 90, 91, 97, 137
Hródmund *(Hroðmund)*, 61
Hródulf *(Hroðwulf)*, 55, 60, 137
Huala *(Hwala)*, 136
Hun, 136
Húngar, 139
Húnlaf, 59
Hygd, 84, 92, 98
Hýglac *(Hygelac)*, 31, 33, 36, 37, 38, 39, 47, 48, 49, 52, 61, 71, 72, 73, 80, 84, 86, 91, 93, 97, 98, 100, 102, 114, 115, 116

Ing, 187
Íngeld, 88, 137
Inkento *(Incgenþeow)*, 139
Iohannes, 173, 176

Kela *(Ceola)*, 147
Kélic *(Cælic)*, 136

Lefsun *(Leofsunu)*, 151
Lucas, 173

Maccus, 147
Malchus, 176
Marcus, 173
María, 174
Martinianus, 176
Matheus, 173
Maximianus, 176
Meca *(Meaca)*, 136
Médhild *(Mæðhild)*, 134
Mérkwald *(Mearcweald)*, 136

Nídad *(Niðhad)*, 131, 133

Odda, 150, 151
Offa 1, 85, 136, 137
Offa 2, 145, 150, 151, 153
Óhter *(Ohthere)*, 98, 99, 105, 114
Onela, 27, 105, 114
Ongento *(Ongenþeow)*, 86, 98, 101, 102, 114, 115, 116, 136
Órdlaf, 127
Óslaf, 59
Ostrogota *(Eastgota)*, 139
Oswin *(Oswine)*, 136
Óswold, 153

Réder *(Rædhere)*, 139
Rónder *(Rondhere)*, 139
Rumstan, 139

Safola *(Seafola)*, 139
Secca, 139
Séferd *(Sæferð)*, 136
Serapion, 176
Sibico *(Sifeca)*, 139
Síbyrht, 152
Síger *(Sigehere)*, 136
Sígferd *(Sigeferð)*, 127
Sígmund *(Sigemund)*, 51
Skaf *(Sceaf)*, 136
Skáfter *(Sceafthere)*, 136
Skef *(Scef)*, 25
Skyld *(Scyld)*, 25, 26
Skílling *(Scilling)*, 138
Swérting, 61

Teodorico *(Þeodric)* 1, 131, 134, 139
Teodorico 2, 136
Tryd *(Þryd)*, 75
Turstan *(Þurstan)*, 153
Tyle *(Þyle)*, 136

Únferd *(Unferð)*, 40, 41, 60, 70, 71
Unwen, 139

Wada, 136
Wald, 136
Wálder *(Waldere)*, 131
Wéland, 39, 130, 131, 133
Wels *(Wæls)*, 51, 52
Welto *(Wealhþeow)*, 43, 44, 45, 60, 62, 92
Wídergyld *(Widergyld)* 1, 88
Wídergyld 2 (=Wídergyld 1?), 139
Widia, 131
Wídsid *(Widsiđ)*, 135
Wígelm, 153
Wíglaf, 105, 106, 109, 112, 113, 119
Wistan *(Wihstan)* 1, 105, 109, 112, 113, 119, 120
Wistan 2, 153
Witta, 136
Wod, 136
Wónred, 115
Wudga, 139
Wulf 1, 115, 116
Wulf 2, 168
Wúlfer *(Wulfhere)*, 139
Wúlfgar, 36, 37
Wúlfmer *(Wulfmær)* 1, 148
Wúlfmer 2, 149, 150
Wulfstan, 147, 149
Wýrmer *(Wyrmhere)*, 139

Yrmenlaf, 66
Yrsa, 27